



ALBERTO RANGEL

EL

INFIERNO VERDE

EL INFIERNO VERDE

¡COMPRE LIBROS ARGENTINOS!

*Son tan buenos como los extranjeros,
pero mejor presentados y más baratos.
Las traducciones argentinas son comple-
tas y adaptadas al ambiente americano.
En la edición de libros argentinos con-
tribuyen con su esfuerzo intelectuales,
obreros e industrias gráficas nacionales.
Cada libro salido de las prensas argenti-
nas es un paso más hacia la indepen-
dencia intelectual y económica del país.
¡Compre, regale y recomiende libros edi-
tados en la Argentina! Hará obra pa-
triótica y de cultura.*

ALBERTO RANGEL

III

EL INFIERNO VERDE

Con un prólogo de EUCLYDES DA CUNHA

Traducción de ALFREDO DE PAOLI



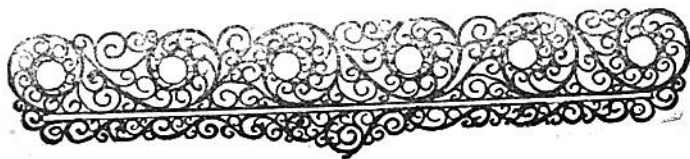
McK
F
2546
.R₃

EDITORIAL TOR

RIO DE JANEIRO 760
BUENOS AIRES

194 14269

Es propiedad. Copyright, 1932, by
EDITORIAL TOR. Buenos Aires.



PROLOGO

La región del Amazonas, aun considerada bajo el aspecto estrictamente físico, sólo es conocida en fragmentos. Más de un siglo de perseverantes búsquedas e investigaciones, y una inestimable literatura de numerosas monografías, la muestran sólo bajo innumerables aspectos subdivididos.

El espíritu humano, al presentársele el mayor de los problemas fisiográficos, y al estudiarlo, se ha limitado a un procedimiento obligatoriamente analítico que si, por una parte, es el único apto a facilitar elementos seguros y determinantes de una síntesis ulterior, por otra parte hace imposible descubrir el velo del conjunto, porque hasta en lo que se refiere a especialidades, acontecen allí variaciones inevitables.

A los geólogos, ilusos al principio por apariencias de una falsa uniformidad estructural, aún no les ha sobrado tiempo para poder definir un solo horizonte paleontológico; a los botánicos no les alcanzan sus vidas, desde Martius a Jacques Huber, para pasarlas a la sombra de todas las palmeras.

Leámoslos; instruyámonos; edifiquémonos; observemos las rigurosas enseñanzas en lo que se refiere a los infinitos aspectos, particularísimos, de la tierra; y, a medida que los distin-

gamos mejor, se enturbiará más y más el aspecto de la fisonomía general. Nos quedarán muchos trazos vigorosos y nítidos, pero ampliamente desunidos. Se nos escurre, del todo, la enormidad que sólo es posible medir dividiéndola; la amplitud que es necesario disminuir para avaluarla; la grandiosidad que sólo se deja ver empequeñeciéndose, a través de los microscopios; y un infinito que se dosifica poco a poco, con suma lentitud, indefinida y atormentadoramente.

Sin embargo, es necesario reconocer que esta marcha, analítica sobremanera y de extensa exposición, es fatal.

La inteligencia humana no podría soportar, de improviso, el peso de la portentosa realidad. Será necesario que crezca con ella, adaptándose, para dominarla. Lo atestigua el ejemplo de Walter Bates; ese gran naturalista estuvo más de un decenio en la región del Amazonas y realizó memorables descubrimientos que apuntalaron al naciente evolucionismo.

Durante aquel período de perseverantes esfuerzos no se apartó de la estrecha faja del litoral comprendido entre Belém y Teffé. Desde allí sorprendió a los institutos europeos, conquistó la admiración de Darwin, refundió o corrigió muchos capítulos de las ciencias naturales; y, al cabo de tan fecunda empresa, es posible afirmar que no agotó ni siquiera el apatadísimo rincón que eligió. No vio la región amazónica; sin embargo, vio más que sus predecesores.

Y es natural. La tierra es aún misteriosa. Su espacio es como el espacio de Milton; se oculta en sí misma. La anula su propia amplitud, al extinguirse, decayendo por todos los lados de acuerdo a la fatalidad geométrica de la curva terrestre, o engañando a los curiosos con la traicionera inmutabilidad de sus aspectos. Para verla es necesario reducirla, subdividirla, estrechando y especializando, al mismo tiempo, los campos de observación, de acuerdo a la norma de Walter Bates, seguida también por Federico Hart y por los actuales naturalistas del Museo de Pará, quienes están dedicados hoy a

una tarea destinada a conquistas parciales tan amplias que todas las investigaciones anteriores constituyen un simple reconocimiento de tres siglos.

Es la guerra de mil años contra lo desconocido. El triunfo vendrá después de trabajos incalculables, en un futuro muy lejano, al arrancarse los últimos velos del maravilloso paraje ante el cual, hoy, se desvanecen los ojos deslumbrados.

Mas, entonces, no habrá secretos en la misma Naturaleza. La definición de los últimos aspectos de la región del Amazonas será el broche de oro de toda la Historia Natural.

• • •

Imaginémonos, ahora, una inteligencia heroica que se atreva a contemplar, repentina y temerariamente, a la Esfinge. Titubeará en el vértigo del deslumbramiento. Eso es lo que nos enseña este libro.

Líneas nerviosas y rebeldes, trazadas al calorío de las fórmulas ordinarias de la escritura, nos revelan, gráficamente visibles, los surcos, vueltas y enrucijadas, lanzándose hacia todos los rumbos, volviendo de todos lados, en rodeos, en desvíos, en repentinos atajos, en repentinas paradas; ora con la arremetida de avances impetuosos, ora, de improviso, con retrocesos; aquí por la pendiente abrupta de las más alarmanantes paradojas; allá desahogadamente rectilíneas, por lo llano y firme de los conocimientos positivos de un alma que divaga, intrépida y perdida entre resplandores.

El "infierno verde", empezando por el título, debía ser lo que es: sorprendente, original, extravagante; hecho para despertar la extrañeza, la malquerencia y el antagonismo instintivo de la crítica corriente, de la crítica sin rebarbas, sin aristas rígidas, lisa y cepillada de osadías, al traducir, en el concepto vulgar del arte, los efectos superiores de la cultura humana.

Porque es un libro brutal. Brutal, según el viejo sentido clásico; extraño. Por eso mismo, aunque todo basado en verdades, parece un cúmulo de fantasías. Vibra en cada hoja un doloroso realismo y parece engendrado por una idealización inflamadísima.

Alberto Rangel tiene la perfecta apariencia de un poeta exuberante para la disciplina del metro o de la rima, mientras que es un ingeniero adicto a los procedimientos técnicos más fríos y calculados. La realidad sorprendente le entró por los ojos a través del objetivo de un teodolito. Los escenarios fantásticos los vió en las redes de las triangulaciones. El soñador enderezó su marcha balizándola por los rumbos de una brújula. Y escribió sus poemas bravíos en las últimas páginas de las libretas de levantamientos topográficos.

Invirtió, sin querer, los vulgarísimos cánones del arte. Es un temperamento visto a través de una naturaleza nueva.

No la alteró. La copió calcándola. De ahí las sorpresas que causará. El crítico de las ciudades, que no comprenderá este libro, será su mejor crítico. Porque lo que ahí es fantástico e incomprensible, no es el autor, es la tierra del Amazonas...

Su impresionabilidad artística intentó abarcar el conjunto de la tierra y sorprender su vida maravillosa.

El escritor nos alarma con sus más sencillas descripciones naturales. Lo que calificamos como "naturaleza muerta", se agita poderosísima bajo su pluma, e imaginamos que existen flujos galvánicos en las líneas de donde sale la pasividad de la materia, y que las cosas duramente objetivas, revisten una anómala personalidad.

Matas que avanzan, perezosamente, en las llanuras o bien se detienen, cautas, al borde de los barrancos reflejando, en el desorden del ramaje retorcido, la estupenda conflagración inmóvil de una lucha perpetua y formidable; lagos que nacen, crecen, se articulan, aumentan de volumen en la expansión de una existencia tumultuosa, y se retiran, empequeñecen, pere-

cen, sucumben y se extinguen y se corrompen, transformándose en extraordinarios organismos sujetos a las leyes de una fisiología monstruosa; ríos que vagan en las soledades inmensas como precavidos que temen la inconsistencia del terreno que pisan y sólo adelantan después de haber tomado grandes precauciones.

Es la realidad aún no vista, bajo las formas de un incorregible idealismo y con los matices de lo desconocido...

Un sabio no podría arrancarle sus velos sin causarnos sobresaltos y, para evitarlo, nos conduciría por los infinitos peldaños amortiguadores de los análisis cautelosos.

En vez, el artista la alcanza de un salto; la adivina; la contempla desde lo alto; le arranca de golpe los velos dejándola en la espléndida desnudez de su virginidad portentosa.

En realidad la tierra amazónica es la última página, no escrita aún, del Génesis.

Tiene la inestabilidad de una formación estructural acelerada.

Un metafísico imaginaria, allí, un singular descuido de la naturaleza que, después de construir en todo el conjunto las infinitas modalidades de los aspectos naturales, se precipita para completar de prisa su tarea corrigiendo, en el paraje olvidado apresuradamente, un desliz. La evolución natural puede ser sorprendida en flagrante oportunidad.

El rayo de la vida humana, que en otros lugares no alcanza para contener las vicisitudes de las transformaciones evolutivas de la tierra, y debe dilatarse, con el tiempo, revistiendo, en las profecías retrospectivas, las extinguidas existencias milenarias de los fósiles, abarca allí círculos enteros de transformaciones orogénicas expresivas.

La geología dinámica no se deduce; se ve; y la historia geológica se va describiendo día a día ante los ojos asombrados de quienes saben leerla.

De ahí las sorpresas.

Todos estamos tan encariñados con el equilibrio de las for-

mas naturales, que hemos tenido que recurrir a la hipótesis de cataclismos para explicarnos las repentinas modificaciones. En las regiones del Amazonas los cambios extraordinarios y visibles se producen a raíz del simple juego de las fuerzas físicas más comunes. Es la tierra joven, la tierra en su infancia, la tierra en su crecimiento.

Se agita, vibra, es inquieta, desvaría. Sus energías telúricas obedecen precipitadamente a la tendencia universal del equilibrio, y su fisonomía se altera frente al espectador inmóvil. Y en aquellos paisajes volubles la mente humana imagina los caprichos de voluntades misteriosas.

Aun bajo el aspecto topográfico no es posible fijarla en líneas definitivas. Cada seis meses la creciente que se produce, obra como una esponja mojada sobre un dibujo mal hecho; aniquila, modifica o transforma los rasgos más salientes y firmes como un pincel manejado por la mano de un sobrehumano artista descontento sobre el cuadro de sus incommensurables llanuras.

. . .

Ahora bien; entre los hechizos de aquellos vivientes escenarios, existe un actor agonizante: ¡el hombre!

Este libro demuestra ese contraste.

Al desarrollarse los episodios, la personalidad del escritor se delinea, forzosamente, y destácase en forma singular. Su aspecto anómalo de fantasista se acentúa ajustándose, línea por línea, a las terribles apariencias de la verdad.

Alberto Rangel ha sabido, en un arranque nervioso, fijar el instante crítico y fugaz de una situación que jamás se reproducirá, y esto compensa la aspereza de su obra.

En el Amazonas puede notarse, hoy, esta cruel contradicción: sobre la tierra harta y en la risueña plenitud de su vida, se agita, miserablemente, una sociedad que se está muriendo.

No es tarea nuestra describirla. Ahí está el libro de Rangel.

En él resaltan los indicios del mal y, con mayor eficacia de la que podría obtenerse utilizando graves conceptos, vibran en él los episodios conmovedores de una agonía colectiva, narrados en once capítulos, que son once miniaturas de Rembrandt, de un simbolismo terrorífico.

Hojeando sus páginas veremos cómo se suceden y alternan esos tipos que vagan por ese suelo que les niega su propia estabilidad física, como en "Tierras frágiles", y con las inundaciones les arrebatara todos los anhelos creados por falaces esperanzas reavivadas y sacrificadas.

"Maibi" es la imagen de la región del Amazonas mutilada por los golpes infinitos de las hachuelas de los caucheros.

En "Hospitalidad" el hombre decaído vuelve a ponerse, por breves instantes, y por un milagro de atavismo, a tono con la humanidad, antes de caer de una vez en la sombra, cada vez más espesa, de su irremediable decrepitud moral.

"Terquedad de la vida" es la comunidad monstruosa, sin órganos perfectos, recién nacida y ya moribunda, que vegeta debido a un prodigio de la naturaleza magníficamente grandiosa, cuyos dones monopolizó en perjuicio de razas más robustas que, en otros territorios, suecumben debilitadas y magulladas por antagonismos naturales.

En los demás episodios la misma fisonomía pesimista y lúgubre. Es comprensible.

En esa tierra extraordinaria se unen, a veces, los elementos físicos más sencillos a los más graves de orden moral, para expresar la misma fatalidad.

Leed, por ejemplo, "Obstinación".

La tragedia se desarrolla sin mayores peripecias, para llegar luego al desenlace en forma fulmínea. Un pudiente ambiciona las tierras de un "caboclo", sin protecciones y logra arrebatárselas apoyado en una justicia venal.

El "caboclo" se obstina, y en un arrebatado de locura, se

entierra vivo para morir en su tierra y triunfar, así, ¡de la iniquidad del pudiente!

¿Es sencillo?... ¿Es verosímil?...

Sin embargo, ese es uno de los aspectos de la organización social del Amazonas.

La grey salvaje copia, en su feroz agitación, la inconsciente lucha por la vida que observa en el orden biológico inferior.

El hombre mata al hombre como el parásito mata al árbol.

La "Hiloe" encantadora de Humboldt contiene esta pavorosa lección:

El "apuseiro" es un pulpo vegetal. Se adhiere al individuo sacrificado, extendiendo sobre él millares de tentáculos. El pulpo de Gilliat disponía de ocho brazos y cuatrocientas ventosas; las del "apuseiro" son innumerables. Cada célula microscópica, en la estructura de su tejido, posee una boca sedienta. Y la lucha se desarrolla sin un murmullo.

Empieza con la adaptación, al retoño atacado, de una fibra leñosa llegada no se sabe de dónde. Luego esa fibra se desarrolla y, una vez crecida, empieza a su vez a ser prolífica. Poco a poco la trama se extiende, adelanta, aprieta, circunda por completo a su presa, a la que acaba por substituir. Como un sudario envuelve a un cadáver; el cadáver se descompone mientras que sudario reverdece inmortal.

Ya el árbol tiene poca vida vida. Se adivinan sus esfuerzos desesperados para romper los lazos destructores, pero su enemigo parece cobrar mayores fuerzas y traba con sus fibras destructoras al desdichado organismo que estrangula paulatinamente. Y eso inevitablemente.

Porque si bien con un cuchillo podría despedazarse los tentáculos y arrancarlos, sería suficiente dejar un pequeño fragmento capilar pegado al árbol para que, renovándose, el verdugo acometiera de nuevo a su víctima que, esta vez, ya no se salvaría.

El pulpo, de por sí solo, constituye una colonia. Viven ge-

neraciones en un solo cuerpo, en una sola parte, en una sola esquirra. Todo es vida, por mínimo que sea el bloque, y no es posible reducirlo a un individuo solo.

Es la solidaridad de lo infinitamente pequeño, esencial, elemental, inseparable en la república de los embriones. Lo que queda basta siempre para la fácil reproducción en su latente e irresistible precipitación de procrear siempre.

La copa, formada por pequeñas hojas coriáceas, del árbol atacado desaparece, casi, en el monstruoso abrazo del parásito.

Es como un duelo vegetal... Un espectáculo perfectamente humano.

Roberto, el pudiente, era un "apuseiro" social...

Un botánico podría, quizás, hacernos una descripción más nítida, empezando por indicarnos gravemente el género del pólipo. (¿Ficus flagifolia?... ¿Ficus pertusa?...). Sin embargo no podría describir tan vivazmente al "apuseiro" en su carácter dañino.

Tampoco un sociólogo podría hallar conceptos aptos a contrabalancear la sintética elocuencia de su admirable imagen.

• • •

Los párrafos transcriptos anteriormente resumen el estilo del libro.

Es entrecortado, vibrante, inquieto, impaciente. No se desahoga con toda la amplitud de las ondas sonoras de la palabra, pero permite la máxima expansión de los tranquilos pensamientos.

Se atiene a las reglas, se divide en una puntuación inopinada y se detiene en súbitas reticencias.

En la interferencia acústica los puntos silenciosos se explican por el propio cruce de los sonidos.

Hay interferencias mentales en aquellos períodos breves,

instantáneos, incompletos a veces, heridos constantemente por las propias incidencias de las ideas numerosas en demasía.

Se ve que el escritor se ha encontrado entre hombres y cosas, unos y otras dudosos, y que profundiza poco lo que ha visto por primera vez cuando se apercebe que unos u otras se hallan maculados por el misterio.

Su pensamiento se vuelve, adrede, vibrátil o incompleto al difundirse repentinamente en la vaguedad de las reticencias para no apartarse demasiado de las verdades positivas que se adivinan. Las imágenes substituyen a las fórmulas.

Realmente sería imposible subordinar a reglas prefijas los efectos de largos esfuerzos culturales, las impresiones que nos causan la tierra y la gente que mal se entrevén en los primeros relámpagos de la civilización.

Además, Alberto Rangel ha quedado asombrado frente a aquellas escenas y escenarios; y, en un ímpetu de irresistible sinceridad, no ha querido reprimir su asombro o rectificar, con la mecánica frialdad de los escritores profesionales, su vértigo y las rebeldías de su exasperada tristeza.

Hizo bien, e hizo un gran libro.

Le hallarán defectos. Sin embargo, es necesario distinguir los del escritor de los del asunto.

Quien penetró tan profundamente en la médula de la gente primitiva y ruda, no puede regresar a la superficie sin venir cubierto del lodo del abismo.

Por otra parte, nuestro concepto crítico es de por sí mismo inestable y sus actuales sentencias son transitorias.

Antes de ejercerlo en trabajos de esta índole, cuya apariencia anómala es producida por una profunda originalidad, es necesario no olvidar lo falso y lo poco característico de nuestra estructura mental en la que, sobre todo, existen preponderantes reactivos ajenos al genio de nuestra raza.

Pensamos demasiado en francés, en alemán, en inglés y vivi-

mos en pleno coloniaje espiritual, casi un siglo después de haber conseguido nuestra autonomía política.

Empezando por la construcción de las frases, hasta la exposición de las ideas, respetamos con exceso los preceptos de las culturas exóticas que nos deslumbran, y nos formamos singulares estados de conciencia, "a priori", ciegos ante los cuadros reales de nuestra vida, de manera que nuestro propio carácter desaparece deshojado por otros atributos que lo truncan o amortiguan sus aristas originarias.

Aquel que se llama "escritor", entre nosotros, no es un espíritu que se robustece con la vivificante sugestión de los objetivos materiales que lo rodean, sino que es una inteligencia que se desnaturaliza en una disimulación sistemática.

Nace una especie de mimesis psíquica de esa cobardía de imitar, en su parecido exterior, a los pueblos que nos intimidan y nos encantan. De modo que, al tratar nuestras cosas, nos asalta la preocupación de ser lo menos brasileños que sea posible.

Y nos traducimos eruditamente en idioma portugués, olvidando que nuestro mayor orgullo consistirá en que un portugués verdadero no nos entienda, aunque nos lea en su propio idioma.

Es tiempo de emanciparnos.

Es admisible que, por lo que se refiere a ciencias, dados sus reflejos superiores y filosóficos que establecen la solidaridad y la armonía universales del espíritu humano, nos pleaguemos a todos los influjos extraños. Pero ningún maestro, fuera de nuestras fronteras, podrá comunicarnos la impresión artística de nuestras cosas y ni siquiera podrá interpretarlas.

La frase impecable de Renán no podría designarnos al "se-ringueiro" (cauchero), y la lapidaria concisión de Herculano aparecería inexpressiva frente al majestuoso desorden del Amazonas.

Para los nuevos cuadros y los nuevos dramas, que se nos antojan un nuevo estilo, hay que prescindir de lo que no estimemos impecable, aun con sus inevitables osadías.

Eso es lo que denuncia este libro.

Además lo ennoblece una espléndida sinceridad.

Es una gran voz que resuena, conmovida y vengadora, desde el infierno florido del Amazonas que las matas opulentas enguinaldan traicioneramente matizándolo con los ilusorios colores de la esperanza.

EUCLYDES DA CUNHA.



EL TAPARA

*...de semejantes lagos están llenas las
tierras del Amazonas...*

PADRE JOAO DANIEL. — Quinta parte de:
"THE SOURO DESCOBERTO NO RÍO MÁXIMO
AMAZONAS".

Como cordón de seda oscuro que orlara un tejido de un color más claro, es esa lejana costa del Tapará, vista desde la otra orilla del río.

El cordón lo forman los "oiranas" ralos y tristes como cejas al borde de una pupila inmensa dilatada y apagada.

Detrás de esa primera vegetación ribereña, que aparece como asustada de las aguas solapadas del Amazonas, se levantan los "embaúbas" más animosos, altos, con sus hojas de revés plateado y sus troncos blanquecinos que dan la impresión de seres atacados de anemia producida por los ataques de pulgones, hongos y líquenes parásitos.

Más atrás, la mata que parece haberse detenido porque le cerraban el paso.

Surge en un conjunto de color verde montaña, sin gradaciones en lo alto de las copas informes y esparcidas como coágulos.

Es toda informe, llena, desordenada maraña de retoños y follaje, ramas torcidas, enganchadas, ovillos de lianas enroscadas; parece como si luchara consigo misma, a la vez agitada y quieta.

✓ El sol aprovecha los intersticios del ramaje, los claros entre los brotes para meterse entre la masa verdosa con su luz ardiente y para atravesarla ora en hilachas, ora en forma de haces.

Los haces empapan los troncos, y las hilachas se asemejan a pequeños cellones de algodón dorado, volátil y tenue que transforma a las hojas en joyas, en dijes de esmalte.

Hay trechos en que parece como si se hubiesen encendido muchos hachones para iluminar una gran fiesta de duendes.

Sin embargo, la luz no consigue nunca inundar al bosque; aprovecha apenas los desvanes en que se explaya y se derrama, luego detenida, porque el conjunto tiene la impenetrable consistencia de un amplio conglomerado de pórfido.

Lo que los oiranas adornan es como una bella y armoniosa curva de labio, pero precipitada en un cieno espeso.

Ahí la canoa del "caboclo" (1) embica y se afirma, al lado del frágil "mará", fácilmente asegurada, y queda con el suave balanceo del enorme transatlántico.

Desde esa playa de tierra corrompida, fofa y flácida, el caboclo penetra difícilmente en el bosque, por lo que fué lecho de un canal estrecho durante la creciente.

Porque en esa misma mata, recientemente, penetró a fuerza de remo más rápidamente. Su trabajo sólo consistía en meter en el agua la pala de madera de laurel y flotar tranquilo. Ni carga sobre los hombros, ni suelo resbaladizo, ni montículos, ni depresiones del terreno.

El bosque, inundado por la creciente, es más familiar para el nativo. Durante el diluvio el hombre amazónico debe haber

(1) Se llama "caboclo" al indígena del Amazonas.

cambiado sus pulmones por agallas. Todo le es accesible cuando se halla en el agua.

La soledad del centro, cuando la red gangliiforme de los lagos se liga con la red arterial de las corrientes, no tiene secretos. El caboclo mete su canoa en el agua y, con la seguridad del viandante en los caminos abiertos, va hasta donde su instinto le indica que hallará fácil presa.

Para él no existen misterios en ese lugar apartado.

Pero al bajar las aguas, el hombre se encuentra aislado, o peor aún, emparedado.

Al bajar la creciente el hombre pierde su capacidad de andar. Ya no puede navegar y se parece a un tronco flotante que, a consecuencia del enorme aumento de su peso a causa de la humedad que lo compenetra, baja al fondo y se pudre.

Sin embargo, no siempre es así, porque, a veces, constituye la primera estaca de la construcción que, adornada de utricularias y pistias y argamasa con lodo, más tarde será una isla que alterará los levantamientos topográficos y que modificará los derroteros.

Los rastros en la mata son muy difíciles de reconocer. Mientras dura la bajamar no tienen tiempo de quedar señalados. Sin embargo, lo que aún se destaca entre la maraña de los retoños, es que, en los sitios en que la creciente está marcada en los troncos, existen aquí y allá ramas mutiladas por el choque con el remo que las apartó cuando obstruían la proa de la canoa. No valdría la pena de trazar más profundamente el camino; sería siempre como marcado con tiza. La esponja de la creciente borraría todo.

No es largo el recorrido. Apenas dos kilómetros y medio, pero parece que nunca termina.

La costumbre de utilizar la canoa y las exigencias del andar a pie, procuran cansancios e impaciencias irrefrenables.

El suelo, nivelado regularmente y de idéntica naturaleza aluvial, está lleno de obstáculos; hay allí un enredo de ramas

y lianas muertas o aletargadas por la sequía y a la espera de la resurrección que, infaliblemente, vendrá con la creciente; colgados aquí y allá flecos vegetales secos que asemejan a pendientes duros y oscuros, corolas de estopa de las que desprenderse un polen imperceptible, el "canixi", cáustico invisible que quema la nuca del que pasa; cuando no es la "tocandeira" venenosa o la "tapiú" con su aguijón abrasador.

A principios de octubre las primeras lluvias aún no han caído, anticipando en algo más de un mes, el inicio de ese diluvio amazónico más duradero que el de la Biblia.

La mata quema sin crepitaciones de llamas ni fulgores de incendio; arde sin lumbre.

El fuego se siente en la combustión espontánea originada por la fermentación enorme de esa masa de vegetales generada por la persistente humedad existente bajo las altas ramas.

✓ Y todo en medio de un silencio agobiador y oprimiente.

Durante la hora del mediodía asoleado, el bosque queda perezosamente mudo, mientras que por la noche parece wagnerianamente agitado por infinidad de voces. Voces que van desde el insano clamor de almas errantes, desesperadas y dolientes, hasta los suaves murmullos de un violín que ejecutara un "smorzando" delicadísimo.

La cánicula anestesia al monstruoso organismo; el rocío de la noche le produce pesadillas y sobresaltos. Parece como si la luna, reguladora de las mareas en el planeta, agitara con tétricas pleamares a la mata ecuatorial como a un mar de follaje más propicio a los naufragios...

Hay momentos en que cierta claridad invade la penumbra de la mata. A través de la maraña se abre un claro y la senda indefinible se orienta hacia la cumbre del barranco siguiendo la depresión del suelo que el constante tráfico de pacas y agutí, profundizó.

La mata parece detenerse también al borde de la pendiente

estrecha, en la que un arrozal silvestre tiene el color tierno y delicado de la alfalfa nueva.

A la derecha de ese tapiz verde claro, resplandee un espejo redondo de acero pulido. Es el lago "da Frente", que anuncia la existencia del Taparú más allá en la espesura.

Ese espejo de acero pulido es el agua que quedó sin poder escurrirse, detenida por el desnivel, y que sirve para abrevadero de garzas, ananahís, caroes, arapapás y patos silvestres.

Agua prisionera.

En la ira de su situación, parece infiltrarse una mirada de odio, una mirada de basilisco en la esclerótica de la laguna.

Y se venga poco a poco, engendrando una infinidad de algas y microbios venenosos. Quien de esa agua bebiere, hará cuentas más tarde con su brazo y con su hígado.

El lago desecado, una curiosidad hidrográfica, es un laboratorio químico de la microfauna y de la microflora palúdica.

¡Y tan tranquilo! ¡Nadie lo diría!

Sólo el mercurio, precipitado al fondo de una eubeta, sería tan tranquilo y pulido.

Para llegar al Taparú, es necesario cruzar la pendiente en la que esa retina inmóvil, inerustada en la órbita del barranco, mira al sol con insistencia espasmódica y enervante.

Atascándose más en el fango blando de su cabecera, es necesario transponer otro barranco que, del lado fronterizo, se alza en declive cual el talud exterior de un parapeto fortificado, será preciso trepar, adivinando antes en qué lugar la senda interrumpida se introduce nuevamente en la amplia cuenca del lago vacío.

Intentarlo no es fácil.

Los grandes árboles empinados, ramosos, iguales, y el encaje formando por los "arañanas" la ocultan. Es preciso ser adivino.

Al fin se halla el rastro en la forma sin características de una línea semiborrada de una antigua ruta minera.

Acentuado al principio, el camino se pierde luego, como el otro, en repliegues y vericuetos, por la mata, como avergonzado y aloado.

Continúa la senda mal definida a través de una restinga casi imperceptiblemente más alta. Pulgarcito, el del célebre cuento de Perrault, debería cribar los guijarros de ese camino...

De pronto, traspuesta la cortina de abiuranas y acapurnas, se domina una nueva orla de "araçapixunas" y, en otra pendiente más profunda y más harta de agua, el Tapará.

El lago, inmenso, invade uno y otro lado y, con manoteos de gigante, aparta la mata y ahonda fuertemente la tierra. Esta cañada es sorprendente. Inunda al bosque que se presenta compacto. Ningún claro. Aquella vegetación espesa, de un plano igual, sin escarpadas ni accidentes de ninguna clase, sigue en la misma forma hasta las llanuras fronterizas de Matto Grosso y a Bolivia, y da la idea deprimente de carecer de simas en su espesura. En esa forma el lago descarga su caudal de agua.

Es una hendidura, un descanso. En la continuidad infinita del túnel verdoso, el respiradero por donde penetra la luz es un desahogo porque quita la opresora impresión de encierro, y hace recordar que, allá en las alturas, existe aún el cielo — la constante visión de los encarcelados en celdas sombrías.

Inmensas charcas a lo largo del valle liso, tapizado en sus partes secas con una verde alfombra de gramináceas. Y, junto a la claridad que invade el valle, la animación de la fauna, dando el todo la impresión de un grabado que represente a un pedazo de la tierra tal como fué descripta en la última parte del primer capítulo del Génesis, ejecutado por el ingenio buril de grabadores antiguos.

Alrededor de las charcas, zaneudos y bandadas de innume-

rables palmípedos con sus crías aún en plumón. Y en la tierra empantanada y viscosa, toda la agitación y la bulla de alas y graznidos.

Vuelos intentados o realizados, sacudimientos de alas y gritos de la población plumífera del Tapará, intentan dar apariencias de vida a aquel lugar olvidado por la explotación industrial, despreciado por los geógrafos y virgen aún de las pisadas de los agrimensores.

Bajo la aplastadora bóveda del ramaje, lo que el lago fecundo ofrece, pese al revolotear de las aves y a sus graznidos, es una mortal impresión de desierto de piedras desnudas, de donde hasta los reptiles han huído del calor de fragua reflejado por las piedras.

Da la idea del Lago de Asfaltides, pese a sus verdeantes orillas y a su hondonada descubierta, tapizada de césped y poblada por una fauna como la que debió poblar al Paraíso.

El clásico recuerdo de Caronte se presenta ante la mente de quien llega hasta allí, como si, por esa agua estancada, el fúnebre barquero empuñara el timón de la barca de la muerte.

Es así como debe ser el Aqueronte que circunda al Infierno. Tal como ese surco de agua muerta e infecta, con la misma decoración de selva estática y lóbrega; tal vez en ese mismo lago Heine imaginó a una lánguida condesa, bogando entre espectrales cabezas de amantes ahogados.

Si bien en las orillas del Tapará reina la alegría por la grandiosa fastuosidad de plumajes de todos colores, en el seno del lago la vida es mucho más intensa. Es la vida de pellejos, escamas y caparazones. Los pesados yacarés duermen plácidamente en el barrial, codeándose con avivados peces y tímidos quelonios.

Cuando el río abandonó, desecado por el verano, ese resto de agua muermosa, dejó también, mal sumergido entre las orillas, a todo un catálogo de ictiología.

Cada día más, al acercarse noviembre, el líquido disminu-

ye, su población se amontona y acontece lo inevitable: el lago se pudre.

Los saurios parece como si se hallaran más a sus anchas en el pantano así saturado; asoman sus hocicos a la flor del barro, como guijarros negros rodados desde las laderas de algún peñasco hasta el atolladero del llano.

Los caparazones de las tortugas se entremezclan con los lomos oscuros y en relieve de los peces enlodados.

¡Aparece entonces el lago en todo su horror! Ya ni mira hacia la luz dorada ni hacia el verde claro de la vegetación que lo rodea. Parece como si sofocara toda la alegría de la creación.

Pastoso, pútrido, mefítico, es capaz de originar una alternativa de locura en quien lo observa. El pensar que alguien pueda vivir allí y que, de esa podredumbre espere risueñamente sacar fortuna, es querer llevar la razón hasta la cumbre de la insania.

¡No! Esa ciénaga corrompida parece más bien como un justo castigo para los ambiciosos exploradores. Divinidad cruel que protege la virginidad de los lugares amazónicos, premia a los violadores de su tierra con la manifestación más repulsiva y más profunda de la corrupción de la vida en una superficie de pocas hectáreas.

El valle de Josafat debe ser un rincón mucho menos conmovedor que ese agujero corrompido, saturado de barro, de humores y de palpitaciones de vida.

Aparece integrada allí, en amplias proporciones, la lucha esencial que, con noción incompleta de la vida, Bichat calificó como reacción contra la muerte. Mas la muerte vence medrosamente.

Los pesados y toscos yacarés que se revuelcan voluptuosamente en el barro blando, terminan también por ser víctimas de ese lecho letal y aumentan, en amplias proporciones, la podredumbre del ambiente. Lo que les entra por las cavernosas

fauces, es caldo de cultivo bacteriológico cuya fermentación los hace perecer fulminados, pese a sus inútiles corazas. Así la mesa del banquete se convierte en mortaja.

Pululan en esa estrecha cuenca desdichadas alimañas que no pudieron seguir a los "piracemas" que, remontando el curso del Amazonas, evitaron la prisión que encierra a los retardatarios y a los no precavidos. La naturaleza castiga a estos en forma feroz. Los deja, despreocupadamente, abandonados a su destino: la putrefacción. Toma a un solo individuo o a una bandada de ellos y manda al calor y a la humedad a que se unan en una trágica coincidencia de fuerzas irrefrinables para realizar la tremenda descomposición.

Sin embargo a la vera de ese abismo de corrupción, fronterizas a la llanura, se ven dos chozas de "miriti".

Viven en ellas durante la temporada de la salazón, el viejo Palheta y su hijo. En setiembre llegan desde la "tierra firme" hasta las "factorías" del lago y traen consigo a sus mujeres y a los perros.

Pasan cuatro meses eternos al borde de esa cueva. Sin embargo no les causa ninguna impresión la podredumbre del lodazal; desde que eran niños el lago les es familiar y amigo. Hasta desearían legalizar la posesión del terreno que ocupan. Quisieran un papel sellado que les garantizara la posesión de las tierras... Y les amarga el saber, vagamente, que Paco Mendes, aquel de los brazos amplios y fuertes, pretende apoderarse de las mezquinas chozas en que se refugian.

Apenas por la entrada del lago, al lado mismo de la boca del Autaz, corre el agua en abundancia, ellos salen en la humilde canoa de madera de cedro o de laurel que los trae desde la faz del mundo o los lleva hacia la soledad y el trabajo.

Luego esa facilidad de tráfico termina hasta la nueva crecida: la boca del río queda reducida como simple lagrimal y los hombres quedan presos en el lago. Ellos lo saben, y por eso ni se desaniman ni se desesperan.

Van voluntariamente hacia la ermita, dispuestos a la lucha que se renueva año tras año, con monótona igualdad. Concurren a la necrópolis para arrebatar a la muerte lo que ellos también quieren matar.

Todos sus negocios se reducen a escatimosos cambios realizados en las tabernas de la costa y que tiene por base y garantía el trabajo de salazón en el lago.

Este es una verdadera providencia... Cesado el momento de las formaciones hidrográficas, el caboclo no podría resistir en el centro. Es la increíble disposición de las tendencias congénitas, el lago es su mejor elemento. Durante la sequía con el "jaticá", durante la crecida con la flecha o el harpón, si no hartazgo, por lo menos valiosos recursos los halla siempre.

Mientras dura la invasión de los batallones que lo aplastan — fuerzas cosmológicas y morales — el caboclo se refugia en los lagos. Satisface al estómago y a la imaginación; al estómago porque el lago es su "despensa" como se complace en calificarlo; y a la imaginación porque el lago es el escenario de leyendas y peligros misteriosos... En él vive la "mae d'agua" y la "cobra grande" la de ronquidos espantosos y viven también bandadas de malolientes "janauahiras" que están siempre rabiosas... En la mata que lo circunda, curupiras, caraporas, mati-taperés y boitatás que pasan atontados, acometidos de terror pánico.

Los "caucheros" aún no han invadido el lago Tapará ni otros muchos. "Barrigudas" (1) y "seringaranas" (2) innumerables en la región, recuerdan a la industria cauchera que es imposible con ellos porque su "leche" (3) no es elástica, y porque, aunque tengan aspectos de legítimos, no son sino una parodia de los verdaderos árboles de caucho.

(1) Barrigudas son árboles que pertenecen a la familia del caucho.

(2) Seringanas; idéntica familia.

(3) Es la resina líquida que segregan estos árboles.

Son un escarnio vegetal. Troncos inmensos que, a la simple incisión de la corteza, dejan correr en abundante chorro su savia; sin embargo esa sangre blanca no se coagula con la cocción y el líquido queda pegajoso y quebradizo, pero no es elástico. En vez de savia "millonaria" es savia aguachenta.

El caboclo piensa que tal vez es mejor así.

La ola inmigratoria de los "cearenses", como los llama, englobando en una palmera genérica un vago resabio de desprecio y de despecho, llegaría a transformarse en plaga al invadir el bosque... Se extinguirían la caza y la pesca si los "cearenses" se enseñorearan ambiciosamente y sin ninguna clase de escrúpulos, de la tierra que los vio nacer. Gente mala, llegada ayer y ya feliz por la victoria que el antiguo nativo aún aspira y que no logra conquistar.

Pero el caboclo no sabe que, en la avidez de la nueva sociedad acampada en el Amazonas, él, con su carácter reservado, en el que hay un dejo de tristeza de desterrado en su propia patria, es un moderador feliz e inalterable.

Cuando se emprende allí, con brío y codicia, la lucha por la vida, la resistencia del elemento nativo no constituirá acaso un freno al desorden cauchero, pero limita el conflicto.

Conflicto natural en el tremendo empuje de ambiciones forasteras que, utilizando hachuelas, vasijas, baldes y jarros, revolverán la tierra para facilitar materiales a la electricidad, al vapor y a los demás males que aquejan a las sociedades que, hoy, se llaman a sí mismas: "fuertes".

Localizando esas tendencias, una pasiva y casi indiferente, y la otra perturbadora e inmoral la mayoría de las veces, es el Bajo Amazonas al que, con su inercia, reprime al Alto.

Y en el Bajo Amazonas, sede restringida de la fuerza calmosa se halla el lago que amortigua la fiebre de los ríos, esa fiebre que si bien hará latir con más fuerza el pulso del comercio, estraga y corrompe uno de los lugares más calumniados del planeta.

El lago, pues, es digno de un capítulo de Michelet, pero también merece la mirada detenida de un sociólogo; un himno y un análisis.

El lago es el centro de defensa cuando en la periferia existe un cierto no sé qué, que impide la prosperidad del pobre ilota; desde los peces que escasean en los ríos hasta el bolichero que le roba en las cuentas.

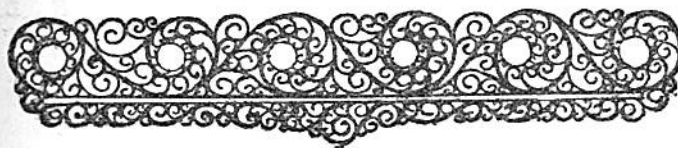
Porque su lucha ha sido grandiosa en el anfiteatro lacustre del Amazonas, y el pobre caboclo puede ser comparado al Orestes de la tragedia griega. Lo persiguen las furias.

Sin embargo, él tiene en los lagos recónditos, en las aguas del Bajo Amazonas, traídas por los afluentes o bien bajadas del cielo, sus plazas fuertes que sólo una embestida secular podría, quizás, aniquilar.

Aniquilamiento por un decir, porque nada se destruye... En la sangre que un día deberá correr por las venas del brasileño étnico normal, la sangre del paria caboclo tendrá su coeficiente molecular de mezcla con la de tantos pueblos, argamasa en un solo cuerpo, cocida en un único crisol, fundida en un solo molde.

Crisol, molde, cuerpo... aparato de transformación del que, con el caboclo, el moreno, el mulato y el europeo preponderante en la inmigración, saldrá el brasileño tipo definitivo de equilibrio etnológico.

Dejará de ser, al fin, lo que ha sido: un débil medio para el tránsito transfusorio de las razas.



UN JUICIO DE CATOLE

*But whatsoe'er he had of love reposed
On that beloved daughter; she had been
The only thing which kept his heart unclosed
Amidst the savage deeds he had done and seen,
A lovely pure affection unopposed:
There wanted but the loss of this to wean
His feelings from all milk of human kindness,
And turn him like the cyclops mad with blindness.*

BYRON. — DON JUAN, Canto II.

El viejo administrador, de bruces sobre el gran libro de matrícula, mientras se arreglaba los lentes sobre la nariz, interrogaba, entremezclando chanzas pesadas y dichos groseros, a un pobre rústico que se mantenía frente a él en respetuosa actitud, en la gran sala de la Administración.

Iluminaban esa habitación dos únicas ventanas que daban hacia el tapial donde debía haber existido, anteriormente, una huerta o un jardín, y donde se veían, verdes aún, unas coles y una planta de rosas en los canteros desnudos.

— ¡Elegiste ya el lote?, ¡cara de tonto! — preguntó el fun-

cionario dirigiéndose al rústico con la lapicera en alto y mirándolo fijamente.

Aquel, tartamudeando, contestó:

—Sí, señor... El sesenta y cuatro, al lado del de la señora Martina, cerca del de Passarinho.

—¡Ese no! — dijo el administrador. — Ya está comprometido. ¡Decía bien yo que el tipo este quería meterse en el lote de Mundico!...

El burócrata, de la torta que le daba para repartir el gobierno, reservaba, indecorosamente, la mejor parte para su hijo menor.

—Yo no sabía...

—Nada de subterfugios. Ustedes son todos buenos, pero yo les conozco las mañas.

—Entonces el cincuenta y siete... — murmuró tímidamente el otro.

—Bueno. — Y el jefe de la Colonia inscribió en el registro el número pedido. Luego, cerrando el libro de cantos de metal y tapa de cuero, ordenó al nuevo adquirente que saliera, diciéndole: — Puedes tomar posesión del lote, nariz torcida. Pero nada de holgazanerías, ¿oyes? — Luego, refunfuñando, agregó para sí: — ¡Maldito gobierno que llena la panza a estos perros que no sirven para nada!

Juan Catolé llegó al Amazonas con toda la caterva de los embarcados en la Fortaleza, viajando como ganado de desecho. Llegó acompañado de su hijita, huyendo de las miserias del terruño donde, desde hacía mucho tiempo, no caía una gota de agua, y donde falleció su adorada mujer.

Apenas si tuvo tiempo de cerrarle los ojos a la infortunada mujer, pues la halló un día caída a la sombra de un "carnau-beira" donde quedó al regreso del río. Tenía las ropas manchadas de sangre, como una criminal; y como se llevara las manos a la boca intentando reprimir el vómito hemorrágico, también las manos se le tiñeron de sangre.

Fué mientras las vecinas rezaban el oficio de difuntos que Juan, agobiado, decidió partir de Santa Quiteria.

Poco le costó vender unos cuantos enseres y una poca harina de mandioca, salir para Marangueira, tomar el tren hasta la Capital, meterse en el vapor del "Lloyd Brasileiro" y llegar a Manaos sin un centavo y sólo piel y huesos.

Su primer y único abrigo fueron los "bajos" del aserradero Sá.

En la risueña margen de la ciudad de San Raimundo de los Educandos, la edificación moderna se extiende ufana con sus vidrieras brillantes, sus cornisas y tejados coronados por las torres de la Catedral, de la Iglesia de Nuestra Señora de los Remedios y por la cúpula del teatro.

La hematosia del progreso hizo el milagro de la transformación de los tugurios de la antigua villa de la Barra del Río Negro, en la metrópoli amazónica de nuestros días. Muros de cal, grandes depósitos, casas de varios pisos, el edificio del Gran Mercado y su escalera forman la primera línea de la ciudad junto al negro gorgojo del agua que la baña funerariamente.

En las cercanías del mercado, en terrenos ganados al río y que éste no deja inundar durante las crecidas, se alza una inmensa barraca de maderas viejas. En previsión de las inundaciones, la edificaron sobre altas estacas y el terreno que, entre ellas queda, está totalmente al descubierto, mientras el río no hace de las suyas.

Esa barraca durante todo el día palpita febrilmente, chirrian las sierras que parten los troncos y los dividen en vigas y tablas. Por la noche, la parte alta calla mientras que la parte inferior vive, durante algunos meses, una sombría vida nocturna.

En ese escondrijo inmundo, entre las estacas podridas y limosas, se aloja mucha gente miserable que llega en los buques que vienen del sud en busca del sustento o, tal vez, de la opulencia en la encantadora patria del caucho.

Es un campamento de gitanos. Las familias se instalan en completa promiscuidad en el lóbrego subsuelo del aserradero.

Esa incomprensible construcción, obstinada en quedar bien expuesta como escarnio a la civilización que la rodea, es un piadoso asilo. Ni tiene letrero de asilo nocturno ni exige nada a los necesitados y desdichados. Vibra un corazón en su pecho descarnado y rígido de vigas y tirantillos. En su humildad de andrajoso se apiada de los indigentes que a él acuden.

No hay ningún guardián, y sin embargo el orden más perfecto reina allí. Sociedad ideal, igualitaria de condición y disciplinada por el mismo sueño de la fortuna que la impele, se instala allí cómodamente y sin ceremonias atendiendo a la diaria tarea de armar redes, cocinar la comida, lavar, enjuagar y secar la ropa.

Patrones e intermediarios llegan allí para contratar personal para la recolección del caucho en el Alto Amazonas. Manadas de lobos que vigilan en torno de la isla ecuatorial, hacen miles de promesas deslumbrando a las víctimas con brillantes mirajes y con ventajosos contratos. El destino y el negocio merodean alrededor del campamento.

Un buen día, un grupo de asilados abandona su albergue lacustre; otro grupo nuevo llega y lo substituye en el asilo ruinoso.

También Juan y su hija se hospedaron en el providencial asilo. Pero el "cearense" resistió tenazmente a la tentación de los caucheros. Su principal preocupación fué su hijita.

¡Lanzarse con la hija a lo desconocido! ¡Es cierto que se gana, pero se dicen tantas cosas!... ¡Se dice que las mujeres son vendidas, que mozas de familia son raptadas no se sabe nunca cómo! Y Malvina dentro de poco sería mujer... ¡No!... El quedaría en Manaos... Iría hacia el lado de Flores donde decía que estaba instalada una Colonia del gobierno. Trasladándose allí tendría tierra y hasta comida y remedios, llegado el caso.

Preguntó por el camino a seguir y partió provisto de un documento que le dieron en la Dirección de Tierras y Colonias.

Apenas que el jefe de la Colonia le había designado el lugar, ya Juan Catolé trató de instalarse, llevando sus pocas pilehas hacia la casa, porque su lote era uno de los pocos que tenían una construcción de paredes de barro cubierta con matorrales de "capoeira". La casa, nueva aún, parecía más bien una tapera, pero eso no importaba.

Católe había elegido su lote después de haber recorrido durante dos días la Colonia que cruzó en todas direcciones. Los lotes estaban ubicados en la extensa área cubierta de matorrales espesos y surcada por pequeños y numerosos cursos de agua parecidos a las venas talladas en piedra calcárea.

El camino carretero que va en pendiente desde Carari a los campos de Río Branco, dividía la Colonia en dos mitades. Algunas plantaciones se veían en la densidad de la mata rica de laureles y "aricuarás". Casuchas cubiertas de tejas, pequeños cuadros con mandioca, ananás, juncos y uno que otro arrozal en las partes bajas.

La Colonia no progresaba; era como planta exótica y ártica vegetando al calor de una estufa. Sus ocupantes poco se cuidaban de la labranza. Preferían seguir el rastro de algún agutí, paca o "capoeiro" para, una vez cazado, venderlo en Flores o en el mercado de la ciudad.

A los esfuerzos de la administración que había construido puentes, habitaciones, que facilitaba medicamentos, comida, maquinarias y escuelas, respondía la apatía de los pobladores siempre quejosos y poco satisfechos. Antes que a nada, achacaban la culpa a la tierra: No sirve... es un lodazal... no da nada... hay hormigueros enormes... Y con la desanimación de exilados en una roca, los colonos pasaban sus días lamentándose inútilmente.

Solamente Juan bendecía su suerte. En Ceará nunca hubiera llegado a ser dueño de un pedazo de tierra. Habría trabajado

siempre a jornal, o en tierra extraña o arrendada. Sólo de unas cuantas piedras o de una gruta en lo alto de la sierra, quizás, habría llegado a ser dueño. ¿Con qué porvenir?

El Amazonas, tan maldecido país de caucho y de paludismo, lo había hecho propietario; conseguido tierra, manutención, techo, asistencia médica y escuela... El monstruo devorador de vidas, era, en verdad, también protector y amigo.

Lleno de animación apuntaló la choza que le habían cedido, combatió tesoneramente a las hormigas y ya, al finalizar el primer año sus lozanas plantaciones habían valorizado su lote. Más tarde, Catolé, consiguió instalar en un cobertizo la "casa de la fariña", como él la llamaba, con todo lo necesario, es decir, la rueda, el banco con el "cateitú", la prensa y el horno.

Habían pasado tres años desde que había llegado a ser colono después de haber sido huésped del aserradero. Sin embargo le parecía como si hubiese sido ayer cuando se resolvió a ir a trabajar, con su hija, a la Colonia.

Malvina ya tenía trece años y ayudaba bastante a su padre. Hasta para carpir y para arar la muchacha no se mezquinaba. Cubierta la cabeza con un amplio sombrero de paja, que se ponía coquetamente, trabajaba a la par de un hombre.

Muchas veces Catolé se quedaba mirándola con melancolía; el óvalo de la cara, los ojos verdosos, la manera de reírse... Toda su difunta mujer, pero más activa, más trabajadora.

La niña no tenía un minuto de descanso. Cuidaba la casa, la ropa, la cocina, la cría de animales domésticos, ayudaba al padre en la labranza y hasta le sobraba tiempo para tejer y bordar. ¡Qué linda estaba Malvina con su pañuelito al cuello y entre sus dedos ágiles los bolsillos saltando alegremente mientras los hilos se entretejían sabiamente entre los alfileres del molde!...

Juan tenía pocas relaciones entre los habitantes de la Colonia. Quien visitaba la casa más frecuentemente era la vecina Rosalía, a quien, un triste día, habían avisado que su marido había sido

aplastado por un "umarirana" que estaba por derribar a hachazos. Ella corrió como una loca, dando gritos, hasta que halló a su hombre con una ancha hendidura en el cráneo, por la que se escurría la masa blanda y blancuzca del cerebro. A su llegada el cuerpo estaba aún caliente, pero ya el hombre había muerto. Al día siguiente quería impedir a toda costa que se llevaran el cadáver al que besaba como a la efigie de un santo. La apartaron piadosamente y, en una red atravesada por un palo, el cuerpo muerto fué camino a Taruman, seguido a distancia por los desgarradores gritos de la viuda.

Rosalía no hallaba consuelo. Cuando iba a casa de Catolé, el tema predilecto de sus conversaciones era el marido.

Aparte de Rosalía, quien visitaba la casa de Catolé más a menudo, era Pedro Carapina. La historia de este "cearense" coincidía con el mismo capítulo principal de la novela de todos los emigrados.

Fué acosado en los alrededores de Canindé por los trágicos horrores de la sequía. Lo aguijoneó la sed... La sed y también la ambición. Llegó niño aún, pues no tenía veinte años. Tanto oyó hablar del Amazonas que no supo resistir a su instinto aventurero. También lo espoleó el ejemplo de su primo que, después de suponerlo muerto, regresó al pueblo desde el Arce donde militaba a las órdenes de Plácido Castro peleando contra los bolivianos. Llegó bien empilchado, con un quitasol de mango de plata, reloj con su correspondiente cadena y un fajo bien grueso de billetes de banco que derrochaba a manos llenas en los boliches del lugar.

Trabajaba Pedro en la construcción de un nuevo edificio que la Administración había mandado levantar en la Colonia, y aprovechaba el asueto de los domingos y días feriados para tomar un trago de café con el amigo Juan.

Este veía sin sospechas las visitas de su compatriota, visitas que ya eran frecuentes.

Malvina mal ocultaba la alegría que esto le causaba, sintiénd-

dose atraída hacia el carpintero por un sentimiento al que no intentaba resistir.

Cuando Pedro tardaba, Malvina se sentía inquieta, y no podía dominarse. La vieja Rosalía era quien escuchaba las confesiones de aquella alma a la que el amor naciente preocupaba y hacía feliz. Los pesares y los sueños eran los temas del cambio mutuo de las conversaciones entre ambas mujeres.

Un día el Administrador hizo una proposición a Juan: tomar en su casa a Malvina para ayudar a los quehaceres domésticos. Le daría un buen trato y algo en efectivo...

Repugnábale al afectuoso padre la separación. Al fin consintió; sería un medio de aumentar los escasos recursos y hasta sería ventajoso para su hija el acostumbrarse a tratar con "blancos". Siempre aprendería algo al vivir en la "casa grande" con gente "sabida" de la ciudad.

Reflexionó, volvió a pensar y terminó por enviar a la niña al servicio de la familia del Administrador.

La muchacha se portaba bien. Todos en la casa alababan sus modales simples y su incansable actividad.

Pedro continuaba su trabajo en la nueva construcción. Era un trabajo que se eternizaba. El Administrador reclamaba todos los días, usando ciertas palabrotas de calibre mayor, con las que pretendía avivar el celo del asalariado del Estado.

—¿Y entonces?, don Pedro de mil demonios. ¿Se termina o no se termina con este endiablado trabajo? ¡Cara de tonto! ¡Por todos los santos!... ¡Estoy harto de tanta cachaza!

Pero la obra se atrasaba siempre más porque Pedro se impacaba con ese estúpido espolear. Pasaba días enteros para preparar una escuadra y abandonaba el trabajo a cada instante para fumar un cigarrillo, sentándose en uno de los maderos de la construcción, distraído.

Desde allí aperecía a Malvina, dedicada a sus quehaceres, yendo y viniendo por el jardincito, por la casa, en la cocina. En esa contemplación volaban las horas, sucedíanse los cigarrillos

llos y la obra, interminable, adquiría contornos de la obra de Santa Engracia que nunca se terminó.

Una noche la Colonia fué despertada de su acostumbrada monotonía por un acontecimiento espantoso.

Se oyeron unos disparos de fusil por el lado de la casa de la Administración. No tardaron mucho tiempo en enterarse de lo ocurrido. Un drama de sangre en la oscuridad.

Pedro en forma incomprensible, por lo inesperado, había herido a un empleado, muerto al ayudante de la Colonia y arrastrado consigo para quién sabe dónde, a la pobre Malvina.

Ese hecho ocurrido tan repentinamente en aquel lugar tranquilo y nostálgico, agitó a toda la gente. ¿Por qué?... ¿Cómo fué? ¿Qué horror!... ¿Y la muchacha?... A preguntas y exclamaciones se acosaban en la Colonia conmovida.

Rápidamente la noticia llegó a oídos de Juan quien, en un arrebato de locura, llorando copiosamente, se lanzó a la mata en busca de la pista de los desaparecidos, perdidos en la inmensidad de la hojarasca.

Despuntaba apenas la aurora cuando hallaron a Catolé en la mata, boca arriba, blanco como un muerto. Tenía los pies completamente llagados por las espinas del "tucumahi".

Lo levantaron y lo llevaron a su casa donde despertó de su inconsciencia para caer en el delirio.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! — gritaba, y su clamor parecía conmover hasta las matas cercanas.

Durante muchos días seguidos, colonos y soldados recorrieron el bosque en todos los sentidos, desde el salto del Taruman hasta el canal grande; desde el camino del Río Branco hacia el oeste, fijo el pensamiento en los dos infelices.

Al fin se cansaron de escudriñar en todos los rincones sin hallar nada. Ciertamente los fugitivos habían ido lejos, huyendo de la justicia, empujados por la extraña pasión que los dominó.

Pero un día, una bandada de cuervos que revoloteaba teso-

neramente por sobre cierto lugar del bosque, originó en el ánimo de la gente una fúnebre suposición.

Algunos colonos marcharon hacia el punto sobre el cual se cernía en el aire la bandada siniestra. Allí hallaron, efectivamente, los cadáveres de Pedro y Malvina echados uno al lado de otro y ya desprendiéndose los esqueletos de la masa nauseabunda.

Autoridades llegadas de la ciudad verificaron el macabro hallazgo y labraron el acta consiguiente, enterrándose allí mismo a la desdichada pareja. La fosa en el bosque quedó guardando, como discreto cofre de malaquita, el secreto de aquella escena, el desvarío de aquellas criaturas, la novela del crimen, los restos podridos.

Mucho tiempo aún sufrió la Colonia el peso de un increíble malestar. Hasta el mismo bosque tenía un aspecto desanimado que recordaba a los lamentos agoreros del viento al doblar las hojas verdeantes y tétricas.

Pero, poco a poco la Colonia fué recobrando su indolente calma. La gente y las cosas volvieron lentamente al sopor y a la vida amodorrada y tranquila de antes.

Juan Catolé siguió en su rincón, como humilde animal en su covacha lamiéndose la herida que siempre manaba sangre. Era una sombra dolorosa en su escualidez y en su marasmo. Ya no se le vió la azada en la mano. Sólo conservaba el resto de su vida en los ojos hundidos y febriles, fijos en algo que tenía dentro de sí mismo, el terrible recuerdo que sólo podría apartar a costa de lágrimas sin cuenta.

Un puntal de la casucha se cayó. No lo arregló. Hormigas y otros bichos prosperaban. ¿Que le importaba ya?

Plantas dañinas crecían abundantemente, pero él, desesperado, no tenía ni fuerzas ni valor para nada.

Se despertaba de noche llamando a su hija. ¡Malvina! ¡Malvina! En sus sueños veía bosques pavorosos, y, abriéndose paso violentamente a través de la melaza, entre los troncos, entre

las lianas, iba furioso en persecución de dos sombras fugitivas. Era la suya una carrera fantástica, chocaba aquí y allá, se hería en los espinales, caía entre los matorrales y siempre las sombras se alejaban más...

Despertaba con el cuerpo dolorido, magullado y con un sudor mortal en la frente fría.

Aquella mañana de julio el frío se presentó haciendo tiritar los miembros rotos del desventurado Catolé. Se sentó el pobre fuera, sobre un carcomido tronco de "carananassú", lagartean-do al sol.

De pronto pasó un colono que, fusil al hombro, volvía de cazar. Del pequeño morral que le colgaba del hombro salían las cabecitas de dos "cotiaras" que había cobrado. El cazador se paró y, saludando, dijo:

—¿Cómo va, Juan? — Y sin esperar contestación, mirando hacia el matorral abandonado donde las flores del "maracujá" se pavoneaban en llagas sangrientas, comentó: — Es esta tierra endemoniada... No crece nada... Sólo "cajú" y "abacaxi". En nuestro Ceará es distinto... Crecen legumbres... Lo malo es el invierno... Pero aquí... ¡Bah!... No vale la pena.

Y Juan, con un profundo suspiro, respondió, permitiéndose un breve e hiriente desahogo:

—¿La tierra?... ¡La tierra es buena!... ¡Son los hombres los que no sirven!

Y bajando melancólicamente la cabeza, pesaroso y magullado, volvió a ensimismarse en sus pensamientos recobrando su triste aspecto de desterrado a perpetuidad. Lo invadió una nueva ternura hacia su hija muerta en el bosque, y, con la ternura, nació en él un sentimiento de justicia.

El desatino de su infame compatriota que le arrebató la felicidad, hizo nacer en su alma un sentimiento de justicia y le dió la lucidez de una justiciera opinión.

La historia que dirá la última palabra sobre el Amazonas, podrá esculpir como epígrafe ese sintético juicio del infortunado Catolé.



TIERRA FRÁGIL

*¡Évoque ton courage et le sang de tes veines,
Ton amour et le dieu des volontés humaines!*

A. DE MUSSET. — PREMIÈRES POÉSIES.

La casa de José Cordulo se destacaba en la orilla por la vecindad de un viejo y solitario "mongubeira", clavado en lo alto del barranco, obstinado reincidente de todos los años en adornarse de una gran cantidad de flores rosadas a las que, luego, sucedían enormes frutas carmesí.

El árbol, deshojado, colgaban de sus ramas esas esas frutas, verdaderas urnas de laca, de las cuales, entreabiertas por la madurez, se desprendían leves vellones suaves y cándidos.

El "caboclo" en poco terreno, criaba poco ganado; disponía de unas cinco cuadras de campo plantado con gramináceas.

En la estación del verano, cuando todo estaba reseco, los animales se arreglaban con lo poco que le quedaba de la bajante, pero se volvían lastimosamente flacos, y la garrapata agravaba la consunción de las reses. Una u otra no aguantaban. El verano, como una epidemia, hacía sus víctimas. El pasto estaba

cortado de raíz y amarillento como si le hubiesen pasado una plancha candente que lo hubiera cercenado cuidadosamente. Muchas veces, durante la estación, era necesario pedir permiso a un vecino más favorecido por la suerte, para que el ganado pudiera pastar por un tiempo en otro campo.

Además del potrero agónico, de un fuerte color sepia, alrededor del rancho se veía una gran extensión de limpia maleza delineada con un fuerte color oscuro.

Era porque Cordulo había prendido fuego a la maleza, pero como no la quemara bien, le había sido necesario rehacer el trabajo. Era por eso que la explanada se hallaba llena de árboles que las llamas habían semicarbonizado. Ramas erectas, troncos gigantes derribados, chamuscados, y las víctimas como aun dispuestas a repeler a quien intentara embestirlas.

Las erizadas ramas cantaban un motivo de guerra, como cuando en el desorden de las huestes llega la hora de la avanzada y todo es desesperación entre la turbamulta rabiosa. La canción de la victoria la entonaban de pie, en medio de la negrura calcinada, un "taperebaseiro" cubierto de sus hojas "malas", de brotes toreidos, y unos "caiaué", "inajás" y "tueuñas" que las llamaradas habían lamido.

Pero, después de los aguaceros de octubre, el resto del verano, hasta noviembre, sería más que suficiente para quemar las varas. Quedaría todo limpio. Y diciembre vería los brotes nuevos del panizo despuntar con su color verde pálido a lo largo de la tierra domada y feraz.

José Cordulo se había granjeado la fama de trabajador infatigable. "Cabloco onça" los calificaban los "cearenses" de la vecindad, admirando la extensión de los sembrados del "caboclo" labrador.

Hacía más de seis años que se unió a Rosa, una riograndense del norte, amarillenta y flacucha a la que un buque del sud trajo conjuntamente con una rehatilla de miserables inmigrantes para la Colonia. Vino acompañada por su padre, viejo que

ya mal se tenía sobre las piernas, mielítico y asmático, quien se demostró muy satisfecho por el lote que le fuera distribuido por el director de la Colonia, causándole aún mayor alegría el poder comer durante unos días la tumba del gobierno, y el pensamiento de que, al final de su vida, sería enterrado en una fosa, entre "guayabas" en el cementerio de San José.

El "caboclo" amaba a la "cearense". Dejó la vida nómada de "marisco" por ella y se decidió a trabajar la tierra. Criando ganado, plantando panizo, porotos y mandioca, y cuidando unas gallinas, que siempre tendrían para comer. Cuatro hijos, dos de los cuales mellizos, constituían el mayor encanto de su vida y le daban las fuerzas necesarias para su trabajo. Los chicos a quienes mimaba sonriendo, le saltaban al cuello, lo acompañaban al matorral, lo volvían loco de contento, y él les traía vainas de ingá, huevos de inhambú, y otras golosinas que podía hallar en la mata.

Cordulo era feliz, a pesar de que la peste atacaba de vez en cuando a su ganado, soportando que la "sauva" le arruinara a menudo los plantíos, e impotente para impedir que los frutales se echaran a perder alguna vez.

Siempre con la azada en la mano, desde que salía el sol hasta que se ponía, Cordulo no abandonaba el trabajo. Sólo descansaba cuando iba a cazar o a pescar, o bien cuando "curaba" el tabaco, o bien cuando calafateaba la canoa... Raramente se apartaba del trabajo o de sus hijos cuando alguna ocupación lo hacía inevitable, por ejemplo cuando tenía que ir alguna vez a Itacotiara para servir como testigo, o bien para algún otro asunto de excepcional importancia y gravedad, porque la tierra, de tan fecunda, lo retenía siempre ocupado.

De ahí a unos meses, antes de que el panizo comenzara a criar hojas y antes de que los porotos florecieran, y que las "gitaranas" y los melones de San Cayetano embalsamaran el aire, los "jurubelas", "taxiseiros" y "taquaris" venidos para aniquilar en el matorral la labor del hombre y la acción del fuego,

colaborarían a la obra de exterminio y de maldición. Para civilizarlo era necesario no descansar con la azada. Si Cordulo cerraba los ojos, cuando volvía a abrirlos, el bosque, pertinaz, había vuelto a ocupar el lugar de donde él lo había echado.

La mata convierte al labrador en centinela siempre vigilante. Si el hombre abandona el puesto, ella irrumpe en los cultivos y se apodera nuevamente de todo. Entonces las dificultades aumentan. El bosque resucitado, cubierto de vástagos, pedúnculos y retoños, vuélvese matorral, esto es, más denso y más impenetrable.

Para atacar al bosque viejo está el recurso del "taladreo", y luego el hacha completa la destrucción iniciada. Pero para atacar a la mata nueva, el hacha es inútil. Sólo la azada puede atacarla y destruir su tosco cortinaje rozagante y verdoso. Es una tarea interminable. La vegetación menuda se enrosca sobre sí misma en forma compacta. Si en la tierra labrada acontece eso, en el campo es lo mismo. Se vuelve matorral. Para eso también el fuego es el colaborador eficaz del labrador. Durante el verano, resguardadas las plantaciones por la "tira" de tierra desgarnecida de mata, pasa devastador a la espera que la primera lluvia de octubre o la de diciembre, en pocos días, hagan reverdecer milagrosamente la tierra ennegrecida y adusta.

Durante esa época, volutas de humo suben al cielo en todas partes del horizonte. Setiembre es el mes fuliginoso y crepitante de las "quemadas". Razgan el bosque amazónico las llamaradas de millares de incendios. Parece que el delirio de las llamas deba convertir en un solo mar ígneo todos los llanos de los alrededores. Nada subsistirá. Ni una sola verde copa de árbol en esa algazara de fuego... Sin embargo el bosque tiene una defensa. La humedad. Algunas copas quedan chamuscadas apenas y la quemazón se apaga, al fin, en el mismo seno que la alimentó.

Frente a la casa de José Cordulo los naranjos, perfilados al pie del barranco, se hallan resecos, casi a la muerte, a con-

secuencia de un polvillo de moho que, literalmente, cubría todas sus hojas desde el invierno anterior. Dos cocoteros mostraban sus palmas amarillas y enfermizas. Un "cupuseiro", inexplicablemente, ya no nutría sus frutos. Sólo algunas copas de "taiobas" y de "tajás" viciadas y unas "bacabeiras" y "popunneiras" alzaban sus penachos inmarcesibles en el bosque.

Desde lo alto se divisaba, hacia la cumbre de Ponta Grande, el Iguarapé-assú, el Iranduba, el Tapihira, y, más cerca, el Mauari, un montón de piedras que el río se empeñaba en demoler, con el desesperado esfuerzo burbujeante y rápida correntada. Hacia el lado de abajo, San Pedro y la barranca rojiza del Bararuá, hospedaje de las "airambas" graznantes alrededor de los unidos, y luego, más abajo, la curva suave y prolongada de San Antonio...

En esa tarde de sábado, el humo de las quemazones de los alrededores se esparcía por el aire, anticipando de mucho la ceniza crepuscular. Un artista divino sombreaba el dibujo. Así la margen fronteriza, indecisa por la lejanía, se volvía más distinta en aquella hora pacífica y esfumada.

Hacia la otra orilla partiría Cordulo con su familia al oscurecer, a fin de asistir a una fiesta que ofrecía a sus relaciones su compadre, el viejo Pacú.

A esa hora, en aquella parte de la costa, había un insólito movimiento de gentes y embarcaciones. Todos iban rumbo a la fiesta.

Las canoas iban atestadas de gentes y de bagajes, como si se tratara de alguna expedición militar.

Recién había oscurecido cuando el "caboclo" bajó al "puerto" con su familia.

La luna, blanca y redonda, ganaba altura, reflejando en el río una faja trémula de reflejos y centelleos platcados.

Dispuestos sobre el fondo de la canoa, por encima de las cuadernas, un baúl, y acomodados en la popa la mujer y los chicos, Cordulo, desde la proa, apartó enérgicamente la em-

barcación de la costa. Remando calmosamente enderezó hacia lo ancho del río, allá donde más visible era el encaje plateado de los rayos lunares reflejados en el agua.

Un vapor remontaba la corriente en esos momentos, completamente iluminado, con los faroles rojo y verde reglamentarios, como un rubí y una esmeralda, visibles a lo lejos entre la fulgente pedrería de la enorme caparazón flotante. Se oía el batir de la hélice que, en el bastidor del río, bordeaba con lentejuelas un dibujo palpitante de reverberaciones. Una "pirahiba" elevó su enorme cuerpazo completamente fuera del agua y, luego, con temibles aletazos, volvió a zambullirse entre las filigranas del río.

Dos horas largas se necesitaron para realizar la travesía oblicua entre el radiante esplendor de este tejido de brocado.

Anunciando la diversión, se oían los sonidos de los instrumentos de los músicos, como atemperados por la distancia, por el agua y por la noche.

Acercándose a la costa Cordulo paró la canoa cerca de otra decena de embarcaciones ancladas en el "puerto". Al compás de una alegre polka, que ahora se oía claramente, sobreponiéndose al ruido de las voces y al de los pies de la gente al marchar sobre el terreno, la casa de Pacú surgió iluminada como uno de los barcos del río.

La gente de Cordulo desembarcó saltando por sobre las demás embarcaciones fondeadas una al lado de otra.

Un sendero, recientemente ensanchado, conducía, por entre el cañaveral, a la plazoleta abierta frente a la casa, la que se hallaba como ahogada entre cacaos y "abieiros".

En dos salas, hombres y mujeres se empujaban bailando. De pie, cerca de las ventanas, al fresco, muchos convidados miraban curiosos a las parejas que bailaban. En el terrado y bajo la parra, donde habían sido armadas muchas hamacas, había un verdadero gentío. Muchas "caboclas", algunas de ellas viejas, mecían a sus hijos o a sus nietos; otras al lado del fuego

preparaban cacao o café. Rumbo a las salas pasaba gente con bandejas llenas de tazas y copas. Caldo de gallina, vino fermentado y aguardiente eran distribuidos profusamente a intervalos cortos.

Pequeñas "caboclas" perfumadas de vainilla o de "pipirioea", agrupadas, charlaban de la casa hacia afuera y de afuera hacia la casa: "Salud, Tertulia..." "Madunca no ha venido al baile. Dicen que está en el lago con Cazuza..." "La comadre Catalina está esperando..." "Prima, venga..."

Y mientras tanto se arreglaban los adornos de las batas o de los vestidos, o los jazmines que adornaban, en lo alto de la nuca, el rodete de cabellos peinados uniformemente.

La vihuela, los violines y los clarinetes no descansaban ejecutando danzas variadas. Los músicos se alternaban con algunos de los bailarines. Los "caballeros", en mangas de camisa la mayoría, sostenían a las "damas" emperifolladas e infatigables.

Las horas corrían rápidamente para esa gente en el embriagador alboroto de la fiesta y de la diversión que interrumpían la monotonía de la vida en aquellas tristes orillas.

El alba despertó adornándose con una vaga neblina el róseo pecho que el sol, como botón de oro, cerraba castamente. Y el sol, ya alto, vió la fiesta en su apogeo, pues continuarían los bailes hasta el día siguiente, tal vez. Hasta que el corral diera con que comer, y hasta que los panecillos de faríña no faltaran, ¿para qué terminar el baile?

Sin embargo, Cordulo se sentía fatigado y sin entusiasmo. Comentaba con sus amigos: "¡Ah!... En mis tiempos..." Y se quedaba conversando y mirando de reojo a las parejas enredadas, frenéticas, agitándose en medio de la irrespirable atmósfera de la polvareda que levantaba del suelo el arrastrar de los zapatos.

Debajo de los cacaos, algunos convidados más cansados, recuperaban sus fuerzas tendidos en las hamacas. Otros lavaban

sus ropas al borde del agua para cambiarse. Y continuaban la fiesta agitando alegremente a los "caboclos" que, para divertirse, había venido desde Eva o desde Conceição do Serudo...

Nadie se acordaba de irse. La orquesta había sido, durante el día, substituida por un acordeonista; pero en las primeras horas de la noche, cuando apareció la misma luna redonda y blanca, los instrumentos reanudaron la nerviosa secuela de danzas.

No obstante, Cordulo había decidido partir, y, mientras esperaba que Rosa y los chicos se prepararan, tragaba, cachaciento, el humo de su cigarrillo, armado con paja de maíz, tomando parte en las conversaciones del grupo entre el que se hallaba.

De pronto oyó en la serenidad del ambiente un fragoroso ruido atronador, como un lejano trueno retumbante.

—Debe ser un desmoronamiento de tierra — observó el viejo Pacú Y todos estuvieron de acuerdo con la explicación del compadre.

Desde la tierra se extendía el penetrante perfume de reseda. y de jazmín.

Parejas de bailarines habían empezado una nueva danza a la vacilante claridad de las lamparitas metidas en nichos excavados en las paredes, cuando Cordulo con Rosa y los hijos, se embarcaron en su canoa. Las insistencias del compadre para que se quedaran, de nada le valieron porque Cordulo recordaba que el día siguiente era lunes. Que se quedaran los demás, los solteros; él tenía mucho que trabajar en su tierra y tenía mujer e hijos a quienes mantener y vestir.

En la proa, Cordulo remaba alegremente. Las márgenes se delineaban exactamente con las mismas tintas negras, pero la superficie del río era, para el "caboclo" el quimérico Eldorado... Ya, por allá a lo lejos, la música de la fiesta moría en tenues suspiros. Sólo algunos sonidos más agudos se percibían más

claramente en la noche en que la luna ponía su luz fantasmagórica.

Bastante costó la travesía, tanto más que el río estaba algo picado y con un molesto oleaje. Al llegar cerca de la costa donde debía estar su "puerto", Cordulo se quedó intrincado. Ya no reconocía más a su tierra. ¿Qué habrá sucedido?... ¿Se había vuelto loco o es que andaba con sueño?... Y se restregó los ojos cansados... nada... ¿Dónde estaba su casa?... Miraba insistentemente la mancha oscura del barranco sin descubrir su casa. No... no se había engañado. Estaba seguro... El Tapihira y el Meuarí estaban allí encima; distinguía bien las laderas del este y más abajo los castaños de la vieja Arcángela, la Tierra Negra...

Arrimando más la canoa a la orilla, Cordulo reconoció estar efectivamente frente a su posesión. Más la tierra desmoronada había hecho desaparecer todo, las mangubeiras, la casa, el corral, los naranjos. Aquello era ahora una barrera desnuda y a pique.

El matorral, que primitivamente se hallaba detrás de la casa, ahora estaba en la orilla desterronada del río. En un momento Cordulo había perdido el fruto de cinco años de trabajo incesante. Tantos esfuerzos día a día, hora en hora, el sueño, el sudor de su frente... Sus bienes aniquilados de una manera tan absurda.

La desaparición de la tierra. Cuando el futuro estaba basado sobre lo que hay de más sólido, la tierra, se desmoronaba la base. Quiere decir que construir en la tierra es lo mismo que construir en las nubes, pensaba Cordulo...

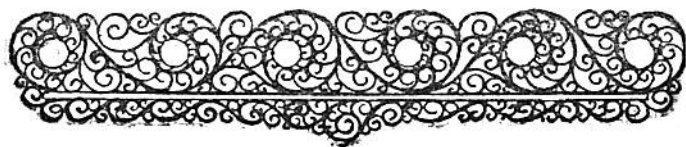
El pobre "caboclo" sintió una opresión que le entrecortaba la respiración ante el espectáculo que sus ojos abarcaban. En el fondo de la canoa uno de los niños lloriqueaba colgado del cuello de la atemorizada Rosa.

Con remadas solemnemente pausadas Cordulo enderezó hacia el barranco, procurando, en medio de tanta ruina, hallar una

escarpa menos empinada. A tientas subió. En lo alto, los árboles de la "quemada" recibieron al hombre hostilmente. De sus labios no salió una sola queja. A la palabra inocua, prefirió el gesto caluroso y fecundo.

Al día siguiente, al nacer el sol, el vencido se había vuelto vencedor. El "caboclo", ayudado por su mujer y por sus hijos, plantaba en el suelo, al lado de la tierra desmoronada, el puntal de su nueva casa. Ese palo recogido por él en la "quemada" era un pendón de triunfo. La tierra podía desaparecer. El "caboclo" quedaba. Por sobre de las convulsiones de la naturaleza. Hollandando la fragilidad de la tierra, se hallaba el alma del nativo, tranquila y fuerte. Cuando el mismo suelo se hundió, sólo esa alma flota, salvada en el arca de su propio pecho en que siempre alienta una gran esperanza que está siempre latente a pesar del cataclismo que arrastra al "caboclo" economizando su vida.

La tierra frágil bien puede darnos la exacta definición de la región del Amazonas. A veces en su terreno fluvial todo, repentinamente vacila y se hunde; pero luego se reconstruye. Se desmorona la tierra aquí, mientras que allá crece. En ese juego de erosiones y terraplenamientos, el esfuerzo del hombre es el de Atlas sosteniendo al mundo, y su lucha es la de un Sisifo invertido.



HOSPITALIDAD

El peregrino no quedó fuera. Mi puerta permaneció abierta para el viandante.

LIBRO DE JOB. — Capítulo XXXI.

El raciocinio del miedo fué, como era de esperar, extremo.

A. HERCULANO. — HISTORIA DEL ORIGEN Y ESTABLECIMIENTO DE LA INQUISICIÓN EN PORTUGAL.

El viento de Agosto, al soplar la tierra durante las tardes, sacude a los "acuparanas" e "ingaiseros" del llano, a las plantaciones de habas con su floración violeta, a los "jarás" con su floración blanquecina, a los penachos de los "urueuris" y "caranans", a los laureles y a los "abiuranas", a los "uixis" y "umaris", señores estos de la fruta sabrosa de la tierra firme.

Tiene su utilidad ese viento. Al hacer murmurar a la mata

de las orillas, en cierta época del año viene a dar reposo a los remeros. Los mercachifles que, con sus "igarités" y sus galeotas van de puerto en puerto especulando, aprovechados y ávidos, con su comercio heteróclito, suben por el río entonces a pleno trapo al viento, aprovechando la brisa excepcional. La vela se parece a una mejilla hinchada y tumefacta de hidrópico; no tiene el corte gracioso de las velas marinas que, por más que estén hinchadas, siempre tienen formas armoniosas.

Lo que es importante es que las pequeñas arcas de Noé, cargadas hasta el tope, desde las cuadernas hasta el techo de la pequeña cabina, se deslicen haciendo la competencia al vuelo de las ligeras aves que cruzan por el río.

Durante ese tiempo el Amazonas se anima con una nueva fauna ornitológica. No son sólo las garzas plácidas o ararás gritonas las que pasan; las embarcaciones, varias de forma, desfilan también desplegando las alas adventicias a los soplos del viento nordeste.

Pero, una vez pasado el régimen anemométrico del viento de tierra, las alas caen desde lo alto de los mástiles, y estos, a su vez, son desprendidos de las carlingas hasta que llegue un nuevo viento. Se utilizarán nuevamente más tarde, en la irrupción atávica de los órganos primarios, abandonados en la herencia.

El "caboclo" percibe, con instinto asombroso, la más mínima alteración en el soplo animador, y conoce cuando éste está por cesar, cuando crece en ráfagas cortas o espaciadas, o bien cuando mantiene su mansedumbre.

Como el barquero que había asegurado que, casi ciertamente, llegaríamos a Varra Vento antes de la noche, no me acosté en Arauaté. Serían apenas las dos.

—Un momentito, patrón.

Me conformé. Y Manuel levantó la vela que, mal suspendida todavía, oscilaba al hincharse impaciente a los acicates del viento fresco de "abajo".

Fijado el trapo en la diagonal de la botavara, a la espera de ser fijado en la retranca, la vela parecía tener nervios excitados; palpitaba con ondulaciones céleres, agitándose en forma titánica.

Afirmada la retranca, la vela se amoldó prontamente y quedó serena, harta de viento y enriscada. Y luego el agua burbujeó en la proa, agitándose con breves olas.

Hacia la orilla derecha quedaban las islas de Benta, Trindades, Soriano y Cucurú. La orilla izquierda no tenía ninguna vecindad; se mostraba orgullosa, alta con la arcilla endurecida, con sus cortes de piedra "yacaré" de través mientras que del lado del frente el Amazonas, que es un constructor y un demolidor insigne, terraplenaba a la bajamar con carradas de humus, arena y arcilla que dragaba en pleamar.

Las islas no se destacaban de la orilla de tierra firme; parecían la misma tira de tierra, con idéntica barra de "murisal", "aningas" y "embaubal". Al mirarlas en los mapas tienen la forma de renacuajos; vistas de más cerca no se definen particularizadas; son el otro paredón de la costa.

Acabamos de pasar el Cainoman, largo trecho de tierra a la derecha, morada singular de una familia de negros. Barrancas disimuladas en la densidad de los cacaos, llenas de cañas trémulas de "assahis". Al lado de tierras labradas, "capoeiras", "igapós" y pequeños pastizales con algunos ganados. Dos banderines metálicos, catavientos, en sitios destacados; daban la nota grata, viviendas cubiertas con tejas y paja en vez de "ubim".

Así se perfilaba la línea de la costa que, por el Amatarí, seguía hasta Manaos. El Amatarí es un barranco de larga historia, parece un verdadero pergamino en barro y humus.

Fué asignado a cierta aldeana de los muras; la expulsaron luego substituyéndola por la "hacienda Mendes", y luego con una Colonia agrícola del Gobierno.

Entre los dos extremos, la india y el núcleo colonial, desde

el indio Manuel Juan y Fray José de las Llagas de Jesús, al coronel Bezerra, habían pasado más de dos siglos y medio. Pero la curva de su desarrollo es caprichosamente ondulada, tomadas las coordinadas máxima y mínima que se mezclan para hacerla irregular. En el centro de la curva, unas cincuenta casuchas, rodeadas de poca tierra labrada, definen su estado actual.

Con todo, la sucesión de habitaciones, haciendas o pequeños sitios, codeándose en toda la orilla, da un desmentido a los ignorantes del país, embebidos en una falsa visión de un Amazonas inculdo e inhabitable. En esa zona no hay cauchales. Por lo tanto no son únicamente los mirajes del caucho los que atraen y fijan al capital y a la mano de obra en el Amazonas.

La labranza y el pastoreo, las dos "ubres del Estado", para decirlo con la frase ruda y magnífica del avaro, soldado y financista que se llamó Sully, se ubican en el seno de esos una existencia tumultuosa, y se retiran, empequeñecen, parebarrancos.

La canoa, empujada por su vela, mantenía la proa hacia el rumbo prefijo. Pájaro esdrújulo, de invisibles plumas fuertes, no vacila ni se desviaba.

La una y aún viajando... El "caboclo" se encerraba en su mutismo habitual, como larva en su capullo. La noche se nos venía encima y la sambra crecía del lado del este, hacia el oeste el sol acaparaba para su trono todas las púrpuras de Tiro con todo el oro de la tierra.

La dirección que seguía la canoa hacía pensar, en el Amazonas de hoy, a las expediciones legendarias de algún argonauta o de algún inglés loco. El poniente sería la Colquide de un instante sino el Eldorado desvanecido de Sir Walter Raleigh. Con la prodigiosa luz de la puesta de sol, el paisaje se fijaba con las líneas vivas de una estupenda agua fuerte.

Pero con el acercarse de la noche, una guñada del viento, al

cambiar repentinamente en la vela, nos empujó en el canal de la Isla Grande. Y, en complicidad con el obstáculo que le presentaba el Cururú, la brisa cesó desarrugando como por encanto la seda oscura del agua, y la vela de la embarcación pareció, de repente, como tomada por el sueño o por el frío. Se encogió. Cayó lamentablemente en coma, como con miedo o avergonzada de no poder aguantar el esfuerzo.

El "caboclo", a popa, se quedó pensativo. Se había engañado. La naturaleza amazónica es capaz de todo; engaña a sus propios hijos. Treinta agostos que habían requemado a Manuel, habían soplado sobre él su hálito exasperado. Ambos eran viejos en tal servicio, el uno de soplar y el otro de aguantar el soplo. Y cuando, inspirado por la constancia y por la sucesión, atributos naturales de las leyes naturales, el "caboco" creía haber juzgado y previsto todo, la vela, como bandera, había debido ser arriada como para llevar luto por la precencia anquilada del hombre.

Manuel con la escota floja, pasada por la borda y sostenida aún en una de sus manos que, ambas, empuñaban el remo, miraba detenidamente de norte a este. En el cuadrante observado solo se veían dibujos de matorrales lejanos... El "caboclo" tomando la bocina que se había escurrido en la rodela de popa, arrancó de ella un sonido ronco y fuerte. Llamaba al viento. Sopló más fuerte en la ronca bocina, pero los sonidos ineficaces no lograron galvanizar la modorra de la tarde. El viento había cesado definitiva e incomprensiblemente.

Anades volaban en procesión en la gasa color perla del cielo. El sol, abandonado como un cobarde, su solio fastuoso, mostraba apenas patente en el horizonte el segmento de su corona bermeja.

Poco tardó en sumergirse del todo en la orla parduzca, por encima de la cual una claridad de apoteosis mágica quedó en la bóveda celeste. Luego esa misma claridad fué desapareciendo a medida que los genios de la noche, adornados con las guir-

naldas de estrellas, comenzaron a embeberse en los efluvios de las tinieblas insondables, en las rondas eternas y consteladas de las desiertas alturas.

Contrariado por hallarme lejos, en medio del río, a gran distancia de Varra Vento, me asaltó idiotamente la sensación de disgusto de un abandonado en un desierto.

El "coboclo" continuaba silencioso esperando mi resolución.

—Vamos a acercarnos a una habitación cualquiera de la Isla Grande para pasar la noche, — dije aburrido por el contratiempo.

El piloto, manteniéndose en equilibrio en las falcas, saltó hacia el lado de proa y, tomando el remo, empezó a meterlo en el agua con el movimiento rítmico de un excavador mecánico. La lentitud de la marcha a remo se acentuaba mayormente, comparada con la carrera de hace poco a vela desplegada, vanidosa por el beso acariciador del nordeste. La canoa parecía una hormiga que tuviese que andar leguas. Me recliné de costado sobre el estrado.

La vela seguía colgando del árbol flácida. El broche de las Pleyades cerraba los crespones de la noche. Otras estrellas encendían sus fuegos guiñadores en ambos lados de la Vía Láctea.

Faroles que iluminaban las casuchas a lo lejos, también parecían estrellas a raz del río.

La noche ecuatorial entorpecía. Con su brillo feral tenía efectos narcóticos de opio. Mis ojos se cerraban a consecuencia del monótono "cloptoc" del remo y también por el suave balanceo del armazón de cedro que me transportaba. Y la amplitud que me rodeaba, se hacía poco a poco menos amplia, disminuía, terminaba.

Cesado el batir de los remos, el roce de las cuadernas del casco de la canoa en los guijarros del río, y los ladridos de un perro, me despertaron de pronto. El "caboclo" arrimaba la canoa a un "mará". Volví a recordar el contratiempo meteoro-

lógico que me había forzado a buscar un abrigo indeterminado e imprevisto.

El perro cesó de ladrar al oír a alguien que lo llamaba por su nombre: "Raposa... Raposa..."

Salté de la canoa sobre un montículo resbaladizo, orientándome para subir la ladera. Esta estaba dispuesta en gradas, en el talud de tierra fofa. Empinada, fui subiéndola jadeante de cansancio. Me hallé encima entre una plantación espesa de plátanos y una calabacera. Cerca, escondida en medio del matorral, la casucha.

Hablé dirigiéndome a la sombra de un hombre sentado cerca de la calabacera.

—Buenas noches. ¿En tierra de quién estoy?

—Flor dos Santos — me contestó una voz melosa.

En mis nervios excitados el apellido causó el efecto de corriente eléctrica. Ese nombre ya lo conocía. Era el de un asesino temido por todos. Por las cercanías de Itacotiara y por las del Autaz, era repetido por terrados y casas con curiosidad y temor.

Dos, tres o seis muertes integraban la foja de servicios de ese Tropicman tropical. A causa de la indeterminación numérica de sus crímenes impunes, la credulidad y la timidez popular habían creado cifras a voluntad y tejido novelones fecundos.

En la flora del crimen, Flor dos Santos debía impresionar como corola de los jardines del infierno. Flor dos Santos... ¡Qué nombres para un bandolero!

Pensé no aceptar su hospitalidad, pero me pareció ridículo volverme; además era demasiado tarde... La costumbre de recorrer el interior de la región del Amazonas acalla temores y los hace vanos porque no se puede dar un paso sin verse obligado a vencerlos.

—Por aquí, — dijo la sombra, guiándome hacia el terrado del rancho.

Luego el hombre se adelantó para ir a buscar una lámpara,

abriendo por mitad la hoja de la puerta; cuando apareció de nuevo, el monstruo se delineó. Un "cabra" (1) alto, corpulento, con un bigote macizo en la amplia cara de nariz grande como la de un hipopótamo. Era un verdadero animal por lo grande. El físico correspondía a las hazanas. Debía ser así, como *delincuente*, constrictor como las "sucurijus" y mortífero como el timbó...

Mientras Manuel armaba en la única habitación mi hamaca de red, me senté en el terrado sobre el tronco de un viejo "caiaué". Flor dos Santos ayudaba al "caboclo". Me puse a observar la noche, descubriendo tonalidades particulares en su apariencia de un sólo aspecto vago y negro.

La noche amazónica es siempre digna de ser contemplada, haya o no luna. Se experimenta la voluptuosidad de envolverse en ella, de rasgarla con los ojos, de penetrarla locamente, braceando en sus sombras como en un bosque encantado. Ninguna otra dará tal vez la sensación que ella ofrece, porque también ningún país es tan evocador en contrastes y en sorpresas inéditas de todo orden.

Si, en conjunto, se cierne en ella la melancolía que emana de las profundidades de un "igapó" formidable, ese máximo matorral geográfico sorprende, alarma y deslumbra, envenena, y vivifica, desorienta y calma, liberta y aprisiona. El Amazonas, tierra virgen y violada, ahogante y alentadora... es capaz de excitar odios y de apasionar locamente. Se justifica que haya originado comentarios ultrajosos, porque ha hecho abandonar familias, relaciones, posiciones sociales para gozarse en sus soledades, para quedar allí como "tuxauas" en aldeas remotas.

—Ya está listo, patrón, — me previno Manuel.

Flor dos Santos y el remero se acomodaron bajo el tejado.

(1) Cabra es el nacido de un mulato y una negra.

Yo fui a acostarme. La lamparita de aceite estaba encendida sobre un tosco banco colocado al lado de la hamaca.

El sueño no vino de inmediato. No podía venir. Múltiples imágenes bailaban en mi cerebro danzas locas. Apagué la luz que parecía, con la movilidad de la llama, ayudar en su danza a las imágenes de mi cerebro. Pero, en la oscuridad me pareció que todo se me iluminaba interiormente. Las imágenes, menores en número, ganaban en relieve. El asesino lo llenaba todo.

Nunca, en mi vida, me había encontrado en semejante situación. Mi intrepidez, que el país amazónico hace necesaria, porque elimina a los débiles o les da, fortaleciéndolos, la reacción sin mérito, natural en el instinto de conservación, vaciló ante la singular hospitalidad.

El hecho es que me hallaba entregado en manos de Flor dos Santos. Mi sueño me pondría, bajo su techo, a su entera discreción; en su guarida de fiera yo descansaba inofensivo.

¿Por qué no había rehusado esa hospitalidad?... ¿Quién me había forzado a ese malestar temeroso? En una incomprensible flaqueza de espíritu llegué a enrostrarme estos tontos reproches: Debía haberme ido... ¿Para qué?... Situación desagradable... Voluntaria... evitable... Y me parecía pronunciar las palabras que sólo aparecían impresas en la negativa de mi cerebro.

Por fin fui sintiendo que los párpados que, hasta ahora, habían estado rechazándose, tendían a juntarse. El sueño dominador iba a vencerlo todo ganando, en un asalto final, el centro que se resistía. De pronto un ruido en la puerta me despertó del todo. Distinguí, en la opacidad de la noche estrellada, a un hombre que entraba. Era Flor dos Santos.

Lo veía achicarse para poder deslizarse por la estrecha abertura de la puerta que apenas había abierto por la mitad.

No me moví, pero tengo la impresión de haber pegado un salto. Fenómeno vegetativo interior, dado que la circulación

de la sangre es un hecho, pero que sólo percibí en aquel momento, porque mi sangre parecía estar congelada.

Atemorizado quise gritar. Reaccioné... ¿Reaccionar? Qué dé mirando paralizado. Flor dos Santos redoblaba los cuidados avanzando. Evidentemente creía que yo estaba durmiendo; mis ojos debían ser horribles, fuera de las órbitas, dándome apariencias de ahogado. Mi garganta contraída no dejaba pasar un sólo sonido. Todo mi ser esperaba herido por la extraña visita. No puedo decir los pensamientos que me embargaban, porque no llegaban a formarse completos, intentando apresurarse como aterrados espectadores en la puerta de salida de un teatro en llamas.

El bandolero se aproximaba cada vez más cautamente. En una de sus manos llevaba un cuchillo puntiagudo que, para mí, lanzaba destellos como si ya, en mi pecho exánime, estuviese clavado por un puño rápido. Ese acero me provocó en los músculos el frío de la muerte. Vi entonces el completo desorden de mi personalidad. Sentía que la vida se me escapaba... me sentía helado, vacío... El terror y la cobardía estúpida, alcanzaron su cumbre más alta.

Flor dos Santos se detuvo al lado del banco. Vi que dejó el cuchillo ahí. En un relámpago volví a ver que había dejado el arma y que regresaba hacia la puerta. Repentinamente lo comprendí todo.

Y en la distensión de mis nervios miserablemente retraídos, en la desalterante expansión muscular de todo mi ser, que si hubiera obedecido al alma ya estaría reducido a un átomo de polvo, tuve la fácil explicación de la escena que me hizo recordar a Poe.

Pasé la mano por encima del banco para asegurarme. Y una verdadera calma inundó el pobre espíritu naufragado en la evidencia de este hecho: el asesino, armado, había venido de noche a la habitación de un hombre acostado y durmiendo.

El corazón frenó sus palpitaciones precipitadas. Aún no ha-

bía terminado de salir Flor dos Santos y yo ya había tocado sobre el banco el rollo de tabaco y el cuchillo para cortarlo que él había traído con cuidado cariñoso y paternal para aquel a quien agasajaba.

Me pasé una mano por la frente. Estaba helada como si hubiese estado espuesto al rocío de la noche.

Por la mañana Flor dos Santos me ofreció café pidiéndome que lo disculpara por la calidad del azúcar que era muy inferior; luego me preguntó indicándome el rollo de tabaco sobre el banco:

—¿Le gustó el tabaco, señor?

—Mucho — contesté.

Le pregunté si él mismo lo había plantado.

—Es de éste, — dijo mostrándome una hilera de hojas secas metidas entre la paja del rancho. Y el "terror de la comarca" risueñamente agregó: — Fuí yo, sí señor. ¿Quién había de ser?

La hospitalidad del tigre era la de un oriental.

El perro de la noche anterior, afable y cariñoso, se restregaba contra mis piernas.

—¡Salga, Raposa... salga! Y el hombre apartaba a su mastín de guardia para que hasta la afabilidad del animal no incomodara al huésped.

El malhechor que la ley humana mantenía apartado de su seno, ejercía en su refugio una ley divina... El réprobo era un Patriarca.



LA DECANA DE LOS MURAS

Sobre los descarnados pies se apiñan y yacen infinitas generaciones de gusanos.

ALMEIDA GARRET. — LYRICA.

LIBRO PRIMERO.

Mirando el mapa físico de la región del Amazonas, parece ver la red vascular continua a la epidermis. La imagen nos muestra pormenores de una realidad tangente.

El Amazonas, río, es como el núcleo leñoso del sistema nervioso principal, y los afluentes son los nervios secundarios. Estos se ramifican en la red hidrográfica excepcional y única, apretando en mallas al tejido celular de las tierras boscosas.

El nervio secundario constituido por el Urubú no se introduce de inmediato en el Amazonas, sino que lo hace en un rincón del lago de Saracá, cerca de Silves, donde Inglez de Sousa depuso los hábitos talaros del misionero por los besos pecaminosos de una mujer que lo sacramentaron con la confirmación de hombre.

Apresurado por descender los últimos peldaños de la inmensa escalera, cuando apacigua su ímpetu explayándose en el valle, el Urubú parece como si sondeara el lecho final que le ha sido destinado. Circunda entonces los filetes de los hoyos después de haber venido saltando las últimas escarpadas del altiplano de las Guayanas.

Ese río de aguas negruzcas que los ingenieros quieren contener con un dique, siguiendo plausibles fantasías industriales, corre, para la Historia, con aguas teñidas en sangre entre llamaradas de incendios. Se diría apropiado para él el verso de Childe Harold: "Thy tide wash down the blood of yesterday".

Hace dos siglos y medio se oyó hablar del Urubú con motivo de una masacre. Le corrompieron entonces el antiguo nombre onomatopéyico de sus cataratas ruidosas — Bururú; mataron las poblaciones ribereñas durante la tremenda expedición vengadora ordenada por un cierto gobernador Ruy Vaz de Siqueira...

Surcaron algunas veces sus aguas funerarias "igarités" a caza de negros esclavos huídos, de ganado o de "urubúguayas". En su recogimiento atrajo siempre, como caverna oscura, a escorpiones o reptiles imbéciles. Así, funerario, remoto y abandonado, sirvió de refugio a razas indias, abrigó a revolucionarios y llegó a ser segura morada de esclavos que huían a los hierros y al bastón.

Aldeas, feligresías, mancebías, todo desapareció en el Urubú de hoy que ha llegado a ser misterioso y trágico río de leyenda al mantener su curso en un país todo ruinas y silencio. Es por eso que, tímido, recordando sus martirios inscriptos en desordenados fastos negros de persecuciones y matanzas, redobla tal vez la prudencia y avanza hacia las civilizaciones del Amazonas con redoblada prudencia.

Fué por curiosidad que me decidí a visitar ese río tenebroso y de historia horripilante.

Corría abril y el camino debía ser, como lo era, fácil, alargado con la crecida que ya había cubierto la planicie y los bajos de tierra firme.

En la bajante el "furo" (1) es un canalón seco; durante la creciente es una vena túrgida. Cuando se halla en ese estado, la canoa corre por él tal como una flecha en la mata. Parece tratarse de un anacrónico río que corra desde la embocadura hacia sus fuentes. Hay que evitar sólo las ramas y los bejucos que rozan la canoa. Los bejucos son terribles. Parece como si se entendieran entre ellos para castigar a los imprudentes que pasan. Para eso el "bejuco camaleón" afila sus serruchos, el "espera primero", el "tiririca" y el "uña de gato", afilan sus milares de aguijones y púas.

A pesar de eso el viaje es lindo. En la completa sombra del bosque cerrado, el "furo" se insinúa con blando murmullo. Ora choca repentinamente contra un árbol, espumea y sigue para ir a deshilacharse más tarde en el pantano que, en él, baña su cabellera enmarañada y áspera. Ramas de "cacaaurana", "socorós" y "orúas" inclinanse en el agua extendiéndose como una especie de toldo por todo el "furo" que, en esa forma, vuélvese delicioso camino verdeante y de sombra ininterrumpida.

Por el "furo" la gente sorprende al bosque en su intimidad, puesto que, al saberse impenetrable por tierra, no se cuida ni se aperece que la corriente disimulada se le mete por las entrañas, para llegar a descubrir su recatada y frondosa espesura; también son desprecaídos los pájaros que lo pueblan. Chirrían los "japins" y los "japós" en las altas ramas de algún enorme "sumaumeira", "pinicapaus" martillan los troncos, "sururinas" y "maeueuas" pían y un "tamburupará", soñoliento, se adormece...

(1) Furo, hoyo literalmente. Se llama "furo" en la región del Amazonas a canales estrechos que quedan completamente en seco durante muchos meses del año.

Un rato después el "furo" llega a un pequeño lago redondo y liso cuál plato de loza. Sobre la superficie del lago las "victoria regia" abren sus hojas circulares enormes, como si un artista japonés hubiera pintado en la loza del lago, fantásticamente ninfeas monstruosas... El lago está todo adornado con caireles de "uaupes", "mururés", "sapémirins" y "canaranas" sabrosos. Resuenan metálicos gritos de pájaros de "alengos cornudos"...

El remero de proa anunció el amplio follaje fluctuante, con este nombre vulgar: "Horno de yacaré". E indiferente a la belleza hundía la pala del remo entre el blando tendal de hojas de "victoria regia" bogando solitarias, con la gloria de reinas de toda una gran flora vegetal, desmembradas por el cuchillo del verdugo...

Quedaban aún sobrenadando y dilaceradas en el ondear del agua removida por las aletas de los remos, cuando, apartando los "sapemiríns" y el "matupá" de los cañaverales, se entró de nuevo en el bosque.

Ya no era la corriente definida en un lecho seguro. El agua invadía la mata a su voluntad, con una inundación expiada y profunda. Hasta donde alcanzaba la mirada a través de las copas y por entre los troncos de los árboles, era un verdadero océano sin oleaje ni espumas, con el frío brillo de las ágatas negras. Debido a que la inundación penetraba en todas partes, sólo con un tino muy raro, era posible hallar el rumbo prefijado.

Con la inundación la mata parecía como si estuviera vestida de luto, recogida en un dolor de viudez, abrazada a un espectro... Ni el más leve chillido de "pipiras" animaba aquellos parajes. Sólo el raro burbujear de lontras al sumergirse, y la excepcional caída de algún fruto... La soledad aguachenta desanimaba. Al penetrar en ella se tenía la ilusión de hallarse, ya irremediabilmente perdido, en un laberinto. El batir de los remos en el agua resonaba a hueco, como en las profundidades

de una gruta llena de murciélagos y de humedad congelante. Daba ese mar, sávana encharcadiza, temores de pesadilla. "Sucurijús" enroscadas en los troncos medio sumergidos, estaban prontas a enroscar a la presa con su férreos anillos.

De pronto, al salir de una "muiratinga" espesa, el "furo" se dibujó nítido, perforando derechamente desde el lago al bosque, oscuro, rastrillando perezoso tapiando "arraías" y "puraques" bajo la cúpula de las ramas, por esa especie de nave de un templo del que fuera Patrona Nuestra Señora de la Soledad.

El canal ya corría más desahogado, en rasgadura caprichosa; ya no había tantos brotes y bejucos que lo estorbaban; había ganado mayor libertad. Se volvía locuelo, divertido abandonando a un lado azares e incertidumbres, siguiendo por la chafanadura entre el limo sinuoso y escapadizo.

Cansada de resistir al entrometido, la mata dejaba campo libre al indiscreto. La canoa avanzaba por un dédalo rumbo al río sombrío, cuando, disfrazada detrás de unos "ingaseiros" me apareció inesperadamente una mezquina covacha.

Como era conveniente detenerse para obtener informaciones del habitante de esa covacha sobre el estado del camino y si aún nos hallamos lejos del Urubú, desembarqué. Unos perros que habían corrido ladrando hacia mí, fueron acallados por la voz de alguien que no se veía. Un "jacurarú" al oír mis pasos, huyó por entre las hojas secas.

Seguí por el sendero bordeado por un lozano "pega-pinto". Un matorral pequeño de "jao-gome" y "eururú" envolvía a un almacén de maderos, sin muros. En un ángulo de ese casi rancho, el horno de barro, medio derruido; colgado de un puntal el "tipití" lacerado. En el hogar unas pocas cenizas frías. En torno del terrado plantas de "ipadú", otras de mastuerzo, "mamoeiros" y "capim santo"... Un algodónero abría al sol, sus capullos de nieve. Un soberbio "guajará" erguía imperiosamente sus altas ramas en la viva luz que lo bañaba.

¿Quién sería el ser que habitaba esa covacha perdida en ese

lejano paraje? Que "cearense" habría estado dispuesto a refugiarse en ese lugar y vegetar olvidado en el desamparo y la miseria? Solamente algún desertor o algún indio, pensé; y, mientras me asaltaba ese pensamiento, se presentó ante mi vista una forma hedionda.

Intrincado me puse a examinarla. Era una mujer del color del barro crudo, enorme, adiposa, que envolvía su asquerosa desnudez con un corto trapo que, cayéndole desde el monstruoso vientre como saya, le cubría desde las caderas hasta las rodillas. Cási no se veían sus ojos empañados en la cara terrosa. La boca marchita y sin labios. Los cabellos enmarañados y raros en su cabeza de frente huidiza. En el rostro, cruelmente chato, la piel toda una arruga, tal como el epicarpio del "genipapo" maduro. El pescuezo revestido de pellejo repugnante sobre el cual blanqueaba el disco del "muirakitan" sostenido por un hilo de "tucum". Las piernas arqueadas mal aguantaban al montón de carne flácida cubierta de escorias, como dos troncos deformados de enredaderas.

—*Re ikeré uapyra* — me dijo la abominable criatura, indiferente a la nube de mosquitos que la cubría. Y agregó con un extraño murmullo nasal: "*Mahata remunha re ikó.*"

Ni entendí su jerga ni sabía como contestarle. Luego pude comprender que era una india mura la vieja que habitaba el rancho. Y vieja, de tal vetustez, que debía ser la decana de la reducida raza.

Su pueblo se había diseminado, en remotos tiempos, desde las alturas de la sierra de Parintins hasta la embocadura del Jutahí. Pero la mala fé y las violencias del caríua, engañador y malvado habían exterminado a sus antepasados. Hoy aún, por el lado de Pantaleao y en otros puntos del Autaz, existen aún algunas muestras de la escasa tribu, miserable rebaño atascado de alcohol, ladrones y vagos que viven bajo la mirada inofensiva del Coronel Barroncas. Pero en otros tiempos los muras fueron muy numerosos y guerreros. Data de poco más de

un siglo su sumisión al "blanco". Desde aquella fecha a hoy, la raza esclava desapareció casi. Los que no se transfundieron, aboliéndose, en el "blanco", se consumieron en los barrancos bajo el despotismo de los Directores, bajo la intromisión y el fanatismo de los misioneros, y por el débil gobierno interno de los débiles "tuxauas". A ese humilde saldo pertenecía la vieja que me seguía mirando... El más antiguo y pavoroso ejemplar de la raza.

En el recóndito lugar que su instinto eligiera, la Muerte, al efectuar su diligente colecta por el mundo, no había tenido tiempo de venir a recogerla. La india había sido olvidada por la Parca a la orilla del "furo" perezoso serpeante en la mata. Una única alma y tan lejos ¡... e incomprensible meandro de hillillos de agua para llegar hasta donde estaba ese monstruo!...

La vieja no gozaba en el letargo de la vida que la abandonaba. Sus manos nudosas abrían las váinas de las "manivas"; agarraban la tinaja para llenarla; cortaban los brotes del ralo tabacal; arrancaban las raíces de mandioca, las ponían en el agua para conservarlas, las rallaban, secaban la masa y la ponían en el horno para cocinarla. En su ancianidad la vida era para ella todavía la lucha por el sustento.

Unico resto de una extinguida raza, presencié todos los infortunios de gran parte de sus hermanos. ¿Cuántas veces, cuántas, la luna, la maternal Selene, al recibir o al despedir la noche, habría apresurado los latidos de su corazón amoroso? Aquellos a quienes calentó siendo niños, aquellos a quienes curó de las heridas de la guerra, aquellos que exhalaban quejidos, gemidos y confesiones en su tibio seno, ya no ocupaban más ningún lugar en la estrechez de su memoria. Esa informe y longeva criatura no debía tener ni recuerdo ni pesares. Con la sobrecarga del pasado, el cerebro debía habersele solidificado, masa oprimida, y ya no debía caber en él, desde mucho tiempo atrás, ninguna claridad.

La mujer vegetaba apenas. Vivía áspera, pesada, inerte. Cuidaba de sí misma cuál una planta que envía las raíces a buscar azoe y humedad y a las hojas al aire para el intercambio clorofílico. Junto a la ceguera total de las vidas inferiores, el instinto venal y fuerte de conservarla.

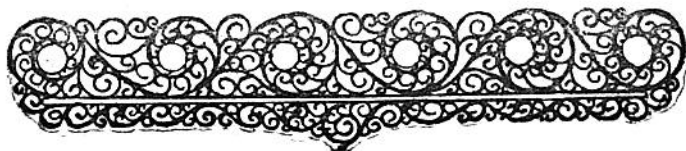
Pero esa harpía hidrópica y repugnante, debía haber tenido un talle donairoso, debía haber tenido la flexibilidad de la palmera, debía haber tenido el cabello del color negro y lustroso de las alas de los cuervos. Sus ojos debían haber sido como dos lagunas durante la noche... Su voz debía haber tenido el encanto la del hechicero "uirapurú". Debía haber amado... Debía haber tenido un corazón ansioso, debía haber soñado... Ahora, abyecto detritus de una raza envilecida, su vida era la más sencilla. Ni complicaciones sentimentales, ni pensamientos vertiginosos... El corazón limitándose a ser un cofre con válvulas averiadas y el cerebro en indispensable alojamiento de una vaga conciencia.

¿Que más se necesitaba para ser un sagrado despojo, obstinado representante de un gran pueblo sepultado hace mucho entre los "igapós de la región? Olvidada en su antro, la Medusa india era una venerable reliquia. Guardaba el, icono del bosque tutelar, vigilando sobre una ilusión de inmortalidad. El premio de la inmortalidad, lo ganamos a fuerza de sujeción excesiva, mientras que la naturaleza, caprichosa, lo había concedido a esa india vieja, perdida en las orillas del "furo", desnuda y gorda, estúpida y torpe, como sapo "cururu" a la orilla de un pantano.

Colgada en el borde del rancho, una colmena de "jatys", trabajaba febrilmente zumbando laboriosa. Un perro, casi esquelético, lamía con cariño las piernas sarnosas de la vieja que se había sentado en el suelo; otro perro husmeaba entre un montón de desperdicios.

Dejando a la eterna mujer, resto de su nación, me metí apresuradamente en la canoa. Me impelían los obstáculos que debía

vencer para llegar al río, taciturno desde que el portugués Favella lo amedrentó con la matanza y con las llamaradas de 300 aldeas incendiadas, acarreador de la sangre de setecientos pechos de brasileños de pura sangre.



UN BUEN HOMBRE

Si sensus absit, ne mala quidem sunt...

DES. ERASMUS. — STULTITIAE
LAUS.

Cruzado de un salto el lago San Antonio con la breve triangulación, el camino seguía de lleno por un rápido monte de tierra firme que debía ser medido también en la misma deflexión.

Durante la noche una lluvia fuerte y tormentosa había halagado las taperas de los peones derribándolas. El temporal había caído con extraordinario ruido de ramas rotas y arrancadas en los momentos más álgidos de la tempestad. Truenos, gritos, graznidos, choques y piar de aves; a todos los ruidos de la tormenta nocturna, había sucedido una cencerrada en toda la mata, sacudida en su intrincado edificio desaplomado.

Es singular el bosque amazónico. Gigantesco y muy espeso, no tiene fuerzas para aguantarse de pie y, además, es quebradizo como vidrio. Un árbol, al caer, arrastra a sus compañeros en la caída. Un soplo de viento lo postra. En su debilidad, las raíces adventicias, los bejucos y los "saponemas", lo amparan.

Con la luz de la madrugada todo se sosegó; apenas si caían gruesas gotas desde las hojas brillantes que destilaban el agua que las había estado lavando durante toda la noche. Y gorjeos, trinos y piar de aves invisibles saludaban a la fresca alborada.

La mata que se había estremecido atemorizada, se aquietaba, secándose risueña a la luz que le sonreía. Parecía una endemoniada poseída que se hubiera vuelto bienaventurada al ser exorcizada.

Acentuada la claridad, y, después de haberme hecho servir un plato de caldo en que nadaban dos pedazos de "quijada", partimos de ese lugar agreste para reanudar el servicio suspendido la víspera en la estaca 515.

Aprovechando la abertura de la picada, uno de los peones había armado una trampa. Hallamos entre "samambais" y "quiobas" el rifle descargado; y con suma alegría todos rodeamos al magnífico ante que el arma había matado. Había quedado el animal un poco adelante y un poco hacia fuera de la picada, en el primer arranque de una fuga imposible. Se hallaba recostado como si durmiera, herido en el vientre, en un tápalo suntuoso, ponposamente decorado con delicados musgos y flores blancas. Jamás restos de reina reposarán en tan espléndida alfombra. Allí había tendido el simple choque con un fino cordel. El animal, temible corredor de steeple chase, que no tropezaba y rompía los obstáculos de los troneos, había sido derribado por un simple cordel. Al tocarlo levemente, había determinado el disparo dada la diabólica disposición de la máquina traicionera.

Un peón cuereándolo para después descuartizarlo apenas llegáramos a la última estaca numerada.

Desde aquel punto en adelante la mata tomaba cuerpo. Ya no era el flojo cañamazo, sino el tejido basto que las azadas y las hoces a duras penas romperían.

Por entre ella sólo se podría abrir paso para el hombre, hacia algún barrial o hacia algún "igarapé" remoto. Sólo ha-

bía vestigios de onzas, paca y venados astutos y ligeros.

De vez en cuando dominaban a la textura del bosque castaños excelsos de nombre y de aspecto. En torno aún quedaban erizos quebrados en la última safra.

Las cortezas amontonadas denunciaban la exploración extractora que había animado al lugar, configurado con unos pocos trazos lineales y angulares en los planos oficiales.

Una vez que los árboles habían dado todos sus frutos, terminaba el trabajo. Temporalmente el bosque volvía al abandono por ser improductivo. El hombre se volvía con la carga madura de los árboles. Ni las fiebres palúdicas ni el riesgo del choque de un erizo cayendo fulminador, en algún lago ó "igapapé" próximos, vigilaba aguardando con su garra leonina el cambio del producto. Cada barriaca de castaños valdría un litro del aguardiente... Y envenenando al "mura", el "cearense" aumentaba los saldos; pero explotado a su vez, enriquecía al portugués o al judío que lo esperaban en la ciudad.

El "tránsito" había sido centrado en la estaca junto al delirante torbellino de ramas y sarmientos de bejucos, entre los cuales se alzaba un "sumameira" por encima de las copas verdosas de los demás árboles altos, más enanos en comparación con aquel monstruo.

Apretado el tornillo de presión y, mediante señal, tomada rigurosamente la línea de colimación al pie de la baliza en la estaca anterior, continuó el servicio de mensura invirtiendo el antejo de la posición a que lo obligara la mira a la red.

Las hojas secas formaban en el suelo grueso tapete que se rasgaba y desmenuzaba con las pisadas de los peones atareados.

La picada, avanzando, tomaba forma de vereda larga y recta. Parecía como si el pesado repitil de la leyenda, la "cobra grande", hubiese tomado aquella dirección con la intención de cambiar de foso, cortando, en su arrastre, gruesos troncos y retoños finos, achatando indiferentemente, con el desdoblamiento de sus gruesas roscas y escamas de plomo, el suelo blando de los

bajíos, el cenagal de los "igapós" y las salientes de la tierra firme.

Colábase el sol por entre los intersticios de las ramas con una luz que parecía estar jugando entre las esculturas y los bajo relieves de viejas y húmedas arcadas de un claustro de abadía gótica arruinada. El trabajo de mensura avanzaba despacio. Sólo se oía el ruido de los fierros al cortar las ramas, los tallos y las hojas.

De pronto, al caer para cada lado de la picada, por el corte de las hoces y de los cuchillos, un denso y espeso montón de "taqueris" y de "tiririca", la línea tropezó con el grueso tronco de un "murú" cuya opulenta corona de palmas se doblaba hasta el suelo. El peón que manejaba el hacha lo atacó, y como el tronco del árbol parecía de acero como el hacha, encendió un cigarrillo y esperó que cayera la rígida palmera.

Cerca mío se hallaba el peón encargado de transportar el instrumento. La barba espesa en la quijada flaca, la cara de pómulos salientes, la tez de linfático y en la fisonomía de palúdico los ojos redondos e inexpresivos como los de un pez muerto.

Al dardear un haz de rayos del sol en el "transito", el peón abrió el quitasol para resguardarlo. En ese movimiento se le entreabrió la camisa de algodón sobre su pecho descarnado y moreno y, casualmente, distinguí bien a la altura del corazón, una enorme cicatriz. No pude contenerme y le pregunté a que era debida semejante cicatriz.

—Debe saber el señor que fué en el Ceará — me contestó.

—¿Pero cómo? — inquirí con curiosidad mientras el filo del hacha seguía pegando y embotando en el vetusto "murumurú".

—Le diré, señor. — Y continuó desahogadamente utilizando la prosodia peculiar a las costumbres idiomáticas de los viejos campesinos. — Esto sucedió en el año de los tres ochos. Vivía yo en Grangué y me ganaba la vida plantando algodón. Una que otra vez iba al Aracatí o a la Unión a vender tabaco y

cueros. El señor Coronel Tavora, mi jefe, me quería mucho; y cuando precisaba de un hombre, me mandaba a llamar y me entregaba una carabina con boca de campana, un trabuco, vamos. Una vez me mandó liquidar a un individuo que le estorbaba y lo dejé redondo al pie de una "carnaubeira" que había a la vuelta del camino de "mandacarús".

—¿Y la Policía no intervino?

—¿Quién se iba a meter, señor? Era un buen hombre el Coronel Tavora, y muy importante. Se hablaba de él en todo el pago como de ningún otro. Era ya viejo, tanto es así que, durante la sequía del setenta y siete, ya tenía hijos mozos; sin embargo, a pesar de eso se había casado hacía poco con una muchacha bastante bien parecida y gordita. Doña Maroca de Crato, hija del señor Mayor Fulgencio Cabeça de Sola. Linda moza... La cara que ni un algodón, de tan blanca, y los dientes como dos hileras de perlas. Ese tal que yo liquidé había venido de la capital como fiscal. Era un muchacho de buena apariencia y muy a la moda. Todas las noches que había fiesta en la hacienda, él no faltaba. Por su actitud parecía que andaba enamorando a doña Maroca, y por eso el Coronel resolvió hacerle dar vuelta patas p'arriba.

—¿Y fué únicamente a ese que el Coronel te mandó matar?

El toseco "cargador del anteojo", como él mismo se designaba, esbozó una sonrisa significativa en su cara pálida.

—Bien, continúa tu historia, — dije entre interesado y distraído.

El hacha repercutía siempre en la palmera con repetidos golpes pero más pausados. Graznidos de "ararás" llegaban hasta nosotros desde las alturas.

Enderezando el ala de su sombrero de "miriti", el peón reanudó su narración con ingénua sinceridad y hasta con un cierto dejo de orgullo al recordar, en el cruel destierro del Amazonas, el caso de su Ceará amado que tanto interesaba al "blanco."

—Doña Maroca, la mujer del Coronel, llegó a saber positivamente que había sido yo quien había despachado al mocito. Un día, por serle necesario preparar las elecciones en la ciudad, el Gobernador mandó a llamar al Coronel. Este, en el momento de mandar a ensillar su caballo, un lindo caballo blanco y negro, entregándome el trabuco me recomendó que todas las noches vigilara la "casa grande" y que durmiera en el depósito de fariña, que estaba vacío. Así lo hice. A la mañana salía del depósito y me iba a cuidar mis legumbres. La tercera noche después que se había ido el Coronel, me fuí derecho hacia el depósito, pero como iba medio atontado, me quedé un ratito tomando aire. De repente sentí como si me pasara por sobre los hombros una mortaja. Besé tres veces mi escapulario bendito. En fin había prometido al Coronel de vigilar la casa, y no era cosa de dejar de cumplir la promesa. La noche estaba bastante fea; el viento que, de repente chocaba contra los retoños de las acacias y de las "joaseiros", me causaba bastante molestia. Me metí dentro del depósito. Me castañaban los dientes, pero no creo que fuera el frío de afuera, sino que debía ser frío que yo tenía adentro. ¡Ah! señor... Ya lo creo que me acuerdo bien. La luna estaba bastante alta y ya deberían ser cerca de las once cuando de repente me agarraron dos "cabras" que me amarraron y me arrastraron hasta el terrado, debajo de una "citicica", al pie del pozo. ¿Y quién estaba allí, señor?... ¡Doña Maroca! Rabiosamente la mujer empezó a pedirme cuentas del fiscal y después le dijo a los dos "cabras": Quiero el corazón de este malvado; ¡...Arrancarselo yá... yá!... Yo que estaba maniatado, sólo atiné a recomendarle a San Bomfin de Ieó y sentí un cuchillo cosquillearme en el pecho. Pero no pudieron terminar de matarme. El Coronel, rebenque en mano, saltó a mi lado que ni un "cangussú". Los dos "cabras" se hicieron humo y doña Maroca quedó alelada y blanca sin poder moverse cuando el Coronel desataba las cuerdas que me habían puesto. El Coronel había llegado de

sorpresa, pues era desconfiado lo mismo que el demonio. Con toda seguridad se había quedado espionando todo desde las matas y debía de haberse dado cuenta que doña Maroca se quería vengar conmigo de la muerte del mocito ese. Avanzando hacia la mujer, ligero como un "preá", el Coronel la maniató y después me mandó que le arrancara el corazón por las costillas.

El peón hizo una pausa que me llenó de aflicción. Un extraño relámpago le vivificó los ojos mortecinos. Y agregó:

—Y yo se lo arranqué, señor... El Coronel era mi jefe... La mujercita gritaba que ni chanco cuando lo deguellan. Tenía en las manos el corazón calientito que parecía una asadura para una fiesta, cuando el Coronel, dándome orden de enterrar todo, se fué del terrado con cada sollozo que parecía que se acababa el mundo...

Y el narrador, procurando instintivamente cerrar la camisa por donde yo divisara la cicatriz formidable, terminó diciéndo:

—¡Era un buen hombre el Coronel! Fué siempre él quien me ayudó en todas las apreturas de mi vida. Hombre bueno el Coronel, y leído como pocos ¡...Hasta estando acostado sabía escribir!...

Los hachazos terminaron y en la picada el "murumurú", al caer, dió un rebote en el suelo lo mismo que un cuerpo humano al caer muerto por una cuchillada en la nuca.



OBSTINACION

J'en ai vu parmi nous, sur la terre-patrie.

Se mourir du mal du pays.

TRISTAN CORBIÈRE. — LES AMOURS JAUNES.

Al finalizar junio el Amazonas da las primeras e inequívocas señales de reducción de su plétora. Empieza a disminuir su caudal. A veces se detiene, aún en su plenitud, como arrepentido o como si hubiese restaurado sus fuerzas. Después, amenaguado, va poniendo al desnudo las orillas y las piedras de las correderas. Amenaza secarse. Playas enormes, propicias al desove y a la "virazón" de las tortugas, se descubren a lo largo de las islas o en las orillas firmes del río.

Aquello que el agua allegara, poco antes, toma el aspecto de una orilla inaccesible a los ataques de la inundación venidera, y permanece encastillado, estirándose en líneas de barbacanas, en desmedidos baluartes. El "muri" embasta las pendientes de la bajante y los vapores remontan cautamente la corriente, apartándose de las orillas llenas de nuevos escollos.

El verano, corta, quema y chamusca las plantaciones. En un mes de sol todo queda reseco, como lamido por ancha llama. El agua que sobra para que puedan navegar grandes trasatlánticos, falta sin embargo para las necesidades de la irrigación que salvaría a las plantaciones.

La diferencia de nivel entre la bajante y la creciente máxima, da una altura fuera de la prevista por la ley neumática que preside al dispositivo de las bombas. Eso impide utilizar fácilmente el líquido que corre acanalado e inútil al pie de la seca de los bajíos y de los llanos. La tierra pasa por el suplício de Tántalo. La orilla inferior de las escarpadas se inmerge en el río, aún amplio, caudaloso y profundo, pero en lo alto de ellas todo está reseco y agonizante por la sed. Los pastos de los campos, amarillentos, tienden a desaparecer. Los frutales desfallecen en el quebranto de la seca. Al sobrevenir las lluvias, estas amortiguan y retrasan el peligro con que el verano amenazaba todo.

En la época prevista la crecida se anuncia sin estrépitos ni excesivas agitaciones del agua que, más tarde, escalará las orillas, ahogará los llanos y esconderá las piedras que el verano había dejado en seco. En la arena de las playas el río señala su movimiento ascensional imperceptiblemente, conquistando una pulgada a lo sumo sobre el nivel del día anterior. Así, de instante en instante, tiene el crecimiento invisible de organismo viviente. Algunas veces se detiene en la marcha. Es que le falta aliento, o bien que prepara una concentración de fuerzas para la monstruosa extensión de la crecida.

Es entonces que se disponen a bajar por el río, con lentitud perezosa, los grandes troncos, agarrando en ruta ciega y descuidada, sacudidos por los rebotes, detenidos en los remansos...

Las sierras partirán en tablas gruesas, tablas delgadas, planchones y vigas algunos de esos troncos gigantes que vienen tardos, casi del todo sumergidos, con apenas los retoños o el ra-

maje desafiando como garras al brocado del agua en que, ufanos y majestuosos, viajan.

Se inicia la estación de la "pesca del cedro". Esos árboles viajeros que escapan a las balsas del Solimoes, son recogidos por los habitantes ribereños quienes, desde lejos, al divisar el tronco flotante, los alcanzan, le atan cabos para remolcarlo y lo arrastran hasta la orilla más próxima a su morada.

Con los troncos vienen a la deriva los camalotes de "canaranas" y "guapés", islas verdes, flotantes y viajeras arrancadas a las orillas por la correntada.

A primeros de noviembre de aquel año el Amazonas inició su obligación ritual de alargar lentamente las tierras, como siempre, como con latidos de pulso extenuado. Los primeros amenazados fueron los mijos, los porotos y las sandías, en las zonas de bajante. Después debían ser avasallados los cacaos, los naranjales y las plantaciones de mandioca de los llanos. La tierra firme se elevaría por encima del cataclismo mirando indiferente los destrozos causados por el amenazante chaparrón.

Coronaba aquel pedazo de costa, incesible a la arrogancia de la creciente, un humilde y discreto cementerio. Debajo de matas de hierba alta y bajo la frondosidad opulenta de un "mangueira" y de algunas raquílicas "goaibeiras", en ese cuadrado de "tierra negra" dormían su último sueño mucha gente desde hacía mas de cien años, pero sólo se veían una media docena de cruces de madera. Era porque se podrían y solo resistían un tiempo las plantadas sobre fosas recientemente abiertas. A su vez esas cruces desaparecerían para ser substituídas por otras.

Ordinariamente el cementerio yacía bajo altas yerbas y enredaderas. Algunos cerdos hociqueaban gruñendo, otros animales pastaban tranquilamente, se revolcaban o retozaban sobre las fosas. Durante los días que preceden a la Conmemoración de Difuntos, el cementerio recibía los cuidados de los habitantes de las cercanías que, piadosamente, venían para ador-

nar las tumbas abandonadas. Terminaban levantando las cruces caídas y ya estaba el pequeño cementerio en disposición de esperar a los visitantes.

Al caer la noche embarcaciones procedentes de todos los lugares vecinos, atracaban en las orillas vecinas al cementerio y, a noche oscura, la gente se apretujaba luciendo sus vestidos de fiesta, alegres todos como si se tratara de una diversión al aire libre.

Por el suelo ardían innumerables velas, y las pequeñas llamas votivas daban la idea de una palpitante floración de oro repentinamente brotada del césped. Algunos músicos agrupados en un rincón soplaban en sus instrumentos una pretendida marcha fúnebre. Por entre las luces mágicas y florales se amontonaban muchachas y mozos. Parloteaban irresistiblemente, animados, conteniendo apenas la risa, apesar de la marcha fúnebre y de la solemnidad del lugar que sólo conmovía a los más ancianos.

Gabriel estaba allí con toda la familia; hasta habían ido los nietecitos.

A eso de las diez el grupo de visitantes abandonó el silvestre cementerio para ir a reunirse en casa del viejo Agustín, en el Mangal, para bailar el resto de la noche.

Gabriel no fué. Rumbó para su casa en la otra orilla. No estaba para diversiones. Había sabido pocos días antes que el Coronel Roberto insistía en pretender su tierra; y desde entonces se había apoderado del viejo "caboclo" un disgusto hacia todos y hacia todo.

El mandón de toda la llanura de la costa, que era el de mayor influencia en el Municipio, era también el usurpador máximo de esa región. Unicamente él prosperaba mientras todo caía en la miseria y en el atraso. Comenzó apropiándose de la pequeña propiedad de Calixto para establecer en ella un "puerto" para la leña. Fué lo suficiente... En el transecurso de unos doce años lo que había adquirido inicialmente, au-

mentaba extendiéndose poco a poco como irrefrenable lepra que se propagara de un punto a toda la piel del cuerpo. Así que terminó por apoderarse de todos los lugares que rodeaban su propiedad, haciendo alardes de riqueza y de prestigio.

Por funesta retrogradación el régimen de la pequeña propiedad se transfería al ser devorado por la grande. El insaciable caudillo era uno de los factores de ese criminal error económico, y utilizaba el dinero, el dolo o la fuerza. El alma humana, empujada por sus malos instintos, obrando hasta en el limitado campo de su propia influencia, puede perturbar la marcha evolutiva de toda una sociedad.

En toda la extensión que el mandón había avasallado, apenas un pequeño lugar había escapado a su ambición. Era esa casucha ocupada desde hacia más de cuarenta años por Gabriel, quien la había recibido de su padre, también de nombre Gabriel. Habitaba aún el mismo rancho rodeado de cacaos, "bacabas", "abieiros", "assahis" y naranjos del tiempo del padre de Gabriel. El hijo aun lo recordaba como si lo viese ahora en esa misma arboleda, fumando un cigarrillo y vigilando tranquilamente las barcas, los "igarites", las canoas y las jangadas que pasaban por el río.

Se obstinaba el Coronel con aquella tira de tierra porque se hallaba colocada de una manera incomoda en la amplitud de su propiedad rural y él estaba resuelto a no tolerar nada enclavado en su latifundio. ¿Por qué un "caboclo" inferior debería oponerse a sus deseos resistiéndose a las generosas ofertas que le hiciera por las cuales, por una "porquería" se arriesgaba a desprenderse hasta de un buen par de contos de reis?... El tenía amigos en Maranhao y esperaba arreglarlo todo con suma facilidad.

El pobre Gabriel sabía muy bien que él no podría defender su tierra, vértice de barro aislado en una pequeña llanura. Sin embargo, para él, ese barro lo era todo, pues si aceptara esos pocos vintenes, ¿donde se metería con todo su fami-

lión? Dos hijas viudas y tres cuñadas solteras además de la enfilada de chicos!... Además la que había por ahí era tierra inculta que se desmoronaba con cualquier crecida...

Fué debido a todas esas consideraciones que se convenció que no debía abandonar su terruño. Por otra parte una disposición de la ley le aseguraba la posesión por prescripción, reconociéndole y garantizándole el derecho a la posesión mantenida en forma pacífica por más de treinta años.

Por lo tanto no era un capricho tonto de Gabriel esa repugnancia en deshacer lo que juzgaba pertenecerle. Había también que tener en cuenta el apego natural hacia la tierra que lo vio nacer, de las condiciones de vida disfrutadas y que le habían creado necesidades que, ahora, consideraba indispensables.

Por parte de Roberto había, especialmente, una especie de amor propio cruel. ¿Cómo?... ¿El que había conseguido satisfacer siempre su pasión de dominar a todos, debía someterse al terco capricho de un "caboclo" cualquiera?

Ante la insistente renovación de las ofertas de compra, Gabriel sintió que, en defensa de sus bienes, había llegado el momento de la lucha postrera. Había visto ya en varias ocasiones como terminaban semejantes luchas. Frente al caudillo político no había nadie que se atreviera. Nadie podía escaparse sin entregarle las propiedades en que se hubiesen fijado sus ojos y que ambicionara.

A pesar de todo Gabriel no se descorazonaba, confiando en la justicia de Dios. Seguiría encarnizadamente la lucha hasta el final. Continuó pues trabajando, pero siempre con aprensión.

La obstinación del "caboclo" había decidido al Coronel a obrar con energía. Según él había cumplido con su deber enviando muchas veces a proponer la compra a Gabriel. Si éste se obstinaba en no ceder, no sería él, jefe de mucho prestigio,

quien habría de desistir de llevar adelante el proyecto que había elaborado.

Había más... Por todas partes la gente en expectativa, esperaba el resultado del "combate" entre el grande y el pequeño, no por simple y maligna curiosidad, sino por la coparticipación de todos en mirar con simpatía, de acuerdo al Evangelio, a los débiles y a los perseguidos. Para Roberto ya era cuestión de amor propio, pues había llegado a sus oídos que el "caboclo" hablaba de "leyes" y que, ni dada ni vendida, se desharía de la tierra que ocupaba. ¡Muy bien!... Entonces él iría a solicitarla al Gobierno, y el "caboclo" que protestara.

Cierto día Gabriel fué a pescar en el lago. Quería harponear un "piracurú", quería cazar "tambaquis", traer alguna tortuga. Había aparejado diligentemente la canoa, no olvidando nada de lo que hacía falta. El "sarárá", el asta de "pracuuba", el harpón, la boya, la provisión de fariña, una canasta con "catacaris" y otros útiles que un pescador diligente nunca olvida en sus expediciones.

Mientras él estaba ausente, en una de las extremidades del lote del "caboclo" compareció el "doctor" acompañado por unos peones de Roberto. No demoraron mucho. En poco mas de dos horas terminaron su trabajo, tomando algunas medidas ante la mirada asombrada de las mujeres y de los chicos de Gabriel, desconfiados y mudos.

Al regresar el pescador le dijeron de inmediato que el "ingeniero" había estado midiendo su terreno. El pobre temió volverse loco. Se quedaba las horas enteras como olvidado de sí mismo, en el terreno mientras que en un "zapote" cercano un "surucavaco" acostumbraba a posarse emitiendo su corto canto que repetía su propio nombre: "surucavaco"... "surucavaco"...

Del "zapote" quedaba bien poco porque el "apuseiro" apretaba y chupaba al árbol tragándose en un enlace tenaz y absorbente.

El "apuseiro" es un pulpo vegetal. Se adhiere al individuo sacrificado, extendiendo sobre él millares de tentáculos. El pulpo de Gilliat disponía de ocho brazos y cuatrocientas ventosas; las del "apuseiro" son innumerables. Cada célula microscópica, en la estructura de su tejido, posee una boca sedienta. Y la, lucha se desarrolla sin un murmullo.

Empieza con la adaptación, al retoño atacado, de una fibra leñosa llegada no se sabe de donde. Luego esa fibra se desarrolla y, una vez crecida, empieza a su vez a ser prolífica. Poco a poco la trama se extiende, adelanta, aprieta, circunda por completo a su presa a la que acaba por substituir. Como un sudario envuelve a un cadáver; el cadáver se descompone mientras que el sudario reverdece inmortal.

Ya el árbol tiene poca vida. Se adivinan sus esfuerzos desesperados para romper los lazos destructores, pero su enemigo parece cobrar mayores fuerzas y traba con sus fibras destructoras al desdichado organismo que estrangula paulatinamente. Y eso inevitablemente.

Porque si bien con un cuchillo podría despedazarse los tentáculos y arrancarlos, sería suficiente dejar un pequeño fragmento capilar pegado al árbol para que, renovándose, el verdugo acometiera de nuevo a su víctima que, esta vez, ya no se salvaría.

El pulpo, de por sí sólo, constituye una colonia. Viven generaciones en su sólo cuerpo, en una sola parte, en una sólo esquirra. Todo es vida, por mínimo que sea el bloque, y no es posible reducirlo a un individuo solo.

Es la solidaridad de lo infinitamente pequeño, esencial, elemental, inseparable en la República de los embriones. Lo que queda, basta siempre para la fácil reproducción en su latente e irresistible precipitación de procrear siempre.

La copa, formada por pequeñas hojas coriáceas, del árbol atacado desaparece, casi, en el monstruoso abrazo del parásito.

Es como un duelo vegetal... Un espectáculo perfectamente humano.

Roberto, el pudiente, era un "apuseiro" social...

Quiriendo interrumpir sus negros pensamientos, los nietitos de Gabriel lo rodeaban como buscando caricias que no venían; y los chicos quedaban sorprendidos al mirar los ojos del abuelo llenos de lágrimas apenas contenidas. Desde hacía mucho tiempo Gabriel no sonreía... Un disgusto infinito se le multiplicaba en las fibras del alma. Le sobresaltaban estremecimientos de cólera; el corazón parecía que se le iba a romper; y después sentía una sofocación horrible como si hubiese sido tomado entre espirales de un torbellino.

El compadre Raymundo y otros vecinos procuraban calmarlo. El compadre Zacarías hasta le había ofrecido de mandar una protesta a los diarios de la ciudad. Pero todo era inútil. La pesada garra del usurpador lo aplastaría como a los demás. No había ejemplo de que algún pobre diablo hubiese podido mantenerse en sus trece frente al rico. Era por eso que no era de esperar que Gabriel escapara a la absorción del "blanco". Lo que le pertenecía iría a parar totalmente a manos del "señor" cuyo apetito de Gargantúa asolaba aquella pacífica costa como flagelo de vándalos.

El "caboclo" y sus familiares vislumbraban esa fatalidad. ¿Qué eran ellos sino humildes criaturas que tenían que ser vencidas fatalmente en su batalla contra la chusma fuerte? Antes la tierra era grande, la gente poca y, además, se conformaba con poco. Después llegó el "cearense" en columnas tumultosas de ocupación. Restringióse la tierra con el aumento de la población extraña y, lo que era grave, con la única preocupación de ganar dinero a toda costa.

Entonces el drama humano se desarrolló en el escenario amazónico creando situaciones peculiares a tales conjeturas. La ambición, cabeza de Medusa, mandaba en el corazón de las poblaciones inmigradas, cuyos intereses eran opuestos, natural-

mente, a los de los indígenas. Desde que nos vinieron, muchos, y se juntaron con otros que ya estaban, pocos, la oposición se volvió latente. El hecho es que aquellos se mostraban dispuestos a todo. Se excitaban con la miserias insondables que los habían impelido a la lucha, mientras que el "caboclo" debilitado por las delicias de una Capua de aguas abundantes en peces y de tierras feraces, no podría aguantar el empuje de las legiones hambrientas.

El Coronel Roberto, un parahybano, a Coronel había llegado desde simple soldado como había sido en esa expedición histórica que invadió al Amazonas. Había ganado merecidamente los entorchados, aumentando en su alma la audacia de la gente con que había venido.

El pobre Gabriel no podía persuadirse del porqué ese hombre quería tanta tierra. Para cultivarla no, seguramente, porque, aparte de unos bajíos en el Cannico, donde pastaban unos pocos animales del Río Branco, todo estaba reducido a mata. Se diría que él quería, con ese medio indirecto acabar con los "caboclos".

Con ese pensamiento Gabriel se sintió con fuerzas y disposición para conducirse como un héroe. Indignado, en silencio, resolvió en su fuero interno dar una solemne prueba de resistencia al poderoso Roberto.

Cuando, después de algunos meses, el "caboclo" fué notificado que debía abandonar su casa y su tierra que ya habían sido concedidas al Coronel con todos los sellos, todas las rúbricas y con todos los demás requisitos, aquella resolución ya había madurado en la conciencia del expulsado. El nuevo dueño, intruso misericordioso, le había concedido, extensamente, quince días a más tardar para retirarse. Pero él, Gabriel, no se apartaría de allí. Deberían arrancarlo a la fuerza de ese barranco donde transcurriera la vida de sus mayores, como se arranca una planta de raíz.

Faltando poco para terminar el plazo fatal, el "caboclo" sa-

lió de su casa diciendo que iba a buscar alguna restinga alta en donde establecerse con su gente.

Pero sucedió que, llegado el día decretado por Roberto para tomar posesión del lote, la familia, desolada, esperaba en balde al viejo Gabriel que no había vuelto.

Vecinos solícitos dieron una batida en el bosque en busca del desaparecido; escudriñaron el río de arriba para abajo pensando que tal vez, estuviese detenido por la crecida en alguna isla...

Las mujeres y los niños de la familia del desaparecido, pájaros arrojados de su nido por una mala acción, se alojaron en casa del compadre Raymundo.

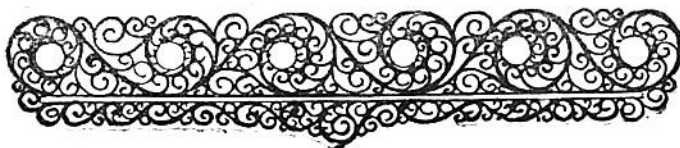
Más tarde Gabriel fué hallado. Estaba en el matorral viejo que revestía un trecho de su antigua propiedad. Cubierto por el enorme tronco de una "sapucaia" y semioculto por el cañaveral lozano del "anajás", el "caboclo" yacía enterrado hasta el pecho. De la tierra removida la calavera surgía horrible, putrefacta, bamboleante sobre las vértebras cervicales descubiertas. Bajo el paño azul de la casaca se adivinaban, suspendidos de las espaldas despegadas, los brazos descarnados con el tórax ya carcomido por los gusanos, deshaciéndose todo el cuerpo del revestimiento de los músculos en una deliquescencia ignóbil. Y sus manos se crispaban, con las falanges horriblemente clavadas en el resto de la arcilla que sobró de la excavación de la fosa.

En el último momento de su vida, Gabriel había realizado el postrer y sugestivo gesto del avaro que se aferra a su tesoro al ser sorprendido por extraños. Enterrado voluntariamente, en la trágica absurdidad de su locura, quedaría en su tierra para siempre. Cuando la omnipotencia de la riqueza, congraciada al orgullo y a la ambición, iba a arrancarlo de su reducto familiar, él concibió la inaudita y macabra protesta del sepulcro que recibiría, vivo aún, al mismo hombre que lo cavó.

Así que el "caboclo", excluido del suelo amado, a ese mismo

suelo confió sus huesos. No pudiendo vivir en la tierra que fué su cuna, hizo de ella su túmulo. Nuevo Prometeo, al desencadenarse, se ocultaba en la tierra.

La iniquidad merecía esa espantosa lección. Que se ufanara de su triunfo el soberbio conquistador. Que pisara la tierra que había llegado a ser el sagrado asilo de un muerto. Que la violara con la insolencia de saqueador sacrilego.



TERQUEDAD DE LA VIDA

Tu goûteras la mort, ô fleur, avec délices. — JEAN MOREAS. — LES STANCES.

La luna nueva se perdía en la colgadura sin costura del cielo intensamente negro. Extraño empresario de pompas fúnebres, extendía presuroso, con la riqueza de un luto de primera clase, toda la existencia de crespones y terciopelo negro en el círculo del horizonte.

En medio de esa tiniebla derivaba yo en la correntada oscura, como en el fondo de un boquerón, entre peñascos escarpados. Impelía y guiaba la "Viola" la misma agua que la arrastraba imperceptiblemente. El remero vigilaba la marcha plácida de la canoa en la oscuridad de la noche.

En las sombras espesas se apercibían en la opacidad las orillas del canal, porque centelleaban con el fantástico reflejo de las luciérnagas que, como joyas preciosas, parecían hallarse en muestra en la doble hilera de las orillas. Como estrellas cayentes, con centelleos de chispas de fragua, con salpicaduras de una lluvia ígnea, relucían las luciérnagas revoloteando en el aire, como cribadas en un invisible tamiz. ➔

Parecían devotas habituales de la procesión de "los faroles" para festejar a Nuestra Señora de la Candelaria.

Y a lo lejos parecía como si se estuviese librando una batalla. De todas partes se oían tiros. Apenas la noche había dominado con amplitud y tristeza los espacios, un extraordinario tiroteo había empezado en todas partes.

A veces los tiros cesaban, para continuar después más repetidos e intensos como en una línea avanzada de fuego en un combate.

Se descargaban los fusiles como para una salva frenética, hasta que se agotaran las recámaras; o bien eran tiros aislados como para practicar tiro al blanco.

No hay cauchero, por un decir, que no posea un rifle: la carabina Winchester. Es para él el medio de asegurarse el sustento, y también una garantía para la defensa de sus derechos, garantía que, en todas partes, es dada por la fuerza identificada por Carlyle con el derecho.

"La Justicia aquí es el 44", proclama el cauchero, aludiendo con esa frase al calibre del arma que lo defiende en el desierto. Es una traducción al pie de la letra del concepto que Von Ihering formuló con menor crudeza e idéntica filosofía, y que resume la triste condición de la vida en las sociedades.

Cada balazo costaba, por lo menos, unos tres centavos; si se hubiesen sumado las defonaciones multiplicándolas por ese precio mínimo, se hubiera visto que se desperdiciaba una fortuna en humo, chispazos y ruidos.

Era la víspera de San Juan y los caucheros honraban al santo en esa forma ruidosa y cara. A falta de fuegos artificiales hacían ruido con los rifles disparando millares de balas que se cruzaban en el aire inútilmente. Disipaban en tal forma en el regocijo tradicional lo que les haría falta al día siguiente para las necesidades de la caza, y fusilaban las inocentes tinieblas.

El tiroteo continuó intensamente quebrando con desusado fra-

gor el silencio de aquellos lugares hasta que, por el lado de levante, fué extendiéndose despaciosamente en el cielo una faja de luz.

Alto ya el sol y dejadas atrás unas enormes palmeras, "pe-riquiteiras" y "taixiseiros", estos ya con flores de color de herrumbre, vimos unos techos de paja. Allí debía llegar, llamado por Cambito, para contratar una medición.

Ya más cerca se designó nítida la mancha clara de la playa donde se acereó la "Viola". En la rampa arenosa nos recibió una bandada de mariposas amarillas que revoloteaban en el aire como un puñado de hojas otoñales arrolladas por un viento huracanado.

Desembarcado, subí la pendiente. Un enorme barracón, circundado por una barandilla, se alzaba gravemente al costado de un risueño cañaveral. Al pie de la escalera que conducía a la puerta de entrada, un limonero ostentaba sus ramas que casi se rompían bajo el peso de sus frutos de un color amarillo azufre.

Cambito no estaba, como me informó un empleado de la casa. Había ido al lago a pescar, pero no debía tardar. Mientras estábamos hablando, regresó Cambito con su carga. Traía, en efecto, una canasta llena de "maparás", "eurimatans" y "jundías" y, atravesado en el hombro, el rifle que le había servido para matar a balazos a los peces grandes.

El "cearense" se descubrió y, con afabilidad, me extendió su mano callosa después de haber abandonado la canasta a los cuidados del empleado.

A su invitación de pasar y tomar asiento mientras él iba un momento a ver a su mujer, me senté en un banco puesto en uno de los costados de la sala que la barandilla rodeaba por dos lados. Descubría desde allí el paisaje de los alrededores, cromolitografiado en la mañana tranquila y espléndida.

De los cuartos interiores del barracón, donde gritos y llo-ros de una criatura parecían eternizarse, volvió Cambito, quien

me acompañó de inmediato al cuarto que me destinaba, cuya única ventana se abría sobre el tendal verde claro del cañaveral.

Diez interminables días me quedé en ese barracón que se alzaba lóbrego al borde del ancho y profundo corte del desolado canal.

Vivían allí Cambito, su mujer y una hija. El tenía el aspecto enfermizo, con los ojos sin brillo y vagos en su cara depilada. Sus modales eran cariñosos y sonreía y hablaba calmamente.

La mujer era alta y corpulenta, con el semblante fresco y sanguíneo, desarrollada y con ese colorido caliente y líneas opulentas de una náyade de Rubens, cosa difícil de hallar en aquellas remotas regiones donde imperan el beri-beri y el paludismo.

Pero la hija era una figurita mezquina, pequeña, como la idealización, en el yeso de una maquette artística, del sufrimiento. Había nacido ciega, soda-muda, parapléjica y loca por añadidura. Cuando nació quiso abrir los ojos a la vida, pero se halló con la misma opacidad del seno materno. Sus pupilas eran de un tono aterciopelado, negras como dos hemáticas y roteaban inertes bajo el tenue velo de sus párpados.

La encefalitis infantil había fulminado a esa criatura transida que se agitaba entre llores, con los bracitos convulsionados, el tronco contraído, meneando la pequeña cabeza como si toda ella hiciese un esfuerzo para elevarse en el espacio.

Noche y día la chica no tenía sosiego. Se debatía continuamente; lloraba sin cesar como despedazada por invisibles cilicios su tierna carne sensible. Ese espectáculo me causaba sobresaltos. Su cuerpecito se retorció continuamente; de su boquita rosada salían continuamente gritos; las manitas de cera se retraían y se extendían como abanicando nerviosamente.

Y ningún remedio para ese mal. ¡Ninguno! El destino de

esa niña era atroz, ni luz de razón, ni luz de los ojos; mitad piedra y mitad nervios.

Así duraba desde hacía más de cinco años, minuto a minuto, la vida obstinada, alimentado el desorden superior cerebro espinal, por los fenómenos bajos de la torpe existencia vegetativa.

¡Y pensar que, en las tierras vecinas muchos pechos de hombres robustos caían apuñalados por un fútil resfrío o por el paludismo, mientras la vida se obstinaba en ese cuerpecito deshecho! Se diría que el pequeño ser contrahecho había recibido el saldo de todos los males que hubiera podido sufrir más tarde y que debería quedar indemne de otros golpes, porque había sufrido mucho de una sola vez.

Ese padecimiento ya no extrañaba a nadie. Entraba en el orden natural de las cosas. Cuando todos deberían atormentarse por ese espectáculo, protestar por esa injusticia, nadie se alteraba ni se conmovía.

El llanto de la niña no me dejaba dormir, me causaba inquietudes irreprimibles. El eco doloroso llegaba hasta mi hamaca quitándome el sueño y, a cada instante, me lastimaba el alma.

Cuando me sentía muy oprimido por la amargura, huía del barracón y me metía en el ingenio donde se molían las cañas de la safra anual.

Bajo un amplio tejado se hallaba instalado el aparato de "ítauba". Lo movían dos hombres que, encerrados dentro de una inmensa rueda, empezaban a andar en un solo sentido, por el lado interno de la rueda, provocando ellos la vuelta, porque rompían el equilibrio de todo el sistema con sus pasos. Era un trabajo de presidiario en el "tread Mill". Las molidoras mordían los haces de gramináceas desmenuzándolas, y la "garapa", a chorros, corría hacia una tina colocada al lado del aparato. Y los hombres, afanosamente, procuraban treparse a lo alto de la rueda que los volvía a traer al mismo

punto de donde partían de nuevo. El ejercicio, a causa de su violencia, los tenía completamente bañados en sudor y rendidos de cansancio. Cesaba la molienda; en los tachos hervía la melaza; un alambique destilaba el aguardiente.

Sin embargo, bien porque fuera la hora del almuerzo, bien por otro motivo, era necesario volver al barracón. Allí me esperaba el llanto de la chica enferma.

A nadie más preocupaba ni molestaba sino a mí. Entraba y salía gente y, en la indiferencia del hábito, nadie prestaba atención a aquella tortura. Se discutían negocios, se comentaban los últimos acontecimientos, se decían chistes que hacían reír, mientras que, constantemente, desde los fondos de la casa los gritos torturadores de la pobre inocente atravesaban las paredes de la casa y se infiltraban en mis oídos causándome intenso malestar.

En la tranquilidad de la noche ese llanto parecía más hiriente. No había nada que lo detuviera. El barracón todo parecía oscilar, angustiado por la tortura de esa niña, mientras que el viento apenas gemía entre las grietas... Finalmente la luz del sol penetraba por las hendiduras de las paredes, se oían los habituales ruidos de la mañana, pero ni así se disipaba el terror...

Un día Cambito me confesó que deseaba la muerte de su hija, pues así cesaría el suplicio. Su mujer, Doca, no tenía la misma opinión, porque, según decía, ya se había conformado con su suerte. Si Dios había mandado al mundo a su hija así, cuando quisiera la llamaría hacia él, ese era su parecer de siempre. El marido, al oírlo, quedaba ensimismado, perdido en ideas sombrías, repitiendo la frase: "Si Dios había mandado así al mundo a su hija..."

—Mañana Mariquita cumple seis años — me anunció enternecido. — ¡Un año más... Señor!... ¡Qué destino!...

Y me dejó rápidamente para hablar con un cauchero que llegaba en ese momento.

El señor Bustamante, un peruano, vistiendo un terno blanco, esmerado en el traje demasiado correcto, parecía listo para dar un paseo por las alamedas de un jardín. Venía al frente de un convoy de "ubás" cargado con indios Sipibos y Conibos, hombres y mujeres semidesnudos, envueltos en "cushmas". Parecía un *Adonis* que presidiera una bandada de demonios. Procedían de un "tambo" en Pischis, y, con marcha épica, habían descendido por el Pachitea hasta el Ucayali, subido el Abuáua, después el Matheus, el Pacahy y, siguiendo por el Oromano, habían salido al canal que allí los trajera. Venían en busca de la riqueza escondida entre la corteza de los cauchos.

Esos caucheros son inconstantes. Personajes siniestros, andan en el bosque persiguiendo y fulminando a los árboles que los atraen. He oído hablar de ellos siempre con un odio mal contenido. Todos los estigmatizan calificándolos con un solo apodo: "gringos desgraciados". Sordo despecho histórico de razas que más se parece a la rivalidad entre obreros de un mismo oficio. En la sociedad sedentaria el nómada siempre ha sido mal visto. Sólo falta un aviso intimación, tal como aún hoy se ve a la entrada de algunas aldeas de Francia: "défense aux nomades de stationner".

Apóstoles de la destrucción, nadie mira a esos caucheros con simpatía. Mientras tanto ellos deben tener un valor a toda prueba. La campaña en el monte, "en la montaña", como ellos dicen, adquiere contornos de epopeya. No son pobladores audaces. Con ellos se apresuró la conquista. Fueron como un piquete de vanguardia, como exploradores contornando la retaguardia, con sucesivas acciones de guerrilleros, de la masa enemiga del bosque en aquella región fronteriza del noroeste del país. Como filibusteros se adelantaron al "seringueiro" y hasta lo sorprendieron con la noticia de que ya podía avanzar.

Allí estaba el señor Bustamante que venía a tratar con Cam-

bito sobre el corte de "maderas" que florecían en las tierras del "cearense".

Cuando por la región deshabitada sólo pasaban los caucheros, nada tenían que pedir, pero cuando acampó el ejército de "seringueiros" tomando posesión de la tierra descubierta, el bosque todo fué fraccionado en "donaciones".

Lo interesante es que en los mapas de Bolivia y del Perú se hace ostentación de esa tierra aprisionada en la curva ridícula que, en pactos viejos y revocados, se indicaba como una intrusión en el patrimonio territorial del Brasil. El trecho gráfico convencional, que la secular pretensión de los dos gobiernos extranjeros reclamó, hizo verter mucha tinta, pero resolvieron la cuestión las hachuelas de los "seringueiros", salvando así la soberanía nacional en peligro. Desde entonces, y a pesar del descaro de cartógrafos interesados, los caucheros ya no pudieron dar un paso sin permiso. Las abejas de la "seringa" rechazaron a los zánganos del caucho. El círculo infinito en que el cauchero erraba ambicioso, se estrechó de pronto, una vez deshecha la ficción política y los embustes diplomáticos, ante los puntapiés de los "cearenses". Y ahora su rol de sencillo andariego de la tierra se cambia en el de un estoico pedigrüño de trabajo.

Bustamante no llegó a un acuerdo con Cambito sobre el precio. Se limitó a aceptar una taza de café y regresó a los "ubás" que, luego, descendieron entre las playas de arena que el canal había puesto al descubierto en su lecho.

Apenas habían desaparecido los indios con su elegante capitán cuando, penosamente apoyado en el brazo de otro, llegó un hombre al barracón. Era el portugués Thomé Pereira, trabajador en un puesto del "seringal" de Cambito.

¿En virtud de qué acontecimientos había venido a parar ese portugués al Alto Amazonas? ¿Por qué integraba el "ejército" nacional que ocupaba aquellas tierras? Porque fueron legiones de trabajadores brasileños y del norte las que avan-

zaron hacia el norte del Brasil. El extranjero se quedó en Manaos ocupándose en la judería del comercio, de la letra y del respectivo descuento en el juego del cambio. En la fantástica empresa de penetrar y establecerse en la zona peligrosa, tan atrevido fué el brasileño. El extranjero, más cauto, se detuvo en el punto táctico favorable a la especulación del intercambio. El aborigen se sacrificó francamente penetrando en extraños lugares donde la muerte tenía trono y vasallos. Mientras tanto el emigrado europeo hartaba su estómago arriesgando muy raramente el pellejo...

Lo cierto era que el lusitano estaba allí. Fuerte como un Hércules, tenía una de las piernas devorada por la "herida brava". Al principio había sido una pequeña erupción colorada; después se ensanchó y se extendió resistiéndose a todas las pomadas secativas, a los líquidos desinfectantes, a la "leche de piñón", al yodo y a todo lo que se le aconsejaba por ser considerado como eficaz. Desde la rodilla hasta el tobillo, la llaga profunda había corroído los tejidos dejando casi visible la parte exterior de la tibia.

Eran muchos en las estancias del Alto Amazonas los que sufrían por tales lesiones debidas a causas inexplicables. La aplicación del hierro candente constituía un remedio heroico al que el mal no se resistía. Cuando los emplasto caseros, o el yodoformo, o el ácido bórico, o el sublimato no lo reducían, el cáncer cedía a la violencia del termo cauterio.

Después de haberme relatado la marcha y el origen de su enfermedad, el desventurado me contó su vida. Nunca había vuelto a ver el terruño en que naciera. "¡Veinte años, señor, por este mundo de Cristo!..."

Desde la aldea del Minho, situada en una apacible ladera de viñedos y pinares, había ido a Funchal... Después en Bragança, en el Estado de Pará, abrió una mercería. Ni él sabía el porqué se hallaba en el Alto Amazonas y enfermo de esa manera.

Nunca había tenido noticias de la patria ni de la familia que, para él, se resumían en el terruño y en la novia. Y no poder mandar a decir allá, de su propio puño, lo que sentía de recuerdos hacia el terruño y de cariño hacia la novia.

Atribuía todo su destino infortunado al pecado original de no conocer las primeras letras; deploraba su analfabetismo con un sentimiento envidioso por mi saber. "¡Poder leer y escribir!... ¡Cosa linda!... ¡Cosa linda!..." Así monologaba suspirando.

Hacía ya un año que no podía trabajar el pobre. Y al ver que, al consumírsele los músculos, se le iba también el poco dinero ahorrado, sabe Dios cómo, decía: "Tengo la seguridad de quedarme aquí, si la Virgen no me ayuda". "El patrón quiere convencerme que esto no es nada, que con el fuego pasará. Veremos... ¡Pero nadie me quita de la cabeza que este mal me llevará al demonio!..."

Cambito había resuelto hacer descansar al "gallego" y, al día siguiente, aplicarle el remedio energético, a lo que se había resignado el portugués asintiendo in extremis.

Esa noche, víspera del cumpleaños de la nena, no pudo conciliar el sueño. Abrí la ventana de mi cuarto y me hirió el contraste de la naturaleza quieta, hipnotizada, con los ruidos del barracón donde aquel pequeño ser continuaba llorando. En las hojas ásperas del cañaveral había como reflejos de estaño. Una paz completa, adormecedora sumía todas las cosas en un sueño profundo bajo la casta luz de la luna. Sólo la niña no descansaba como si un verdugo cruel e incansable la martirizaba bárbaramente.

La aurora ya asomaba sus frisos de oro cuando cerré la ventana y me dejé caer en la hamaca donde me venció el sueño.

Tarde ya desperté porque vinieron a llamarme para presenciar la curación de la "herida brava".

Bajé la escalera y encontré al paciente tendido sobre una

mesa colocada entre un grupo de seis personas dedicadas a los preparativos de la cura. Una de ellas construyó, con toda cachaza, un reborde de arcilla alrededor de la llaga para restringir el campo de acción del tópico en combustión. Después inmovilizaron al paciente por los brazos, las piernas y el tronco. Otro fué a buscar sobre un trípode, debajo del cual ardía un gran fuego, una lata con grasa hirviendo, y, con rápido movimiento, vertió el ardiente líquido sobre la llaga pavorosa. Al chirrido de la carne sucedió una densa humareda que se levantó de los tejidos podridos y ardientes. Aturdió el bramido de la víctima, que intentó contorsearse con un esfuerzo brusco, y terminó la salvaje operación. Hecho lo cual llevaron a Thomé, caído en colapso, al cuarto en que lo habían alojado en el barracón.

Después de poco, mientras estábamos almorzando, vinieron a comunicar a Cambito que el operado acababa de fallecer. Sentada a la mesa, Doca tenía en brazo a la pequeña ciega que, agitándose frenéticamente, comía con voracidad un plato de "mingau".

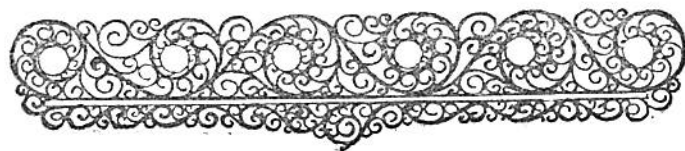
¡Inauditos caprichos de la vida!... Se había retirado del cuerpo fuerte y renunciaba a retirarse de la frágil e impedida criatura que cumplía seis años. La madre, conmemorando el aniversario, la había vestido con una batita nueva adornada con puntillas y cintas de seda azul. La cara del pequeño ser tenía, como un sarcasmo, los sonrosados colores de los bebés sanitos.

Cuando volví a descender el "igarapé" desde el barracón de Cambito, el mezquino canalucho se había vuelto torrente a causa de haber llovido durante la noche. Lo había abarrotado el aguacero. Sin embargo no tardaría mucho en volver a su antiguo estado mostrando de nuevo las piedras del fondo una vez que se hubiese retirado el excepcional caudal de agua.

Poco más lejos divisé el campamento de los peruanos. Mujeres desnudas alrededor de los fogones ahumaban macacos,

desplumaban "ararás"... Los "esclavos colorados" seguían con la mirada mi canoa que pasaba. Bustamante, metido en su traje blanco con que lo había conocido, levantó su sombrero de jipijapa saludándome cortésmente.

Y hasta aguas abajo, muy lejos, el llanto desgarrador de la niña me perseguía causándome profundo malestar. Entonces una idea nació en mi cerebro: "...y pensar que bastaría una gota de veneno o una hoja de bisturí en mano de gente misericordiosa, para acabar con la terquedad de esa vida!..."



MAIBI

Pays affreux et désolé! Une malédiction pèse-t-elle sur le sol? Je crois voir du sang aux racines de cet arbre rabougri et souffreteux.
— H. HEINE. — ATTA TROLL.

Una figura robusta y tosea, con una enorme boca disimulada bajo un bigote rojo, decía a otro personaje flaco, consumido por las fiebres y por la mala alimentación, con ralos pelos en la comisura de los labios y de quijada saliente:

—Entonces, negocio hecho... Estamos entendidos. Nada me debes si dejas a Maibi con Sergio...

—Sí, señor — respondió el flaco dando un suspiro.

Este diálogo tenía lugar al lado del balcón del almacén, entre el Teniente Marciano, dueño de Soledade, y un trabajador, Sabino, el marido de Maibi. Cuando la operación finiquitó entre los dos hombres, el sol caía mordiendo el friso verdinegro de la mata, y la luz se infiltraba entre las "paxiubas" mal ajustadas del barracón, como si se colara entre las rejas de un calabozo.

¿De qué negocio se trataba?

Sabino debía al patrón siete contos y doscientos mil reis, porque a tanto alcanzaba la suma de las deudas contraídas durante cuatro años, y cedía la mujer a otro trabajador del "seringal", Sergio, quien, a su vez, asumía la responsabilidad de saldar esa deuda. Una común transacción comercial esa transferencia de deuda por saldo de cuentas, con el asentimiento del acreedor.

El cambio interesaba al patrón, que estaría más seguro con Sergio, muchacho estimado como trabajador infatigable. Sabino, por su parte, se iría a luchar con ánimo, con la esperanza, ahora realizable, de saldar todo para fin de año. Con la mujer desaparecía también su mayor pena, es decir, los siete contos y pico que, sólo de pensar en ellos, le causaba un deplorable desaliento.

Comprendía Sabino que, en compañía de su esposa, por más que trabajara, nunca podría pagar la deuda que siempre aumentaría, esclavizándolo más. Esa deuda era su pesadilla.

"Saldar" es el pensamiento fijo del trabajador en el "seringal". ¿Y cómo no sería así, si el saldo es la libertad?

El régimen de la industria "seringueira" es abominable. Se instituyó el trabajo con la esclavitud blanca. Incidente a parte en la civilización nacional, lo determinaron las circunstancias de una exploración sin ley. El código surgió de las contingencias de la lucha, no por intimación de una autoridad que no existía, sino por tácito acuerdo entre todos.

Además, era necesario organizar allí, en pleno bosque, aquello en que el pensamiento oficial de la capital de la nación no se había fijado nunca. Como si se hubiese tratado de una nación de malandrines, de un país de cueña, jamás se experimentó la necesidad de organizar el trabajo, como si éste no preocupara a nadie. ¡Increíble!... Fueron los "seringueiros" quienes estatuyeron la ley fundamental de la nación libre... Se estableció entonces, ante condiciones especialísimas, lo que,

de haberlo hecho espontáneamente las autoridades, no hubiese bastado.

Un "seringal", al final de cuentas, ni es una estancia ganadera, ni una fazenda de café ni un ingenio de azúcar. Lo que podía satisfacer en los campos de Río Grande, en el oeste de San Pablo, en el interior de Pernambuco, no era suficiente en Madeira, en Purús, en Juruá. Desde luego lo que la legislación naciente no previó, lo estatuyó la industria. No era querer ejercer simples crueldades, sino que era el resultado de la defensa del capital. Lógico, o por lo menos fatal. Los estatutos de la nueva sociedad tuvieron esta base: —el "seringueiro" no puede abandonar el "seringal" sin estar al día con el patrón.

Por eso Sabino, en repetidas ocasiones, había experimentado el ímpetu de volcar el balde de "leche", de cruzar los brazos y quedarse inerte hasta que sobreviniese la muerte. Otras veces había pensado correr el riesgo de robar una canoa y fugarse a Manaos...

Llegar de su tierra con enormes deseos de hacer fortuna para, después, establecerse en Sitiá con un campito de "panaseo", unos novillos y unas cabras, y, en vez, tener que quedarse en el desierto anegadizo de un fundo del Amazonas, comido por las enfermedades y por las fiebres... ¡Con la propuesta del Teniente, su pobre corazón revivía!... Finalmente podría volver a su tierra con la ayuda de Dios.

Hacía ya tiempo que había dejado el Bajo Amazonas, primera etapa de su éxodo de condenado. Allí abajo había trabajado tres años sin provecho alguno. Aparte de un poco de "taparú" el trabajo de la "seringa" era "flaco"; no rendía. En Lago do Castanho se había casado con aquella "cabocla", linda muchacha, desarrollada, y eso le había complicado la vida, pues si hubiese seguido solito, trabajando intensamente en la "seringa" esta sería la hora que ya estaría de vuelta en su Ceará querido. Era verdad que en compañía de Maibi, la

existencia le había parecido más dulce... ¡Pero con todo había sido un atropellado!...

Finalmente había podido zafarse de los malditos compromisos, pero sentía un cierto pesar por tener que dejar a la "endiablada cabocla". ¡Ah!... ¡Sus ojos teñidos con el zumo del "pajurá"; el andar menudo y ligero de un pájaro... sus cabellos negros como las alas de los cuervos... la cara rolliza!... ¡Las ardientes caricias de ella serían ahora para otro!... ¡En brazos de otro se arrojaría ahora suspirando!... Era bien duro para él irse, pero ¿qué iba a hacer?... Era el destino... Y el "seringueiro" procuraba apartar de sí los pensamientos que lo incomodaban.

Lo cierto es que al salir del almacén, la sensación que experimentó Sabino fué de haberse librado de un pesado yugo.

Ese día, un domingo de marzo, era de mucho movimiento en el barracón; los trabajadores de los "seringales" habían venido para renovar sus provisiones y para distraerse al mismo tiempo. Escaseaban la fariña, el "piracurú" el "jabá", pero el "vapor de la casa" estaba por llegar con el cargamento. Y la gente afluí, impaciente, a buscar provisiones y también por la curiosidad de ver a unos "bravos" que traería el vapor; en el fondo también los impelían las exigencias de la sociabilidad, cada vez más intensas en el régimen de aislamiento que devoraba a todos.

Al anoecer gran número de trabajadores llenaba la sala grande del barracón para divertirse. La gaita había empezado a tocar haciendo oír los sollozosos bemoles de un vals. Y entonces aquellos hombres, entre los cuales sólo había dos mujeres, se enlazaron entre sí y empezaron a bailar sobre el suelo medio podrido de la sala. Un farol pendía de los tirantes del techo, y su luz era casi invisible a causa del espeso humo del tabaco. Terminada la música sucedía un conversar ruidoso y risas, hasta que el instrumentos, incansable, gemía nuevos compases.

Ya tarde en la noche, una observación del Teniente: "Basta por hoy, muchachos" — y la sala se vació. Los "seringueiros" se retiraron a dormir y el barracón quedó tético, más negro que la noche en la que relucía el pequeño diamante azul de la estrella única.

La primera cara que el patrón vió a la mañana siguiente, fué la de Sabino. El Teniente le dijo:

—¿Qué? ¿Estás arrepentido?... Si quieres puedes ir a otro "seringal"; no me disgustas. Si deseas quedarte también puedes... No te lo prohibo... Haz lo que quieras...

Sabino declaró que no estaba arrepentido, no se echaba atrás. Quería trabajar, pero en otro puesto. Tenía la intención de tomar el de Paulino que había muerto cuatro días antes por la picadura de un "tucanoboia". El rendimiento de doce "frascos" y medio no era ciertamente una gran cosa, pero siempre influía. Además, contaba con que el señor Teniente le concediera lo que le iba a pedir. No era mucho: una red para pescar, un par de pantalones de algodón, píldoras "carapanan" y "taurinas", unas cajas de balas, fariña, "pirarucú"; todas cosas que un hombre de aquel ambiente, por muy bajo que haya descendido, no puede prescindir. En la semana entrante ya quería estar en su sitio...

El Teniente asentía con desusada benevolencia.

—Sí... sí... Todo se arreglará... El "Río Yaco" llegará en estos días...

En efecto, una semana después, el vapor atracó en Soledade en medio del alborozo de la gente ya impaciente de aguardarlo. Muchas horas fueron necesarias para descargarlo. Algunas reses fueron sacadas por el portalón y algunas cayeron al agua, pero se salvaron rápidamente nadando hacia tierra. Cajas, canastas, fardos y barricas pasaban atropelladamente por la planchada, como si fueran descargados por contrabandistas temerosos de ser sorprendidos por los aduaneros. Todo se amontonaba en tierra para ser transportado luego, más cómodamen-

te, al almacén. El ganado desembarcado recién ya se había puesto a pastar cerca.

Con el cargamento había desembarcado el personal que el tenedor de libros había ido a contratar a Ceará. Unos veinte hombres. Gente de Crato y de Caratheus. En el puerto de Camocim los contratados habían sido unos cincuenta entre todos. Pero unos se habían escapado en Pará, otros en Manaos y cinco se habían ido al diablo con las fiebres.

"¡Canalla del demonio!..." Esta era la frase que el empleado entremezclaba a cada instante en su relato, aludiendo a los enganchados, mientras rendía cuenta de la misión que Marciano le había encomendado. Un sub Prefecto en Manaos, a quien se había quejado, no había hecho ningún caso de su queja y no había enviado a nadie en persecución de los que se habían escapado en Mocó... Toda la campaña traería una pérdida de unos treinta contos... El tenedor de libros daba la culpa del desastre a la casa despachante, porque había demorado en Belem la salida del barco, y porque el gerente se había negado a adelantar el dinero necesario para la manutención del personal...

Llegó el momento, ya noche cerrada, que el "Río Yaco" arrojando grandes chorros de vapor por el tubo de descarga, recogida la planchada y desamarrados los cabos, se apartó poco a poco del barranco. El sonido de su sirena retumbó siniestramente.

Con la partida del barco la vida en Soledade siguió su curso normal. De la célula central, el barracón, irradiaban otras células, las barracas con el sistema orgánico de esa fundamental urdimbre que cubre leguas cuadradas con el trabajo de pocos hombres.

Por varaderos y canales las provisiones debían ser transportadas por los trabajadores en canoas y otras embarcaciones.

Marciano, antes de que los hombres se dispersaran, los reu-

nió en la amplia sala del barracón y les dirigió un discurso. El exigía trabajo y saldos. Esto de que la gente debiera tanto no rezaba con él. No quería saber nada de historias. Lo que quería era plata. Y despreciando escrúpulos y los cuidados necesarios para la conservación de la riqueza forestal que la Naturaleza les había brindado, resumió brutalmente el programa absurdo del trabajo según él lo entendía, diciendo: "¡El que sea peludo que excave, y el que sea mono que trepe!..."

Luego explicó su pensamiento. No se oponía a que los árboles fueran trabajados desde las raíces hasta las cimas de los últimos brotes, porque no le importaba que se extinguieran. Que construyeran escaleras, andamios groseros para alcanzar con los recipientes hasta las ramas más altas, o bien que emplearan el "arrocho", especie de garrote que se aprieta cada día para que el tronco, ahogado, saque hasta las heces de la savia valiosísima. Un máximo de producción aún a costa del aniquilamiento de los árboles, eso era lo que exigía el patrón en su formidable ignorancia; pues generalizado tal método, quedaría liquidada la principal riqueza de la cuenca amazónica, estancándola en su fuente.

Terminadas esas recomendaciones imperiosas, criminales e inconscientes, los "bravos" se fueron apresuradamente por los caminos abiertos por los peones "matteiros" en la última invernada.

La tarea de colocar la gente nueva en su sitio también terminó por fin, y se inició entonces el trabajo monótono de la "fábrica". Hasta terminar la safra, más entraba y más salía, y el Teniente sentado en la puerta del barracón de Soledade, tranquilizado por el abultado saldo que vislumbraba, y calculando el renglón de ganancias y pérdidas hojeando el "diario", fumaba cigarros caros o se paseaba por las orillas del canal uniformemente adornadas con "oiranas" insípidas.

El barracón de Soledade dominaba la achatada vega vecina. Y como una grandiosa reja de arado que hubiese intentado

arar el llano, el agua ahondaba el surco fertilizante como si labrara las tierras de Pan... La mata tenía un color verde Veronese; el cielo se embecía de aguada azul de Prusia; las horas corrían con lentitud mientras que el sol efectuaba diariamente su paseo habitual con el servilismo de un esclavo.

Fué una tarde serena que Marciano divisó una canoa que doblaba la curva del remanso rumbo al barracón. Desde la margen opuesta atravesó en sesgo la superficie lisa y cenicienta del agua. En la proa el remero menudeaba las remadas. Apenas detenida la embarcación saltó a tierra. Era Sergio que venía pálido y visiblemente conmovido. Acercándose al patrón le contó que, aprovechando unos días de lluvia durante los cuales no podía trabajar, había hecho un viaje al "centro" pero que, al volver, ya no había encontrado en casa a Maibi. La "cabocla" había desaparecido; sólo había dejado una enagua en el baúl de "marupá". Estaba cansado de buscarla... iría hasta la punta del bajo indagando... Llegaría hasta el Umarisal. Y Sergio, loco de indignación y angustia, bajó apresuradamente la escalera y volvió a la canoa.

El Teniente con su antiguo olfato de autoridad de Policía que había sido en San Juan de Uruburetama, se acordó de Sabino. ¿Quién sabe si no había sido el "cearense" envidioso el que había hecho desaparecer a la muchacha!... Se le ocurrió mandar a un hombre de confianza para ver si lo encontraba y, con disimulo, si lograba averiguar algo de Maibi.

Sentado en un banco de la cocina el Ze Magro cortaba y recortaba un rollo de tabaco de "Acará" mientras que canturreaba en sordina:

Migo, migo, migo, migo,
Este rollo de tabaco
Que fumo de tico en tico
Y masco de taco en taco...

Cuando oyó que lo llamaban acudió solícito cesando su canto. Recibió las instrucciones del Teniente, tomó su rifle y partió.

De un tirón cruzó el campo, traspuso el enrejado y desapareció en la mata. Poco después el enviado del Teniente se topó con Sabino que salía de la maleza. Vestía una camisa sucia, pantalones que le caían de la cintura y calzaba una especie de alpargatas de caucho, llevando la cabeza cubierta con un pedazo de tul de mosquitero. En la cintura el cuchillo y en sus manos la hachuela y el balde; suspendida de la cintura, una pequeña bolsa y el rifle atravesado en el hombro. Ese uniforme traducía la miseria y los riesgos del oficio.

Entablaron conversación.

—Buen día, hoy, ¿eh?... Mucha "leche", ¿eh? — indagó Ze Magro.

Sabino, dominando apenas la emoción que lo vencía:

—Así... así... — dijo. Y esforzándose por aparentar serenidad, agregó: — He encontrado un árbol monstruo, "apae-deguado"... Ya van por las doce gamelas... El solo da un "frasco". ¡Y no lo había visto al demonio!... Pasaba al lado de él y no lo veía... Está cerca de la primera "manga".

El otro, sorprendido por la serenidad de Sabino, quedó desconcertado y habló del capricho acostumbrado de la "madre de la seringeira" que escondía los árboles. Y para disimular el espionaje, se mostró curioso:

—Bien quisiera ver ese fenómeno... para ver si es lo que dices.

—Anda — replicó Sabino. — Ya quedarás admirado a pesar de que no eres "bravo"... Nunca has visto cosa igual. Está después de un cerrado de uña de gato y "jurarás"...

—Bueno, bueno... déjame ver. — Y el Ze Magro se dirigió hacia el mazo de la mata donde, exactamente detrás del ahumadero, desemboca el camino.

Sabino se quedó mirando al espía, pero apenas éste hubo

desaparecido, empezó a temblar como un epiléptico, agarrándose la cabeza con las manos, e iba de un lado a otro... se llevaba las manos al pecho como si quisiera arrancarse algo de adentro... arrancábase mechones de cabellos sollozando y rugiendo. Parecía querer ir a llamar a alguien que lo ayudara, y luego, arrepentido, corría hacia la linde del bosque produciendo la impresión de hallarse amenazado por el fuego y que alguien, persiguiéndolo, hubiese llegado a alcanzarlo azotándolo a latigazos y haciéndolo saltar por el dolor y como huyendo al contacto acribillador del látigo.

El Ze Magro seguía pensativo y suspicaz la búsqueda de la fenomenal "seringueira". El camino frondoso es casi siempre un simple sendero que se orienta hacia los árboles que se están explotando, pero casi siempre también la línea poligonal mantiene la orientación que cierra sobre sí misma. A veces parten de ella otros polígonos menores: las "vueltas" o simples líneas, las "mangas". Sin embargo siempre su trazado total es el de un cuadrado que circunda el centenar de árboles que se explotan. El "seringueiro" en la "fábrica" recorre de prisa. Muchas veces, antes de que amanezca, a la luz del "farol" embute las vasijas, con un golpe leve y dado en forma diagonal, en la debida posición; luego regresará siguiendo el rastro dejado por sus mismas pisadas para recoger en la vasija más grande o en el balde la "leche" que el árbol ha dado. Llega el mediodía caluroso y el "seringueiro", a pesar de su cansancio y a pesar de sentirse estropeado, debe ahumar la "leche" haciendo un gran fuego de cocos debajo del "bocal" y aguantando el escozor que el humo acre le produce en los ojos.

Acostumbrado a esa vida, Ze Magro seguía a pasos rápidos; apenas había divisado el "assacuseiro" entre los bejucos que ya se sintió aterrado frente a un espectáculo imprevisto y singular. Una mujer completamente desnuda estaba amarrada en el árbol. No se distinguía su cara debido a la abundancia del cabello que la cubría.

Ze Magro se acercó temblando para examinar la terrible realidad y, en la crucificada, reconoció con estupefacción a Maibi, la mujer de Sabino y de Sergio.

Atado con cuerdas al árbol, el cuerpo de la "cabocla" adornaba bizarramente la extraña picota. Era como una extravagante orquídea carnosa y trigueña nacida al pie del árbol fatídico. Sobre sus senos túrgidos y sobre su vientre arqueado y en las piernas rípidas, tenía, profundamente metidas en la carne, una docena de vasijas de "seringueiro". La sangre de la mujer debía llenarlas y, al desbordar, regar las raíces del poste vivo que sostenía la muerta. En los recipientes la extraña "leche" estaba coagulada.

Ese espectáculo de un suplicio inaudito tenía la grandiosidad emocional y armoniosa de un inmenso símbolo pagano, y parecía un holocausto ofrecido a una divinidad babilónica desconocida y terrible. La inmolada, representaba a la Tierra...

El martirio de Maibi, cuya vida debía gotear en las vasijas del "seringueiro" era menor que el que sufre el Amazonas que se ofrece a una industria que lo agota. La venganza de Sabino, aunque con intención distinta, esculpía la imagen impotente de esa sacrificadora explotación. Había como una aureola sobre ese cadáver que parecía representar, en miniatura, a un crimen mayor cometido no por el amor, sino por la ambición colectiva de millares de almas endurecidas en la codicia universal.

Precipitadamente Ze Magro volvióse y cuando llegó al claro, quien lo hubiese visto no lo hubiera reconocido. La conmoción le había puesto como una pátina en el bronce mate de su cara. Extraviado miró en torno, luego tomó el rifle e hizo fuego repetidas veces para pedir socorro. De la mata, durmiente en el mediodía cálido, no venía ningún ruido. Parecía inmóvil como en sueño hipnótico. Ze Magro miró otra vez a su alrededor, luego, no pudiendo contenerse, llamó:

—¡Sabino!... ¡Sabino!...

Sólo el áspero grito de un "cauré" contestó al llamado.

—¡Sabino!... ¡Sabino!...

Al nuevo llamado, más frenético, ni el grito del malvado animal contestó.



PIRITAS

*Tú andas, tú andas también, víctima infausta;
El soplo de la ambición cerró tus ojos...*

— MACHADO DE ASSIS. — PHALENAS.

Mientras que el piloto de la embarcación, apoyando las manos sobre la rueda del timón, la hacía girar a derecha e izquierda, evitando las guiñadas que la corriente podía producir, Vicente Macuín, recostado en la borda, apoyado el codo, miraba melancólicamente la costa que pasaba como en un diorama de poéticos lugares pintados con manchas verdosas de "muri", "angaseiras", "embaúbas" y "taxis".

Puesto que en Manacapurú no había hallado a Gertrudis, su mujer, seguiría hasta Maués, el feudo del Coronel Tito. Esa era su tierra, una aldehuela muerta a la margen de un río, que vegetaba indolentemente como delgado "aracahi" en medio del "igapó".

Hacia un costado, doblando el barranco de "massapé", en ese sitio perdido en las fronteras de la nación, crece la planta que produce un alimento para los niños, el "guaraná". Ese es el único sitio de la tierra que la produce. La planta es una tre-

padra sarmentosa, de dulce nombre científico, que produce frutos en cachos de color azafranado, parecidos a los de esa "jurubeba" que abunda en los campos abandonados.

Es necesario todo un arte químico para la preparación de la masa color chocolate a que quedan reducidos los frutos de la sapindácea, tostados y triturados por las "caboclas" expertas. Los preparan luego en variadas formas de ingenua escultura, como ser yacarés, tortugas, peces y racimos que sirven como recuerdo de la tierra, tales como camafecos de lava que recuerdan un viaje a Nápoles u objetos de madera de olivo que recuerdan la estada en Niza o en Cannes. Sin embargo, la pasta que, comúnmente se consume, está elaborada en rollos que se venden a un precio más alto que el de la "seringa" fina.

Comerciantes de Cuyabá llegan en verdaderas caravanas, después de sufrir las más espantosas odiseas, para adquirir esa pasta nutritiva y excitante. Cruzan las zonas más apartadas de los valles fluviales misteriosos, infestados de fieras, soportan la mojadura de las espumas de las cascadas, se cobijan en cavernas y afrontan durante meses y meses miles de peligros, recorriendo centenares de leguas para llegar a esa perdida aldehuela del Amazonas.

En tiempos más recientes, el Lloyd Brasileiro ha disminuído la distancia acortando el plazo necesario para la enorme travesía, y, por lo tanto, han disminuído los riesgos, por serranías, gargantas y cañadones, de una caminata que, apenas al propio Fray José de los Inocentes, no parecería absurda.

¿Por qué razón el cuyabano, entre todos los habitantes del Brasil, fué el único que se apasionó por esa substancia?... ¿Y cómo fué que la costumbre de ella se pudo establecer tan lejos del lugar de producción? Por esa costumbre tan imprescindible, el hombre se aventura anualmente, reeditando la considerable hazaña de un Livingstone, tal como si la aldehuela de Maúes estuviese edificada sobre un placer de metal archi-

precioso o, mejor aún, que entre sus muros guardara el elemento indispensable para la vida del mattogrossense. Es posible que algún investigador de históricos devaneos, algún maniático analista o bien algún rebuscador de minucias etnográficas podrá, algún día, explicarnos el porqué de esa peregrinación a la Meca del "guaraná".

El "caboclo" Vicente era andariego como un "cearense". Después de haber perdido dos años "seringando" en el Jatapú, había ido a trabajar en los juncuales del alto Río Negro, en las fronteras con Venezuela, desde donde regresaba al apartado nido donde el Coronel Tito dominaba con sus ojos rapaces y su imperioso perfil de gavilán.

No hay nada más duro que el trabajo de despeinar a la palmera "leopoldina" de las fibras téxtiles que la recubren desde lo más alto de las hojas hasta el pie del tronco. Es como una cerda que cubriese algún ídolo malo y repulsivo, algún manitú kanaco; es horriblemente áspera, y en ella se anidan, preferentemente, arañas, lagartos, alacranes y ciempiés. De sol a sol esa tarea es una pena que todavía no ha sido aplicada, y que merecería serlo, a los parricidas. Las manos y la cara quedan casi deshechas en la penosa tarea de desenmarañar el grosero tejido que es preciso arrancar, siempre con el temor dominante del "bicho" escondido entre las greñas cuyo aguijón es rápido y venenoso.

Y sin resultados compensadores. El "caboclo" nunca llega a ver diez reis reunidos en ese trabajo parecido a una refinada y cruel tortura china.

Sin embargo Vicente se consideraba feliz. Ello era porque un día, trabajando en las palmeras, había descubierto unas piedras relumbrantes, reunidas en pequeños grupos de cristales de un negro brillante, que, ciertamente, debían ser oro o algún otro metal precioso. Una verdadera mina.

Febrilmente había llenado una bolsita con el precioso mineral. En el primer ímpetu hubiera querido llevarse un cajón...

pero luego reflexionó que eso llamaría mucho la atención. Era conveniente callar su hallazgo y no confiarse con nadie para no llamar la atención de gente extraña.

Pensó abandonar el trabajo y embarcarse para Maúes para poder consultar con su mujer. Después iría a Manaos para buscar a quien entendiera de eso y para procurar de vender las piedras.

El "caboclo" viajaba en sueños. Su imaginación trabajaba sin cesar. Hacía y deshacía proyectos como un loco. Y, en su prisa, la embarcación, con su "ronrón" de la vieja máquina, le hacía la impresión de una tortuga. Al mirar algún "carará" pasar en vuelo sobre la embarcación, más intensa se le hacía su infelicidad por no tener alas y poder viajar más rápidamente.

A pesar de ser tan reservado, Vicente miraba con suma desconfianza a la tripulación y a los pasajeros. Sospechoso, encerrábase en sí mismo y se hacía cada día más retraído. Inútilmente le habían preguntado sobre el motivo de su actitud. En su cara se le leía la desconfianza y el misterio. No se apartaba ni un momento de una bolsa de tela que era su único equipaje. Allí tenía las preciosas piedras. La fortuna.

La chata que remolcaba la lancha por medio de gruesos cables, amenazaba abordarla a veces y otras se apartaba estirando peligrosamente los cables. Era porque las aguas del río, repentinamente encrespadas, amenazaban separar a las dos embarcaciones. Manchas negras se veían en la superficie del agua y en los pozos y remansos de la embocadura del río Negro. El portentoso caudal intentaba penetrar en el otro violentamente — era la lucha de dos monstruos braceando, devorándose con gran agitar de aletas y colas. El Río Negro era despedazado entre las uñas del parduzco Solimoes, y éste engullía los restos de su rival, yendo luego a descansar de las fatigas de la pelea entre las playas de las Lages y de la Tierra Nueva.

La lancha, atraillada con la chata, pasó entre balanceos las aguas encrespadas y embravecidas. Marapatá, pequeña isla rasa, estaba a la izquierda mostrando la insignificancia de sus matas nutridas en el pantano.

Como en un grabado que representara una marina, se divisaban los buques en el ancladero de Manaos, destacándose en el fondo que lo constituía la ciudad clara. Una hora y media más tarde, en el fondeadero, la lancha fué sitiada por el enjambre de botes cuyos dueños, portugueses e isleños, con fuertes voces y gran algazara, se ofrecían para transportar a los pasajeros a tierra.

—Doctor... Señor... Doctor... Malos rayos te partan... ¿Patrón?... ¿No quiere bajar?... Oiga, aquí... la "Estrella del Norte".

Y representantes de hoteles que ofrecían sus servicios: "El Familiar", "El Vasco de Gama"...

Dos vapores ingleses, amarrados al muelle de la "Manaos Harbour", recibían o descargaban mercaderías con gran ruido de guinches. Un vapor que venía del Acre, repleto de gente arrimada a la borda, aguardaba la visita de la Sanidad y de los aduaneros. Otros vaporecitos, denominados "jaulas", vacíos o aprestándose a la salida, lanchas, chatas y otras embarcaciones ancladas aquí y allá, hacían recordar a un resto apresado y cautivo de una escuadrilla de piratas vigiladas por las ametralladoras de un aviso de guerra fondeado a escasa distancia. Operarios trabajaban en el malecón aún no terminado. La Iglesia Matriz se alzaba detrás de una cintura de almen-dros, malváceas y eucaliptus. Desde la embocadura del lago San Vicente, se veía venir un remolcador arrastrando un pontón.

Vicente, siempre con su bolsa en la mano, se metió con otros pasajeros en uno de los botes. Apenas desembarcado en el muelle quiso conocer la fecha en que saldría el vapor de la línea de Maués. Corrió a la agencia frente al edificio Teixeira.

El "Silverio Nery" saldría esa misma tarde. Y nuevamente el "cabocío" penetró en el entrepuente atestado de carga de un pequeño "jaula". El barquichuelo, arriba la señal de salida, echando un espeso humo por su chimenea, se movió en demanda de la boca del Solimoes, después de haber efectuado las maniobras necesarias para salir del puerto.

Vicente bebió un buen trago de caña que le ofreció otro pasajero de tercera, "cearense" como él, antiguo conocido, establecido en la costa de Burrinho. La conversación entre los dos se animó luego. Fueron recuerdos, hechos rebuscados en los recovecos de la memoria... El secreto, tan celosamente guardado, se le escapó en la necesidad de una irresistible confianza.

El "cearense", al conocer el secreto y al saber que Vicente llevaba las piedras preciosas metidas en la bolsita, demostró sumo interés. Exigió que Vicente le contara todo. ¿Cómo las había hallado? ¿Eran muchas?

Vicente contó todo con la satisfacción natural de un infeliz que deja desbordar su felicidad incontenible... Contó ampliamente, con grandes detalles, su novela de buscador de diamantes adventicio y novato. Y no escatimó pormenores. Cómo estaba dispuesto el mineral en el yacimiento. Qué árboles lo circundaban. Qué camino había que seguir para llegar hasta allí, por el bosque, después de cinco días de marcha en sentido contrario al levante...

—Hay muchos espinos — agregó Vicente. — Allí, en una especie de hondonada se encuentra el montón de piedras. El terreno está en pendiente. No hay ningún canal... Y luego se extendía en otras particularidades agrestes. Hay tantas, pero tantas, que se pueden agarrar a manos llenas y hasta llenar un foso.

El amigo aconsejó a Vicente a que volviera a Manaos para verlo a alguien que entendiera en piedras y las comprara. Después volverían a la mina los dos para ir a buscar la mayor

cantidad posible. El se ofrecía como socio; pondría un pequeño capital. Total eran antiguos amigos... ¿Para qué iba a ir Vicente a Maúes? ¿Para exponerse a que el viejo gavilán del coronel se enterara y le quitara su tesoro?... No era prudente perder tiempo. La mina podría desaparecer también... Lo mejor era desembarcar en Burrinho los dos, y luego, en el "jaula" de la línea de Autaz, volverían a Manaos.

Vicente se dejó convencer.

De noche ya el vaporcito seguía por el anchuroso río con el ritmo monótono de sus pistones. Los pasajeros dormían; un marinero y el timonel en su puesto, y un maquinista cumplían el cuarto reglamentario.

Excitado por la curiosidad, el "cearense" rogó a Vicente que le enseñara el tesoro allí mismo. Y, a la luz mortecina de una de las linternas de bordo, los pequeños cristales resplandecieron entre las manos nerviosas de ambos, sucesivamente. Con el atontador vértigo de la fe, de la seducción, los cascajos adquirían fulgores de pedazos de sol que, deslumbrándolos, los enceguecía.

Un súbito balanceo sacudió la embarcación desde el casco hasta el tope del mástil perdido en el cielo oscuro. Chocaron entre sí los platos de un armario y se oyó ruido de vidrios rotos. Un relámpago iluminó con su luz sulfurosa las lejanas orillas del río.

Ráfagas de viento hicieron abanicar rabiosamente las cortinas de tela del entrepuente. Las aguas, hinchadas, se encrespaban en un fuerte oleaje haciendo bailar al "jaula" como un tonto. Los relámpagos rasgaron de prisa al cielo y los truenos retumbaban sucediéndose así sin intervalo unos a otros. Ningún mar es tan traidor como ese río. Durante el verano, somnoliento, es un verdadero bonachón y nadie lo juzgaría capaz de tales desplantes. Pero cuando se encapricha no se refrena. En la prisión de su cauce se retuerce con violentas convulsiones. Las paletas de la hélice del "Silverio Nery" al girar

vertiginosamente fuera del agua, imprimían al buque un temblor como el que deben experimentar los náufragos en los momentos trágicos en que se hunde la embarcación.

Poco a poco el temporal amainó. A causa de su misma furia, cedió rápidamente. Una hora de pánico entre los elementos de lucha, y la noche recobró su aspecto plácido y sereno y la luna volvió a platear las aguas del río poco antes enfurecido.

Anunciando el próximo día, por el lado de levante se veía una claridad blanquecina como si una ostra, entreabriendo sus valvas, enseñara el nácar de su interior.

Después de incesantes pitadas para pedir una canoa, los dos amigos descendieron del "jaula" ufano por haber resistido a la tormenta. La bolsita que contenía las piedras preciosas fué colocada con grandes cuidados sobre el banco de la canoa. Minutos después descendieron con su preciosa carga en el barranco. Cumplidos los deberes de la hospitalidad por parte del "cearense", ambos cambiaron ideas, se pusieron de acuerdo sobre futuras combinaciones, establecieron planos, idearon otros muchos hasta que el sueño los venció.

Con el "Nazareth 2" el "cearense" volvió efectivamente a Manaos. Fué en las horas de la madrugada que siguió a la llegada a Burrinho que el "cearense" robó a Vicente cortándole previamente la carótida con una navaja. Luego tomó resueltamente el cadáver del asesinado y, en un abrir y cerrar de ojos, lo escondió en un sitio apartado del "igapó". Después voló a Manaos con el puñado de piedras del muerto.

Apenas desembarcado buscó inmediatamente la casa del "doctor", de quien conocía el nombre; mozo instruido, serio y del cual le había hablado muy bien un compadre suyo. En un santiamén llegó a la calle Epaminondas, en el barrio del cuartel del 36.

Cuando el "doctor" lo recibió, le expuso el objeto de su visita mientras desataba los complicados nudos de un pañuelo en

que había metido las piedras después de haber arrojado junto al cadáver la bolsita de lona. Deshecho el último nudo aparecieron los diminutos cristales cúbicos de un reluciente color negro. El "doctor" miró con interés. Tomó entre sus dedos unos trozos del mineral y lo miró detenidamente.

El "cearense" mientras tanto, aguardaba el examen temblorosamente. Tenía la cara completamente blanca por la conmoción.

—¡Bah!... — dijo el otro. — Son piritas... Bisulfuro de hierro.

Y luego, mirando al "cearense" que había quedado atontado al oír la denominación científica, agregó envanecido y con una sonrisa benévola:

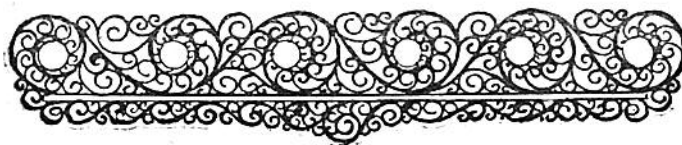
—No sirven para nada. Son piedras sin valor alguno... Como éstas las hay en todas partes. — Y, removiendo las piedras, explicó: — Puede ser, pero no tengo ninguna confianza en la riqueza mineral de esta tierra. Dicen que allá, en lo alto del Río Branco, en el Atumán, en Madeira... Lo que hay es una desilusión en que se complacen fantasistas espontáneos o tratantes sistemáticos. Conozco a un colombiano que escondió entre guijarros y arena que sacó en Cachoeirinha, algunas partículas de oro de Minas Geraes. Metió la mezcla en una vasija y la envió nuevamente a las orillas del río Icó. No sé si le salió bien el "cuento del tío". Oye, querido. La mina es toda esta tierra, el Amazonas. Esta es la verdadera California. Planta caucho, mijo, arroz, cacao, porotos, caña de azúcar, mandioca, y verás. Todo lo demás son cuentos de las mil y una noches. Hay que desconfiar de las historias y de la gente como el colombiano de mi cuento. Es el trabajo perseverante lo que es todo, mi amigo. Nuestro vicio es el de soñar incorregiblemente y contar sólo con la casualidad... — Y, con gesto sacerdotal, poniendo las manos sobre los hombros de su confundido oyente, agregó: — Tenemos en nuestras venas la sangre del pobre pueblo que desfalleció entre el espasmo de una

enorme ilusión. El magnífico oriente es para africanos e indios crédulos como criaturas... Debemos abrir los ojos y ensanchar el corazón. Tierra y sol no faltan; el resto lo debe hacer el brazo al servicio del hombre que quiere vencer.

Reinó el silencio interrumpido sólo por el canto de un pajarito encerrado en una jaula de bambú colocada en la salita.

El "doctor" devolvió al "cearense" las piritas y, aquél, decepcionado, balbuceó algunas palabras entrecortadas y sin sentido.

El "caboclo" no podía, sin pestañar, recibir esa desanimadora noticia que metamorfoseaba sus piedras preciosas en cascajos. Sin embargo, el sueño deshecho no le causaría emoción. Le bastaba, en vez de las riquezas de Golconda, la triste y cariñosa sombra de las "cajuranas" que le servirían de baldaquín en el "igapó" para el sueño eterno. Joyas o pedregullo ya, para él, todo sería lo mismo en este mundo de tonto convencionalismo y de anhelos más vanos que las nubes.



INFIERNO VERDE

Son coeur, sur qui pèse une stupeur morne, se soulève en proie à des tortures convulsives. Il semble qu'il vienne d'entrevoir l'enfer dans sa vie, et qu'il se soit révélé à lui quelque chose de plus que le désespoir.

VICTOR HUGO. — HAN D'ISLANDE.

Una mancha cenicienta que, repentinamente, se borró entre las sombras del puñado lujuriente de "caranas", "sororocas" y "embaúbas" era el "jaula" que abandonaba al ingeniero Souto en el alto Juruá, desterrado para que emprendiera la lucha en la delirante explotación en ese lugar apartado. Tenía prisa para volverse el "jaula". Había sido el último en subir, imprudentemente, y, por lo tanto, se apresuraba con el miedo de quedar, a causa de la bajante, clavado en alguna "piranheira" o embicado en alguna playa. Si esto pasara debería quedarse, como Souto, a esperar la creciente para descender a Manaos, y lo que podía ser fuerte de ganancias para el ingeniero, sería pérdida segura para el armador.

Las esperanzas que tanto habían alentado a Souto, desertaron de su corazón al ver desaparecer en las revueltas del río al barco que lo había traído al efectuar el último viaje de aquella estación. Ese regreso lo dejó con la cara lívida mientras que lágrimas abundantes surcaban sus mejillas. Algo se alejaba de él o lo dejaba en el misterio y en compañía de sus recuerdos.

Se había sentido como metido en una coraza de hierro cuando decidió emprender esa aventura en el interior del Amazonas, siguiendo su juvenil ambición y los sueños del recién egresado de la escuela profesional. Sin embargo la imagen del vapor que regresaba, le dió un golpe en la armadura y fué como si le partiera el corazón.

Recuerdos amados de su tierra y de los suyos vinieron en coro a decirle adiós, a abrazarlo y desanimarlo. Y a cada evocación, se sentía ahogar por los sollozos.

¡Solo!... Así se consideraba el ingeniero con rabia y con pensamientos indefinibles. En medio de su irritación y de su abatimiento, el llanto irresistible e infantil todo lo confundía en la crisis de sus nervios que vibraban. Compañeros, familia... todo estaba en otro planeta, en otra vida. ¿Y si alguna enfermedad lo abatiera?... Entonces debería podrirse en el barranco, como tantos otros...

Era increíble que sólo ahora lo asaltaran esos pensamientos. Se había embarcado resueltamente en Manaos y ahora se hallaba así, descorazonado, dolorido. Repasó en su mente los detalles de los veintiséis días empleados para llegar desde la ciudad al alto. Todo se le presentó ante su vista con infinitos pormenores... El momento de embarcarse en la hora del medio día sofocante... El buque estaba repleto de carga y llevaba, además, doscientos hombres apretujados en un espacio donde cabrían apenas cien, en una disparatada promiscuidad con cajones, baúles y mercaderías. Las hamacas sobrepuestas unas a otras, hasta sobre los lomos del ganado que, también,

habían embarcado. Un hombre había sido muerto de una cornada mientras dormía en su hamaca.

En esta forma el "Jaula" con su pesada marcha, había seguido por el Solimoes, chocando con troncos a flote o raspando balsas, pero manteniéndose siempre lo más cerca posible de las orillas para evitar la correntada majestuosa y profunda.

Una madrugada, mientras del río se levantaba una espesa neblina que parecía como humo de toda la mata que ardiera, el barco se detuvo un momento para que, una vez disipada la niebla de la humedad, fuera posible entrar en el Juruá.

Este parodiaba al otro río. La misma monotonía de verde negruzco y esfumado. La crecida de marzo daba al paisaje un aspecto aguachento de diluvio. El ganado se acumulaba en corrales aislados. En Mauichi, el cementerio tenía la extremidad superior de las cruces a ras del agua. Muchas veces para enterrar a los muertos de bordo no se hallaba tierra cercana. Era necesario escudriñar el río en todos sentidos para terminar por hacer de él un sepulcro, pues siendo todo una sola losa, no había lugar para un muerto.

Al parar en Nova Fortaleza el pasaje aumentó con el dueño de un "seringal" venido desde tierra. Locuaz y parlanchín, el nuevo pasajero contaba cosas a cualquiera, interrumpiéndose a cada momento para reír tan estrepitosamente que sus risas retumbaban fragorosamente en el entrepuente.

Diez y siete días en la misma tarea de evitar playas y "sacados" que se renovaban continuamente, con la eterna sucesión de nubes de mosquitos en las barracas y barracones donde se embarcaba leña o donde se desembarcaba carga y en las otras paradas necesarias para ir a buscar pasto para el ganado o para "lancear" peces para la comida.

Y qué variedad de denominaciones en las tablillas de los barracones, pero lo que ellas designaban era siempre del mismo tipo, ya fueran cubiertos de tejas o de paja. La fantasía de los ocupantes o dueños, sus recuerdos, su sentimentalidad en

juego, escribían en las márgenes un glosario abundante, cruel o enternecedor "Altamira", "Nuevo París", "Deja Hablar", "Mirador", "Buen Lugar", "Santa Elena", etc.

Ese largo viaje que parecía no debía tener fin, no había molestado a Souto. Había sido para él una novedad. A pesar de que el espectáculo era siempre igual, mil incidentes lo hacían variado; el buque recalaba para tomar lena; algunos "jaburús" en la boca de un canal pescaban, entre la algazara de despa- voridas bandadas de cotorras y loros; los sonidos quejosos de una gaita; "capivaras" en fuga; "seringueiros" de fiesta, mos- trándose, desde tierra, a los "bravos" embarcados a bordo...

Esa renovación del cosmorama del viaje apaciguó la crisis hipocondríaca de Souto hasta lograr distraerse en la contem- plación de la tarde. El sol parecía una brasa mortecina que no era suficiente para incendiar el puñado de algodón de las nu- bes bajo las cuales se apagaba la brasa... Una "garza morena" buscaba, tardía, en el secreto del "igapó" un lugar para pasar la noche. La naturaleza tenía un momento de calma en su sen- sibilidad de calor, de luz y de vegetación. Esto terminó por calmarle los nervios.

Anunciada la comida, en la que, según dijeron, se serviría macaco y coatipurú, fué con ánimo más sereno a participar al banquete.

El día siguiente lo pasó el ingeniero revisando su bagaje, tomando notas y dirigiendo a los hombres. Sólo muchos días después pudo conseguir una canoa y dos remeros, a más de Mi- guel que había traído consigo. Siempre faltaba alguna cosa... Fastidiado por tantos atrasos, se consideró dichoso cuando, en una de las primeras mañanas de abril, pudo verse sentado de- bajo del toldo que debía abrigarlo contra la causticidad del sol y pudo ver que la canoa se ponía en marcha por el Jurua- mirí, al compás de enérgicas remadas.

Ese "igarapé" era una especie de continuación del río. Los árboles de las orillas parecían gigantes; adquirían altura

en perspectiva a causa de la estrechez del valle que bordeaban. Aprovechando la sombra de las riberas llenas de hojarasca ver- dinegras, los remeros contratados recientemente, cearenses am- bos, charlaban incesantemente. Uno de ellos, Chico Bravo, cul- tivaba la dialéctica y forjaba términos que suprimían la par- quedad del vocabulario aprendido; por ejemplo: la comida era "trupizup", los negocios en que se podía ganar poco o nada eran asuntos "atibisquite", y así...

Entre el silencio respetuoso de Miguel y el parloteo ince- sante de los remeros, llegaron a un pequeño barranco desierto, abrigado entre viejas "pacoveiras". El bananal apretaba a la barraca; el bosque sofocaba al bananal, y a su vez, el cielo oprimía pesadamente al bosque. Fué esa la primera parada de Souto en el remoto afluente del Solimoes.

Devoradas las conservas de algunas latas, el "trupizup", todos, cansados como estaban, se recogieron en sus respectivas hamacas para dormir. En torno de la luz de petróleo, danzando en lo alto de la lámpara, una densa nube de bichos bailaban con la llama. Chico Bravo, en un rincón, se perdía en divaga- ciones, comentando toscamente la diversidad de la fortuna hu- mana. Pero como sus palabras no hallaban eco, porque Miguel roncaba por un lado y Simeón guardaba silencio a propósito, terminó por roncar él también.

El ingeniero no podía dormir. La sensibilidad de sus oídos parecía haber aumentado con la soledad. El viento entraba a voluntad por las brechas de la choza y, probablemente, causaba perjuicios en la selva circundante. Se oían sonidos de queda y silbidos, zumbidos, ruidos de patas y gritos de animales... A veces parecía como si la mata entera estuviese incendiándose y que cayeran estallando troncos altísimos; ahora parecían ava- lanchas rodando, ahora pizzicatos en bordonas de violoneelos, acordes de violines y contrabajos; o bien eran hachazos, gritos, piar y ceceos de pájaros. En ese concierto podía distinguirse el concurso feral de los mochuelos y las carcajadas de la "mae

da lua", la sarcástica "irutahí". Acompañaban con variadas modulaciones los "murucututús", "rasga mortallas", "bacuraós", "daucueús" y "acuraós"... El bosque sufría... El bosque reía... Dedos convulsos de un genio en delirio tenían las cuerdas infinitas de esa arpa de esmeralda, arrancándole acordes melodiosos o incoherentes, al ejecutar confusamente la más terroríficas de las sinfonías. Acentos schumanianos, en contratiempos chocantes... Hubo un momento en que Souto oyó, al principio indistintamente y como en un murmullo, un gran ruido como de pechos humanos que, cansados, respiraban pausadamente. Después se acentuó el ruido con sonidos roneos y desahogados. Y ante ese estertor enorme, más intenso, los otros sonidos se apagaron. En el tumulto quedó sólo ese ruido monstruoso que parecía el roncar de todos los troncos en el sueño de la noche. Era el sonido gutural de las "guaribas" que habían quedado a la vera de un "igapó".

Después el grupo saltigrado de los monos, con un mugido coral, terminó por adormecer al ingeniero, quien sólo despertó al ser llamado para el café de la mañana, en la claridad de la alborada cristalina. "Urús" trinaban melodiosamente, imitando sonidos de flautas rústicas de faunos que estuviesen concertando un "scherzo". Desde las hojas de las palmeras caían gotas de rocío en el borde del tejado.

Una hora después la barca volvió a reanudar su marcha lenta. Perezosa, por haber sido mal construida, uno de los "cearenses" la había denominado "Tortuga". Miguel cumplía sus funciones de piloto con sumo cuidado, evitando la zona correntosa del río; pero la barca tardigrada seguía con esfuerzo su camino.

Dos días más tarde, alcanzaba Boa Vista, coronada de "manivas", y "mamoeiros" y cañas, se les unió una canoa más con tres hombres.

Algo más adelante, desde Tamboriaco hacia arriba, debía Souto ir tomando medidas para un levantamiento topográfico.

Y para llegar a Tamboriaco, aun debían pasar diez y seis horas de canícula entre enjambres de mosquitos. Sin embargo, era necesario avanzar. En aquellos lugares la seguridad depende del avance rápido. Para dominar al peligro, la prudencia aconseja vencerlo galopando.

En un pequeño barranco situado al lado de un pantano verdoso donde parecían haberse dado cita todos los mosquitos del río, los viajeros pasaron la tarde y la noche. Esa choza con las tablas que se deshacían bajo el techo medio podrido y agujereado del "cauassú" parecía algo así como una apostema del pantano. Algunos troncos de "macacheira" y un grupo de bananos raquíuticos era todo la agricultura del lugar que parecía sufrir también por la sima miasmática que tenía enfrente, a penas a una media docena de metros, y que servía como pileta de natación a un enjambre de ranas que, saltando, grajaban unísonamente la melodía áspera, fácil y repetida de los funerales de los crepúsculos.

Aquella tarde Souto había sentido escalofríos. El pequeño pantano lo obsesionaba, y, para ahuyentar ideas fúnebres, se puso a leer "Carne" de Julio Ribeiro que, por casualidad, había hallado en la fantástica barraca. Ese libro transpiraba ampliamente la oxigenada y fuerte naturaleza paulistana, tan en contraste con ese lugar que efluvios letales de agua estancada circundaban de un fúnebre velo. La mano del genio del mal que habitara entre los barro de ese pantano, debía ser la que había dejado ese libro en la barraca para dar a los que allí llegaran la última visión de la vida con las imágenes de la novela extravagante en la que un gran símbolo se glorifica en el cuerpo lozano de Lenita.

Chico Bravo, mientras tanto, canturreaba una canción de su tierra. La melopea bárbara, original del Africa, tenía metida en sus lánguidos ritornelos la insondable tristeza de un bergantín negrero en la calma chicha del mar.

A la madrugada siguiente se iniciaría el servicio. Frente mis-

mo de la barraca, sombríamente decorada con las algas del pantano, fué colocada la estaca inicial. Ninguna solemnidad. Tres pulgadas de una rama enterrada allí cerca, y en la que habían sido practicadas las marcas características, se clavaron como diente gigantesco y repleto de veneno de los Borgia en la tierra asustada por la futura exploración. Los pies del trípode de la brújula se abrieron como las patas de una monumental araña. Souto miró por el objetivo del prisma tomando una breve nota en un cuadernillo. Rebajó las pínulas. Inmediatamente después sacó de la caja el anteojo de Lugeol y miró firme hacia el mismo punto en que la mirilla se ostentaba blanca y colorada, como si condecorara con una orden extravagante el pecho del bosque atemorizado.

En aquella hora matutina las emanaciones infectas del pantano eran más intensas. Apenas plantada la primera estaca, guardado el anteojo y recogido el trípode de la brújula para ser llevado todo hasta la estación siguiente, el sol subía por encima del bosque lanzando rayos que disipaban la neblina con estocadas fulgurantes.

Los lotes que había que demarcar seguían las vueltas del río, y el camino que recorrían, al finalizar la tarde, los llevaría a Nova Vida.

Troncos enormes, trenzados con brotes y ramas atrancaban el camino. Era necesario, repetidas veces, utilizar las hachas para abrirse camino y seguir la orilla del igarapé. Desde la boca del canal se habían visto obligados a llevar a cabo ese trabajo. Para navegar era necesario derribar. El agua, al penetrar en el bosque, robaba a éste materiales para formar barreras que obstruyeran las líneas naturales de penetración y hacía más imprescindible el hacha que no el remo.

A veces, hallándose frente a troncos mastodónticos, era necesario descargar las barcas y hacerlas pasar sumergidas para después quitarles el agua y llenarlas nuevamente con la carga que, provisoriamente, había sido dejada en tierra. En otras

ocasiones se hacía preciso empujar a fuerza de brazos a las embarcaciones, y a veces, levantarlas en vilo, después de descargadas, para poder pasar.

Los brotes de los bambúes, suspendidos como sosteniendo anzuelos, asaltaban a los viajeros. Los traicioneros acúleos podían romper la ropa, arañar la piel y hasta vaciar un ojo.

Todos conspiraba para aumentar el sacrificio de Souto. Los mosquitos lo supliciaban durante el día y le irritaba la epidermis de las manos, porque la cabeza estaba resguardada por un mosquitero providencial. Y siempre le obsesionaba el recuerdo del pantano letal.

Ya de noche, en Nova Vida, el ingeniero se sintió con el cuerpo machucado y los huesos doloridos. Extraño calor le subía a la cabeza quemándole y dejándole la boca reseca.

Souto despertó tarde. Al amanecer se había sentido mejor, y había saltado nerviosamente de la hamaca. Miguel le trajo "macacheiras" cocinadas y un guisado de ante; comió apenas pero saboreó unas tazas de café hirviente.

Era necesario continuar el trabajo. Souto no se asustaba. Debía haber sido un acceso sin consecuencias, tal vez. Debía vencer. El valor, en esos casos, es la mejor terapéutica. Son bien comunes los casos fatales consecuencias del miedo. Evitar la receptividad morbosa, ese era el problema. Desde que Souto consiguió dominar los vagos recelos del alma se dijo que puesto que nadie había venido tan lejos a buscar una fortuna para gozarla entre los suyos allí; en el sud, no debía ser aquí, en la cumbre del camino a recorrer, donde debía desanimarse. Se sentía mucho mejor... Y dió orden a sus camaradas que se aprontaran las barcas.

De estación en estación la marcha prosiguió durante ese día con la misma intercadencia de observaciones, mosquitos caústicos y sol ardiente y troncos de árboles que impedían el paso.

Una catarata puso, por primera vez, un obstáculo ruidoso y efervescente en el camino. Fué necesario que todos se metieran

en el agua fría del igarapé, dejando que las frágiles embarcaciones, sujetas con cuerda, remontaran la cascada entre la espuma y burbujeos del agua.

De vez en cuando, a derecha o a izquierda, rastros acentuados de antas y puercos o algún tronco de "manacá" florido.

Escondidas en la oscuridad y entrelazadas con las ramas se veían algunas construcciones primitivas, las "taperas". Se podían distinguir fácilmente las hechas por los paisanos de las hechas por los peruanos. Otras toscas, tenían todas la misma finalidad: servir de albergue por una noche. Las taperas peruanas manifestaban más a fondo lo precario de su utilización por los nómades; indicaban que se penetraba en la zona del caucho, en esa controvertiente de los tributarios de la orilla derecha del Ucayali. Eran el edificio de un instante para el trabajo de una jornada. No podía concebirse algo más reducido. Seis ramas de unas cuantas cuartas de alto, enterradas en el suelo, soportaban el toldo improvisado de paja.

El cauchero no construye palacios. En las tierras que recorre planta yuca y plátanos substanciales, eso sí, a hartarse. Lo que él quiere es pasar, pero sabe que en su camino hay escalas forzosas. El hacha y el "ubá" constituyen el emblema de la industria, uno destruye y el otro transporta. La tapera es el digno trazo de unión entre esas dos operaciones que resumen la devastación cauchera. La tapera es el único elemento fijo, puesto que tiene la frágil consistencia de una tela de araña o del nido de un "tatucaba".

Souto, con su malestar físico que, a toda costa, se esforzaba en dominar, se perdía en preocupaciones y reflexiones.

El día, horriblemente caluroso, terminó en la boca del Funil, como acabó en la tarde siguiente en la barraca que era casi una tapera — media docena de tablas con otras tantas ojas de "jaci" que las cubrían. Habitaba allí un "caboclo" de Parintins que hacía, excepcionalmente, como de "cearense" en ese fundo lóbrego de ese canal "seringueiro".

El habitante de la tapera se hallaba afuera cuando llegaron Souto y sus hombres, quienes se acamparon en seguida. Poco rato después un disparo de fusil resonó en la mata, con estampido retumbante. Los huéspedes habían apenas armado las hamacas y encendido el fuego para calentar la comida y las conservas, cuando el "caboclo" surgió de entre la mata aguantando apenas el peso de un formidable cerdo salvaje que había matado recientemente. El cazador había despanzurrado al animal en la mata y allí había dejado sus intestinos para disminuir el peso que tenía que llevar. Con un frémito de alegría los huéspedes saludaron al cazador. "¡Qué bicho!... ¡Qué animalote!"...

Souto, postrado en la hamaca, sentía el latido de las sienes, la sequedad de los labios quemados por el fuego interior que le abrazaba. En cuanto al "caboclo" y a Simeón, despedazaban al animal cazado, agitados a la idea de comer carne fresca.

Resistía el ingeniero a un combate formidable, a los pensamientos desalentadores que procuraban apoderarse de él con la fiebre. Toda la noche estuvo viendo horrores; ahora calenturiento, ahora helado, su cuerpo parecía precipitarse en abismos o achatare bajo pesos formidables; el plácido canal se le antojaba escondido detrás de una cortina de monstruos que, en doble hilera, vomitaran llamas...

Toda la noche la pasó entre pavores de delirio. Miguel se acercaba a él de vez en cuando para cuidarle.

—Sosiéguese, señor, le aconsejaba con cierto cariño.

Por la mañana, los ojos de Souto estaban marcados por grandes ojeras y su rostro tenía una palidez lívida.

Cuando las barcas partieron para continuar la tarea diaria, era ya día completo; pero entre los altos paredones de árboles y por la sombra de las copas que se erguían sobre el canal, daba la impresión de que habían llegado las últimas horas de la tarde. Grandes mariposas azules pasaban lentas, evolucionando en la penumbra.

De pronto, Souto, al lado del trípode del instrumento, se vió obligado a sentarse en el suelo arenoso de una pequeña playa, y cerró el cuaderno de anotaciones. Abejas negras, menudas y fastidiosas lo mortificaban. Mosquitos en batallones lo picaban continuamente. No podía proseguir. Caía en lo mejor de su carrera. Lo había vencido la fiebre. Y en un arrebato de todos los miembros enfadados, ordenó con excitación involuntaria el regreso inmediato. Irían a Nazareth para esperar la reacción de la enfermedad...

Utilizando la veloz corriente y con un rápido acompañamiento de remos, las dos canoas regresaban como si ellas también estuviesen interesadas en salvar al ingeniero. Al llegar a la boca del Funil, el habitante del barracón agasajó piadosamente al enfermo, lamentando no poder ofrecer mejor albergue que aquel barracón que se levantaba lúgubremente en el pequeño bosque de "embaúbas".

Recién había llegado el "seringueiro" que había traído las "bolas" de la recolección del caucho desde su "fábrica", por las aguas del "igarapé", hasta la orilla del Juruámirí. Había venido pastoreando ese extraño rebaño flotante que el agua conducía y que, a veces, se perdía entre los juncos de las orillas, siéndole necesario buscar las "bolas" oscuras que se encaprichaban en quedarse escondidas cerca de los troncos o cerca del "matupá". Con un trozo de bambú las guiaba, incitando a las retardatarias y encauzándolas en la corriente. Por fin había conseguido juntarlas a todas, menos dos de las más chicas.

Souto se quedó esperando mejorar. Unos días bien y otros mal. En aquéllos el ingeniero aprovechaba para poner en limpio las observaciones hechas u observar al sol desde diversas alturas para determinar la inclinación magnética local. Aún tenía fé... confiaba... Aquello debería pasar. La quinina triunfaría... A pesar de ello, enflaquecía; cada veinticuatro horas de accesos reducían sus músculos y sus energías.

Ocho días estuvo en el Funil, con delirios, inapetencias y

calmas pasajeras. Entonces el "caboclo" le aconsejó el regreso al Juruá.

—Allí, señor, mejorará... Hay más recursos...

Por fin el ingeniero se decidió a descender. Reconoció la necesidad de ese sacrificio... ¡Ver abierta la puerta de la felicidad, estar en los umbrales y verse cerrar de repente la puerta en la cara!... Tal vez podría restablecerse y entonces reanudaría sus obligaciones personales con sus comitentes... Como se ve, el pobre sacudía vanamente el aldabón de la puerta de la felicidad.

Al pasar frente a cada barraca en el viaje de regreso al Juruá, la ilusión de la cura sufría un golpe. Ya hacía rato que había quedado relegada en la mata la cabaña que se levantaba al lado del pantano maldito. Souto la había reconocido al dar una vuelta del "igarapé", y había querido apartar los ojos del fantasma, pero éste sólo lo dejó cuando, un día, monologando en alta voz Chico Bravo dijo: "Los ríos son como las venas de la tierra"... con lo que quiso anunciar que el Juruá se veía allí ante las proas delgadas de las dos embarcaciones.

La confluencia del Juruá con el Juruámirí es como el abrazo entre padre e hijo. Con cariño se funden en el expansivo abrazo. El "igarapé" participa del sentimiento de quien, por él, desemboca en el río — la consoladora alegría de la llegada después de haber pasado sombríamente su triste vida entre la opresión de los bosques.

Viene el pródigo... viene vanidoso... contorsionándose en el ansia que lo conturba, entre vagar fatigoso y vértigos de dolorido y famélico enamorado, tomando aliento en el éxtasis del sueño que lo absorbe.

Sólo a fines de julio empezarían a avanzar los vapores desde el riacho Libertade hacia arriba. Desde la última quincena de marzo esa fecha se achica, y el castigo de los barcos retrasados es el quedarse en el alto, en las playas con el casco encorado y en seco, mientras que, en torno, plantados cerca de los em-

barcaderos, por labradores ad hoc, los marineros de los vapores varados, florecen los porotos y extienden sus ramas las sandías madurando sus enormes frutos en las arenas de las playas.

Por lo tanto ninguna esperanza le quedaba a Souto, cuyo estado se agravaba, de ser sacado de allí por uno de esos "jaulas" libertadores y providenciales. Resolvió, dejando en Invenible al personal, continuar el descenso del Juruá con, Miguel solamente para pilotear su canoa, con el fin de hallar un medio de locomoción más rápido.

La fiebre tenaz era implacable. Los accesos no tenían hora fija; asaltaban al ingeniero en cualquier momento, con cólera insaciable. En las raras intermitencias del mal, el ingeniero se levantaba sobre el banco de la canoa y, apoyado en la borda, miraba las orillas del río sucio y configurado en un surco infinito.

No parecía el mismo camino que recorriera con el "jaula" al subir. Los barrancos habían crecido despropositadamente en altura; las arenas de las playas habían también crecido y aumentado en proporciones y extensión. Frente a cada barranco se veía, a veces encallada, alguna casilla a flote. Por las orillas los "paxiubas" se alineaban en pilares con sus capiteles de espato y con sus palmas bronceínas.

En aquel sucederse de playas monótonas y blanquecinas, los incidentes mínimos distraían a Souto; la lancha naufragada; una "preguiça" en la "embaúbeira"; gaviotas revoloteando con estridentes gritos; la culebra dormida al sol; la bandada lerdá de "ciganas" que se entrometían en las ramas bajas de los arbustos; otra de "cuxius" huyendo entre las ramas altas...

En cada playa, donde estaban verdeando las legumbres, se veían figuras destinadas a espantar a los pájaros y a otros animales... Era preciso espantar a los antes y a las "capivaras" así como a los "papaarroz", "viuditas" y "finfins"... El "seringueiro" se complacía en inventar armazones disparatados

con la intuición de echar a los cuadrúpedos y a los pájaros nocivos de las plantas y los granos.

Los simulacros iban desde la simple vara de la que pendía un trapo o un lienzo, hasta la figura de un hombre con sombrero.

En los labrados fáciles, donde el agua se encargaba de trabajar la tierra y el "seringueiro" de sembrarla, hacían el efecto de ser esa la única población regional, esos simulacros inmóviles, extravagantes, mudos en actitudes coreográficas de baile de San Vito que se veían entre las aristas de los mijos y las ramas de los porotos.

Era interesante mirar esa curiosa galería de caras grotescas. Uno, espasmódico, se veía clavado en una cruz, como remedo sacrilego del sagrado martirio; otro cubierto con una capa, parecía inspeccionar con aire sombrío los renuevos de las plantaciones; otro parecía un soldado de guardia; otro a un enorme vampiro; otro a una mujer amamantando a su hijo...

Una imprudente fantasía primaba en esos esbozos groseros, homúnculos y animales, seres mutilados. Cuando se levantaba el viento, los monigotes se animaban, se balanceaban como ahorcados, y los trapos de las mangas, de las sayas o de los mantos se abanicaban burlescos y parecía que los muñecos movieran las piernas en la agitación de torceduras macabras. Simples retazos en la punta de las astas daban la ilusión de pañuelos que se agitaran en una despedida angustiosa o bien de estandartes rotos a causa de fuertes vendavales... En la ceniza vespertina aquellos maniqués adquirirían un color negruzco que hacía recordar los célebres "carbones" de Goya.

Durante toda una semana la "Tortuga" fué revistando aquella guardia funambulesca de los cultivos de la región.

En la llanura de la boca del Moa se hallaban acampadas fuerzas del ejército que iban en destacamento a Ammonea. Notas de clarines rompían el silencio con sonidos argentinos y la región parecía como pasmada por esa inesperada visión de pelotones y disciplina de guerra. El rojo oscuro de los uniformes,

el blanco de las carpas adornaban a la mata como una floración desconocida.

Un colega de la escuela, alférez alumno, reconoció al ingeniero. Lo convidó a bajar a tierra, prestándole mis atenciones de enfermero y hermano.

Sin embargo, a Souto le disgustaba ese estrecho círculo de tarimas; chocar de pasiones humanas en medio de la anchurosa extensión de una selva virgen. Lo que los soldados tenían de devotos y bien dispuestos, tenían los oficiales de tristes, taciturnos y quejosos de todo, maldiciendo, iniciando intrigas o discutiendo de política. Una flojedad de alma caracterizaba a esos individuos a quienes, en su mayoría, les faltaba, evidentemente, un completo y rígido entrenamiento físico y moral. Eran militares; y lo que la profesión les reservaba de sufrimientos y desconsuelos, lo adquirían en asperezas y rencor.

Estar de guardia, asistir a una reunión para la "orden del día", en eso creían poder limitar sus funciones, enderezar sus ideales y pasar la vida. El país no debería preocuparse en hacer traducir del alemán o del francés, el manejo del arma, el uniforme, el transporte y la maniobra; sino que debería preparar a su soldados para la defensa y para la muerte, en el culto y en la formación de dedicaciones serenas que nada reclamaran al sacrificio...

Así pensando, el irritado ingeniero abandonó el campamento por la madrugada, apenas después del toque de diana. Ese toque lo torturaba. Parecía decirle la profunda pena de esos presidiarios de uniforme que, proscriptos de la patria, habían hecho un alto en el lozadal amazónico.

Por un fosado las aguas continuaron abriendo camino a la canoa hasta que, por mandato del ingeniero, Miguel la hizo detener frente a un barranco descalabrado, lleno de "membeza" y de "malicia" cuya subida desmoronada apenas se distinguía.

Apoyado en el brazo de Miguel, Souto, a duras penas pudo subir el barranco. Se arrastraba como una res exangüe, em-

pujada por el cuchillo del carnicero. Sobre el barranco un "capitariseiro" se ufanaba con sus vistosas flores amarillas. En el terrado una bandada de "juritis" que, asustadas, huyeron a refugiarse entre los árboles. A costa de muchos esfuerzos lograron llegar a la tapera que estaba adornada con la maravillosa floración de un gran rosal.

Aquella ruina miserable y abandonada, se engalanaba con innumerables corolas rojas que parecían bocas que se sonreían junto a las tristezas de la tapera; y, sonriéndose, las rosas solícitas dejaron caer sus pétalos como para dar la bienvenida al pobre ser infortunado como si él hubiese venido a solicitarles socorro.

¿Cuáles habrían sido las manos románticas y amorosas que las habían plantado poblando lascivamente la soledad de un "ahumador" de caucho con aquella fiesta floral digna de un jardín de hadas? Manos ásperas y maltratadas, manos de "seringueiro" debían haber plantado los retoños de los rosales día a día... Y mientras la tapera caía desmantelada, desamparada, a pedazos durante los aguaceros de diciembre y por los fuertes vendavales, las rosas, por el contrario, crecían furiosamente con el refrigerio de las lluvias, con el soplo caliente de los vientos tropicales, con los besos voluptuosos del calor húmedo.

Ese rancho era una cueva embellecida durante la primavera... Tal vez los dedos misteriosos de las brujas recogerían las rosas durante algunas noches para festejar sus sábados; tal vez sombras dantescas de amantes, aprisionados en la tapera, se adornarían con las rosas consolándose con el florecimiento suntuoso de ese destierro.

Miguel armó la hamaca para su patrón enfermo y fué a preparar el fuego.

Dos "ruxinoes" chirriando, daban saltitos holgazanamente entre las pajas del techo de la choza. Revoloteaban "mutucas" negras, sedientas de sangre. Souto no daba señales de vida, agotado con la fiebre tremenda. Era como un fardo en la ha-

maca. Sólo se conocía que vivía por el dolorido palpitir de su cuerpo, que sofocado, parecía arder sobre una pira invisible.

Fuera, en una hoguera parecida, la naturaleza febricitante ardía. El sol arrojaba sobre la tapera y sobre el rosál como metal fundido. Como si ese rincón de tierra se dorara a fuego.

El agua del río era acero líquido salido de un horno y oscureciéndose en los moldes. No había hoja que no hirviera en la estancación general. En débiles volutas, el humo del fuego encendido por Miguel se extendía dificultosamente por el aire encendido. Cantaban cigarras ocultas entre la mata, ejecutando con "prestísimos o rallentatos" su canto bucólico.

Viendo que el patrón se había calmado un poco, Miguel, después de haber engullido algo a prisa, se dirigió hacia los alrededores con el fin de hallar a alguien que lo ayudara a cuidar al enfermo. Probablemente hallaría un socorro...

Durante la ausencia de Miguel, el desdichado Souto se irguió repentinamente en la hamaca. Tiritaba calenturiento. Descendió de la hamaca y se dirigió tambaleando hacia el rosál, todo agitado y con gestos convulsos, en un delirio de acción, mirando amenazadoramente a los árboles que veía alrededor. Y repetía frases entrecortadas que terminaban en un murmullo: "Mi tierra... los míos... mi tierra que dejé..."

De pronto se acercó a las rosas y empezó a arrancarlas, arañándose cruelmente con sus espinas. Quería cubrirse con las corolas despedazadas; se las llevaba a la cabeza como si quisiera coronarse por su triunfo. Luego las apartaba de sí, juntándolas después, y las besaba y las pisoteaba.

Cruelmente herido por las espinas, Souto tropezaba y se debatía en medio del rosál destrozándolo como si hubiera pasado un tifón.

Justamente cuando Miguel regresaba acompañado por un "seringueiro", Souto caía extendido entre el rosál, apostrofando a la mata con estas palabras: ¡"Infierno... infierno verde!..."

Los recién llegados corrieron apiadados. Manos y cara en-

sangrentadas, dando la idea de que la lucha con el adversario invisible y execrable había sido cuerpo a cuerpo y a rasguños, el ingeniero, mientras lo alzaban, exhaló el último suspiro mientras una sonrisa de alivio le resplandecía en la cara y sus músculos crispados se aflojaban.

No hubo eco que recogiera y devolviera las palabras de hiel, salidas de los labios del vencido. La tierra ambiente con ellas ganaba el disco y el estigma: ¡*Infierno verde!*

Pero, esa tierra que, matando al aventurero, lo cubría de rosas, podría haber contestado: "Te perdono y comprendo el estigma que me lanzas. Fuí un paraíso. Para la raza indígena ninguna patria mejor, más bienhechora. Por mí las tribus erraban, con el sublime desahogo de los instintos de conservación, libres por las llanuras pantanosas, por las cuencas fluviales. Aún hoy el "caboclo", sobra viril y desvalida de los destrozos de la invasión, vive renunciado y silencioso adorándose y bendiciéndose; su descanso edénico, su país bendito, su rincón pacífico en la herencia fetichista y venerativa de los pueblos autóctonos de quienes provino.

"Frente a los insucesos de la avidez del "blanco" el indígena murmura: "Con todo, aquí se sufre, pero aún se puede aguantar" Sino paraíso, soy para él un purgatorio en que expía, conformado con su impotencia, a la espera de la Justicia que lo rehabilitará rememorando su historia de heroísmos oscuros en la lucha con las fatalidades sociales que lo aplastaron completamente...

"Infierno es el Amazonas... Infierno verde del explorador, vándalo inquieto, que, con la imagen amada de la tierra de donde vino cariñosamente guardada en el alma, lleva la pasión dominadora de violar bárbaramente la tierra virgen.

"¡Y yo resisto a las violencias de los estupradores!... Pero. en fin, el Infierno Verde, si es gehena de torturas, es también mansión de esperanzas. Soy la tierra prometida a las razas superiores, tonificadoras, vigorosas, dotadas de energías, de in-

teligencia y provistas de dinero; un día ellas vendrán a mi seno para asentar la obra definitiva de la civilización que los primeros emigrados humildes y pobres *pionners* del presente, esbozan confusamente entre blasfemias y rechinamiento de dientes. Un pobre jesuita me vaticinó, en la fría oscuridad del erástulo, que yo sería "delicia de los hombres, regalo de la vida y envidia del mundo".

"Otros vendrán, los felices, en la tierra sembrada y domada, a poner la base profunda de la *urbe* en el mismo lugar en donde estuvo el campamento provisorio del "*settler*". Tantas lágrimas y tantos sufrimientos son cargas del tiempo pasajero que precede a las victorias... No se me vence sonriendo... Exijo los sacrificios que los antiguos dioses reclamaban: sangre y muerte. Pero la expiación vale la apoteosis. Que un poeta solemnice, con el esplendor de estrofas perfectas, las víctimas y la derrota.

"El final del poema deberá hacer alusión a mi destino, a la gloria del *valle fecundísimo*, reino de las aguas, huerta de las orquestas y de las palmeras, imperio de las "Heveas y Uaupeassús".

Y la tierra confortada y desdeñosa, en su noble serenidad profética, añadiría: "¡Oh, infeliz invasor! Sométete a tu destino, desarraigado, descontento, imprecante, pero fertiliza... Por ti soy denigrada; ¡qué importa! ¡Impasible aguardo las generaciones que han de seguir cantando mi triunfo!..."

La tierra permaneció silenciosa, con ese silencio de los mundos no creados; y el hombre se inmovilizó en un sueño tranquilo, en la paz de la naturaleza indiferente a la ignominia y al despecho.

Miguel, más tarde comenzó a cavar una sepultura a poca distancia de la tapera.

— FIN —

INDICE

	Pág.
Prólogo	5
I.— El tapará	17
II.— Un juicio de Catolé	29
III.— Tierra frágil	40
IV.— Hospitalidad	50
V.— La decana de los Muras	61
VI.— Un buen hombre	70
VII.— Obstinación	77
VIII.— La terquedad de la vida	89
IX.— Maibi	101
X.— Piritas	113
XI.— Infierno verde	123



*Dióse fin a la
impresión de es-
te libro a VI
días del mes de
Diciembre de
MCMXXXII
por los Talleres
Gráficos de la
Editorial Tor.*

BIBLIOTECA "LAS GRANDES OBRAS"

VOLUMENES PUBLICADOS

- 1.—Anatole France, La Isla de los Pingüinos ... \$ 1.—
- 2.—Camilo Flammarion, Urania ... „ 1.—
- 3.—Vicente Blasco Ibañez, Sangre y Arena ... „ 1.—
- 4.—Evaristo Carriego, Misas Herejes ... „ 1.—
- 5.—José Hernández, Martín Fierro ... „ 1.—
- 6.—Anatole France, El genio latino ... „ 1.—
- 7.—Alejandro Pérez Lugín, La casa de la Troya „ 1.—
- 8.—Gabriela Mistral, Desolación ... „ 1.—
- 9.—Oscar Wilde, La tragedia de mi vida ... „ 1.—
- 10.—A. France, Las siete mujeres de Barba Azul „ 1.—
- 11.—Amado Nervo, Elevación ... „ 1.—
- 12.—Amado Nervo, Plenitud ... „ 1.—
- 13.—Pío Baroja, El gran torbellino del mundo ... „ 1.—
- 14.—Julio Álvarez del Vayo, La nueva Rusia ... „ 1.—
- 15.—Almafuerte, Poesías completas y Evangélicas „ 1.—
- 16.—Anatole France, La rebelión de los ángeles ... „ 1.—
- 17.—Rudyard Kipling, Cuentos de la montaña ... „ 1.—
- 18.—Amado Nervo, Serenidad ... „ 1.—
- 19.—Amado Nervo, En voz baja ... „ 1.—
- 20.—Carlos Baudelaire, Las flores del mal ... „ 1.—
- 21.—Rubén Darío, Azul ... „ 1.—
- 22.—Rubén Darío, Prosas profanas ... „ 1.—
- 23.—Romain Rolland, Vida de Beethoven ... „ 1.—
- 24.—E. Ramírez Angel, Las sinfonías de Beethoven „ 1.—
- 25.—D. F. Sarmiento, Recuerdos de provincia ... „ 1.—
- 26.—Selección Poética, Versos para declamación ... „ 1.—
- 27.—Joaquín V. González, Mis montañas ... „ 1.—
- 28.—Knut Hamsun (Premio Nobel), Pan ... „ 1.—
- 29.—León Tolstoy, ¿Qué es el arte? ... „ 1.—
- 30.—Amado Nervo, Perlas negras ... „ 1.—
- 31.—Amado Nervo, El arquero divino ... „ 1.—
- 32.—Vargas Vila, Mi viaje a la Argentina ... „ 1.—
- 33.—J. Santos Chocano, La selva virgen ... „ 1.—
- 34.—Vicente Blasco Ibañez, Entre naranjos ... „ 1.—
- 35.—A. France, El crimen de un académico ... „ 1.—
- 36.—Máximo Gorki, Decadencia ... „ 1.—
- 37.—Pío Baroja, Las veleidades de la fortuna ... „ 1.—
- 38.—P. A. de Alarcón, El capitán Veneno ... „ 1.—
- 39.—P. A. de Alarcón, El final de Norma ... „ 1.—
- 40.—Anatole France, El jardín de Epicuro ... „ 1.—
- 41.—M. Maeterlink, La vida de las abejas ... „ 1.—
- 42.—Anatole France, Crainquébille ... „ 1.—
- 43.—C. Jinarajadasa, Dioses encadenados ... „ 1.—
- 44.—Anatole France, Infancia ... „ 1.—
- 45.—V. Blasco Ibañez, En busca del gran Kan ... „ 1.—
- 46.—E. M. Remarque, Sin novedad en el frente ... „ 1.—
- 47.—Amado Nervo, La amada inmóvil ... „ 1.—
- 48.—Amado Nervo, Los jardines interiores ... „ 1.—
- 49.—A. Rangel, El infierno verde ... „ 1.—

En todas las librerías y en la Administración: Boedo 841.

Date Due

ILL DUE	AUG 10 1995	JAN 2
MCK RTN	SEP 07 1995	
ILL DUE	FEB 25 1996	
MCK RTN	APR 12 1997	
ILL DUE	MAR 10 1995	
MCK RTN	MAR 17 1995	
MCK RTN	SEP 07 1995	
MCK RTN	APR 24 1996	
MCK RTN	APR 22 1996	
MCK DUE	JUN 17 1996	
MCK RTN	MAY 21 1996	
68-11-63 LN		

IF YOUR BOOK IS RECALLED YOUR DUE DATE WILL BE SHORTENED. YOU WILL BE NOTIFIED BY MAIL.

UNIV. OF MD COLLEGE PARK



3 1430 03116043 7

Deacidified using the Bookkeeper process.
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: March 2004

Preservation Technologies

A WORLD LEADER IN PAPER PRESERVATION

111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111

UNIVERSITY OF MARYLAND AT
COLLEGE PARK LIBRARIES

